

EL
TEATRO TAGALO

POR

DON VICENTE BARRANTES

INDIVIDUO DE NÚMERO

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado

1889



EL TEATRO TAGALO

I

Imposibilidad de investigar sus orígenes.—Son los filipinos raza sin historia.—
La lingüística y la craneología.—Vanidad de las hipótesis prehistóricas.—
Supuestas reminiscencias del teatro chino y japonés.—Principales caracteres de estos teatros.—*Los Pasos de la Pasión*.—Únicamente el genio español ha sacado un tanto á los filipinos de su inercia intelectual.

Pierden el tiempo los que buscan en las historias de Filipinas datos que demuestren la potencia intelectual de la raza tagala, y algo semejante nos ha de acontecer á nosotros en esta peregrinación que emprendemos hacia los orígenes del teatro indígena. Como propiamente comienza la historia del Archipiélago con nuestra conquista en los últimos años del siglo XVI, y no era dado á los escritores de entonces penetrar muy á fondo en las costumbres del país, que únicamente los frailes y algún togado estudioso, como el Dr. Morga, solían analizar y discutir cuando se relacionaban con los sucesos políticos, resulta por todo extremo difícil apreciar el estado moral de aquel hormiguero de razas heterogéneas que constituye la población filipina, en el momento que

Miguel de Legaspi y el P. Urdaneta establecen á las orillas del Pasig una dominación más artificial que sólida. Verdad es que semejante estudio no debe tampoco emprenderse con esperanzas de medro para la ciencia, sino por el afán que aqueja á los modernos de investigarlo todo, aunque tengan la certidumbre de perderse en el vacío.

Del conjunto de los documentos y memorias que los conquistadores nos dejaron, puede inferirse claramente el escaso valor que, bajo ciertos aspectos, á la tierra y la gente concedían, diciendo de ellas el mismo Adelantado, en su carta al capitán mayor de la Armada portuguesa del Maluco, Gonzalo Pereira, en los primeros días de su entrada por Cebú, que "no es de tanta calidad y "codicia que á nadie convide," (1). Aun ahora, hallándose tan mudadas á impulsos del cristianismo y la civilización española, que parecen, sin duda, otra tierra y otra gente, es posible todavía reconocer la exactitud de aquellas primeras pinturas, que coinciden en el estado misérrimo y selvático en que las hallaron nuestros antecesores, así como en ponderar cuánto reinaban allí la holganza y los vicios todos, que siendo enemigos mortales del trabajo, forzosamente han de serlo del desarrollo intelectual y de las obras en que se ponen juntos y al unísono el pensamiento y las manos del hombre. En el fondo, por decirlo así, del filipino más culto y activo de nuestro tiempo, se vislumbran todavía rasgos del retrato que con tanta exactitud hicieron los primeros

(1) Impresa en el cap. XLII, libro I de las *Conquistas de las islas Filipinas, la temporal por las armas del Sr. D. Felipe II, y la espiritual por los religiosos de la orden de San Agustín*. Escribióla F. Gaspar de San Agustín.—Madrid. Imprenta de Ruiz de Murga, 1698, en folio.

Sabido es que los portugueses intimaron á Legaspi la orden de abandonar el país, creyéndolo comprendido en la línea de descubrimientos que el Sumo Pontífice les había adjudicado. Legaspi únicamente por el honor de las armas insistió, pues parece que en efecto creía con sinceridad no valer la conquista la pena de disputarla. El conformarse los portugueses con su respuesta, prueba claramente que pensaban lo mismo.

cronistas, y viénense á la memoria mil frases parecidas á aquellas de fray Gaspar de San Agustín, cuando dice, en el capítulo XLIII del libro I de su obra citada: "Son „muy dados á la ociosidad, y como ellos tengan para co- „mer un día descuidan de buscar para otro, y huyen tanto „del trabajo, que por ningún interés le aprecian, querien- „do más estar ociosos que muy bien pagados; así no tu- „vieron nunca riquezas, más que lo necesario para sus „personas, pues aunque en todas sus islas las había, sólo „en extrema necesidad las buscaban.."

Este conocimiento del indio, que pudo ser difícil de adquirir en aquellos tiempos á hombres para quien era peregrino, exótico y aun abstruso cuanto á él se refería, y hoy no puede ocultarse á la más somera observación, da la clave del estancamiento de un país donde sólo parecen posibles los desarrollos puramente vegetales. Él fué también el espíritu de nuestras Leyes de Indias y Bandos de buen gobierno hasta las *Ordenanzas* de 1768, cuyos artículos 71 á 74 están llenos de sabias prevenciones contra la ociosidad de los indios, y de apremios á las autoridades para que los hagan trabajar; prevenciones que por ser ya incompatibles con la política moderna, intransigente con la incultura y desconocedora del desnivel intelectual de las razas, van cediendo su puesto á los antiguos vicios y miseria, que tienen tanta parte en la crisis actual de Filipinas. Obra el carácter del indio de las leyes que rigen su naturaleza, siempre que se le deje entregado á sí mismo se tocarán idénticos resultados (1).

(1) La importancia de este asunto en ocasión que parecen abocadas las Filipinas á una crisis, acaso decisiva, que tiene tanto de económica como de política, precipitada por el desestanco del tabaco, el establecimiento del Código penal y de otras leyes excesivamente asimiladoras, sin contar la mala mano para elegir gobernantes, nos aconseja cerrar los ojos á la incongruencia de esta larga nota, para insistir en que estamos cometiendo los modernos por exageración de principios, excelentes en el fondo, más transcendentales errores que los que á los antiguos se censuran. En buen hora no se consienta en el

Ni ¿cómo habríamos de encontrar en las historias españolas rastro alguno de la vida interior de aquel pueblo, cuando el de sus infinitas lenguas y dialectos, primera manifestación de todo carácter nacional que al observador se impone, todavía no ha salido del estado nebuloso, á pesar del celo infatigable de nuestros misioneros, que han tejido á España una verdadera corona literaria, en que descuella la lingüística como uno de sus más preciados florones? En efecto, ni los Jacquot, ni los Mallats, ni los Jagor, ni los Blumentrit, ni los Meyer, escribiendo como lo hacen en los países más cultos de Europa, y teniendo á la mano cuantos elementos proporcionan la crítica y la erudición, han avanzado muchos pasos por la difícil senda que abrieron desde sus modestas celdas de Manila un padre Chirino, un padre San José, un padre San Agustín, un padre Totanes, un padre Martínez de Zúñiga y tantos otros (1), pudiendo sin hipérbole asegurarse que las cuestiones funda-

siglo XIX aquella coacción de las Leyes de Indias y los Bandos de buen gobierno, que solía llegar á la esclavitud de los indios, cuando las autoridades que las hacían cumplir eran codiciosas y desaforadas; pero el extremo contrario á que conducen las instituciones modernas concediendo al indio una libertad de acción muy semejante á la del trabajador de Europa, donde está limitada por las necesidades, el clima, las costumbres y todos los elementos de la constitución social, forzosamente nos lleva á hacer más y más ilusoria la riqueza de un país que no puede ser explotado sino por la raza indígena, cuya aversión al trabajo es, no sólo incorregible, sino ley de su naturaleza.

Podríamos alegar mil textos de grande autoridad, que con ejemplos de lo pasado nos dan luz para comprender lo presente; pero baste uno que plantea nuestra tesis en brevísimo párrafo mejor que largas disertaciones. Es del *Memorial á S. M. del P. José Calvo*, procurador general de la Compañía de Jesús en Filipinas, *sobre la causa que retrae á los reyes de Mindanao y Foló de abrazar la fe católica* (16 pliegos impresos en folio s. l. n. a. (1735?) Col. de W. de la Universidad de Santo Tomás de Manila), donde el buen P. Calvo, después de muchos circunloquios, no queriendo expresar aquéllas por sí mismo, las pone en boca de cierto obispo de Ilocos, á quien decían los igorotes:

«Si nos hacemos cristianos nos han de matar á azotes los Alcaldes á nosotros y á nuestros hijos, *haciéndonos trabajar* y pagándonos con palos y quitando á nuestras mujeres cuanto tienen.»

(1) Como curiosidad bibliográfica y para facilitar este estudio, hoy tan

mentales de aquella lingüística exótica están hoy, sobre poco más ó menos, en el punto mismo en que tan respetables varones las dejaron, no habiéndose averiguado siquiera si la escritura primitiva de los indios era, como la de los chinos, de arriba abajo, ó como la de los árabes, de derecha á izquierda, ó, en fin, de abajo para arriba, comenzando á la izquierda para continuar á la derecha, según pretenden otros.

De memorias escritas, piedras labradas, metales ó restos siquiera baladíes de civilización anterior á la española, tampoco se halla vestigio alguno que merezca fe racional, pues los escasos ejemplares que describen los cronistas debieron de ser harto insignificantes, si juzgamos por el que el autor de la obra ya citada nos ofrece: "Tienen (dice) sus letras y caracteres como los de „los malayos, de quien los aprendieron, y como ellos escriben con unos punzones en cortezas de caña y hojas „de palma; pero nunca se les halló escritura antigua alguna, ni luz de su origen y venida á estas islas, conservando sus costumbres y ritos por tradición de padres á „hijos sin otra noticia.,”

Parece ahora que por el prurito de fundar escuela, alardeando de novedad y alambicamiento, algún escritor alemán pretende haber encontrado signos, jeroglíficos y aun libros enteros, como los que Víctor Hugo en sus éxtasis apocalípticos leía en las piedras de la catedral de París; y ¿dónde creerán nuestros lectores que los encuentra? En las rugosas cortezas de los árboles seculares y en los gigantescos bombones de los bambúes que sombrean los grandes ríos oceánicos; teoría tan extravagante é infundada, á primera vista, como la de cierto autor de aquel país, que escribe en el nuestro á su manera hispano-tagala, el cual ha dedicado un libro entero á probar la existencia de una como civilización y

de moda, pondremos al fin una lista de las *Gramáticas* y *Vocabularios* que han llegado á nuestra noticia, y así podrá formarse también idea de la riqueza lingüística que posee la literatura hispano-filipina.

prehistoria filipina, donde abjurando las preocupaciones anti-chínicas de su raza, para caer en otras peores, siente latir la influencia del Celeste Imperio en casi todos los usos y costumbres de los filipinos, siendo así que lo que mejor demuestra su falta absoluta de aptitud para apropiarse la civilización es justamente el haberse hallado muy escasas huellas de la de los chinos en los contemporáneos de Legaspi y Urdaneta. Cualquier vislumbre de ella que se descubra, será indudablemente posterior á la época en que el contacto con nuestra civilización los enseñó á reconocer y admitir la superioridad moral con más ó menos acierto y energía. Estos estudios del teatro tagalo han de probarlo cumplidamente.

Y pues hemos hablado de prehistoria por valernos de un vocablo corriente y usual, aunque el concepto que expresa parezca inaplicable de todo en todo á los pueblos filipinos, ocasión es de añadir algún dato de craneología, materia que junta con la lingüística, redondea el sentido cabal de la nueva ciencia protohistórica. Piensan algunos fantaseadores haber encontrado en las cavernas de Filipinas restos del hombre primitivo, semejantes á los que todos los días se descubren en las cavernas del Norte de Europa y de las naciones meridionales; pero pronto vienen antropólogos tan eminentes como el doctor Virchow á declarar, ilustrando á Jagor, que los cráneos llevados á Berlín por éste de las cuevas de Lanang y Nipa-nipa, á pesar de su aplastamiento y sus analogías con los *macrocéfalos* de Crimea, de que habló Hipócrates, difícilmente tendrán una antigüedad anterior al siglo XVI, presentando algunos de ellos síntomas indudables de haber padecido sífilis, que es curioso desengaño para los partidarios de la prehistoria filipina (1).

(1) *Viajes por Filipinas*, de F. Jagor, traducidos del alemán por S. Vidal y Soler.—Madrid, imp. de Aribau, 1875, en 4.º con láminas.

El apéndice del Dr. Rod. Virchow ocupa de las páginas 374 á 397, con dos láminas, y se titula: *Cráneos antiguos y modernos de Filipinas*.

Ni tampoco denota antigüedad remotísima la costumbre de deprimir artificialmente los cráneos de los niños, con la cual ha querido engalanarse la supuesta prehistoria del Archipiélago, pues hoy mismo la conservan los indios de la costa occidental de la América del Norte, y hasta en ciertas regiones de Austria y de Francia no ha podido la civilización por completo destruirla. Á mayor abundamiento, declara Virchow ser casi imposible precisar la raza á que muchos de aquellos cráneos pertenecieron, por el atraso en que se encuentra la craneología oceánica, admitiendo sólo como auténticos los restos de un igorrote ó más bien *remontado* (á quien llama cimarrón por desconocimiento del tecnicismo local), cuya cabeza partida por un sablazo halló Jagor en el monte Isarog..... víctima probablemente de un cuadrillero ó un guardia civil. Cuanto á cerámica é indumentaria, si algunos objetos curiosos se han hallado, revelan origen chino ó japonés.

Hé aquí en breve y curiosísimo compendio todos los elementos que de la cultura y de la vida indígena anterior á la llegada de los españoles han podido traerse á la discusión científica, elementos que sólo por virtud de grande esfuerzo y optimistas concesiones pueden aspirar á la categoría de hipótesis, con que se prueba la dificultad invencible que toda investigación ofrece en un país destinado al parecer por la Providencia á génesis perpetuo. ¿Cómo hallar en él antes de nuestros días una literatura nacional, un teatro propio, ni manifestación alguna de su carácter, de su lengua y de su vida suprasensible? Razas de aluvión, por decirlo así, pertenecientes á los últimos grados de la escala humana, faltas de virilidad y de espontaneidad, ni siquiera al contacto con los portugueses y los chinos, que Legaspi encontró introducidos unos y establecidos otros en el país, debieron de pulirse en manera alguna, toda vez que ni sus instituciones ni sus costumbres presentan reminiscencias de tales modelos, habiéndose en cambio asimilado no poco de las razas arábigas del Mar Rojo, que por Joló y Min.

danao invadían el Archipiélago. Esta circunstancia prueba su inferioridad étnica, que los hizo preferir los elementos más refractarios á la civilización, como prueba también los esfuerzos y la energía que ha tenido que desplegar la nuestra para imponérseles y apartarlos de tan mal camino.

Y sin embargo, los chinos, que les eran mucho más similares que las otras razas vecinas, los habrían á poca costa enseñado á guardar siquiera memoria de sus hechos en haces de hoja de palma, á escribir en tabletas los nombres de sus antepasados y á no dejar á la posteridad á oscuras, como vulgarmente se dice de cuanto se relaciona con su existencia histórica. Aquel pueblo, donde ya en el siglo XIV encontraron Marco Polo é Ibn-Batuta elementos de civilización tan fecundos como la imprenta, que se cree inventada allí en el siglo VI de nuestra Era, habiéndose perfeccionado con la construcción de los caracteres móviles por Pi Ching en 1045, tuvo desde los primeros tiempos filosofía, literatura, historia, y sobre todo, un teatro ligado íntimamente con su religión y su teología, que se asemeja no poco al de Europa en la Edad Media; punto curiosísimo que no se ha estudiado bastante, ni aun por las misiones de *Propaganda fide*. El prurito de discutir en escena las cuestiones mitológicas, filosóficas y religiosas, tendencia inmemorial del teatro chino, donde á los pocos momentos de levantarse el telón adivinan ya los espectadores si el poeta es sectario de Lao (racionalista) ó de Fo (budista, tradicionalista), acusa una potencia intelectual que indudablemente se hubiera impuesto al genio tagalo, á no tener éste una potencia por lo menos igual para resistir toda asimilación á razas que no le sean completa, absolutamente y de todo en todo superiores (1).

(1) *La Chine et les puissances chrétiennes*, par D. Sinibaldo de Mas.—Paris, imp. de Thunot et Cie., 1861.—2 tomos en 16.º—El capítulo I del tomo I, que es más bien un libro, trata largamente de las costumbres y del estado social.

Solían y suelen estar los teatros de China en los patios ó plazoletas que dan entrada á las pagodas, alzados en plataforma al aire libre, donde algunas como capillas repartidas por el patio hacen las veces de nuestros palcos, alquilándose á beneficio del sacerdote ó del culto búdico. Es tan antigua esta que podemos llamar institución del teatro en China, que, si no mienten las pintorescas historias del Imperio Celeste, ya mil setecientos sesenta y seis años antes de Jesucristo se vió obligado el emperador Thung-an á prohibir las comedias por el estrago que hacían en las costumbres, prohibición que se solicitó nuevamente de Lionen-Van, por la mala conducta de los cómicos, en 827. El padre jesuita Alonso Sánchez, citado por Pellicer (1), dejó en su manuscrita *Relación de las cosas particulares de la China* pintados de la manera siguiente los espectáculos que había presenciado: "Son grandes representantes con tablado, vestidos, campanas y atambores, coros y voces á sus tiempos; y yo he visto comedias de diez ó doce días con sus noches, sin faltar gente en el tablado ni quien mire. Van saliendo personajes y escenas diferentes, y mientras unos representan otros duermen ó comen, ó tratan cosas morales y de buen ejemplo, pero envueltas en otras no tales y de gentilidad."

Donde quiera que la China ha ejercido realmente su influencia, el teatro existe desde tiempos remotos, aun tratándose de pueblos no menos rudos que el tagalo, como acontece en Cochinchina. Un escritor indígena contemporáneo, cuya obra ha declarado de texto el Gobierno francés y se estudia en las escuelas públicas, cuenta las guerras civiles encendidas en el siglo XIV (1370 á 1373) por Nuth-lé, que pasaba por hijo del rey

(1) *Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España*, por D. Casiano Pellicer.—Madrid, imp. del Real Arbitrio de Beneficencia, 1804.

El manuscrito del famoso jesuita se halla hoy registrado en la Biblioteca Nacional, C. 141, pág. 198.

Cung y de una cómica, siendo así que aquél se había casado con ella estando ya embarazada de Nuth-lé (1). El teatro existía, pues, en Cochinchina en tan remota fecha, sin duda llevado por los chinos, de cuyo emperador era feudatario el anamita.

El hecho de haber habitado antiguamente en Manila una colonia japonesa casi tan grande como la china, es dato que no debe omitirse aquí para apreciar la falta de espíritu asimilador de los tagalos y la ineficacia de su contacto con dos pueblos tan superiores en la esfera intelectual. Porque es de saber que los japoneses tienen también su teatro nacional, digno de que el cónsul de Francia en Yokohama le haya consagrado recientemente un curioso estudio en la *Revue d'Art Dramatique*, y si bien no faltan observadores ligeros que de algunas costumbres teatrales japonesas y chinas pretenden hallar reflejos en las de los indios, basta á desvanecer tan infundada creencia un mediano conocimiento de la historia del teatro en Europa y principalmente en nuestro país, que, como luego veremos, es el único que ha sabido sacar un tanto á los indios de su inercia intelectual.

Parece, pues, que los autores japoneses no imprimen sus obras, ni aun las escriben siquiera, sino que dan á las compañías el argumento, expresado en breve papel, y luego los cómicos tejen sobre aquel argumento la urdimbre que su ingenio les inspira, y así resulta en cada representación una obra distinta y nueva en la forma, que según al público agrada ó no en las diferentes representaciones, va tomando ser y desarrollo definitivo, hasta quedar como al fin obtiene más aplauso. Resultan por este procedimiento los cómicos japoneses verdaderos improvisadores, y no hay duda que han de hacerse los más hábiles del mundo en el arte teatral, toda vez que para crear ellos mismos la pasión y la expresión, la

(1) *Cours d'histoire annamite, à l'usage des écoles de la Basse-Cochinchine*, par P. I. B. Tru-Ong Vith-ky.—Saigon, imprimerie du Gouvernement, 1875 y 79.—Dos tomos en 16.^o

forma y el tejido del drama, han de reunir extraordinaria suma de aptitudes especiales, que suelen estar reñidas unas con otras, pues tan raro es el poeta que declama bien sus versos como el comediante que los hace siquiera medianos. Ni el toque de la dificultad en esta materia consiste únicamente, como es sabido, en hacer buenos versos y declamarlos, sino que el conocimiento del gusto público, el arte de interesarle y conmoverle, de contrastar las pasiones y mover las figuras dramáticas, y las mil y mil circunstancias que en una obra escénica han de concurrir para el aplauso, constituyen lo que Moratín llamó difícil facilidad, frase felicísima que lo dice todo.

Cierto que no ha sido posible encontrar hasta hoy en Filipinas una sola comedia impresa, y que los representantes las suelen alterar no poco en cada función, de donde aquellos vulgares observadores deducen la imitación japonesa de que venimos hablando; pero sin que se tomen nuestros asertos por exactos de todo en todo, pues son poco expansivos en esta materia los indios que entienden algo del teatro tagalo, y se recatan además de los españoles como niños que temen reprimenda, circunstancia que nos inspira el temor de no haber profundizado bien nuestro estudio, podemos asegurar desde luego que los poetas tagalos escriben enteras sus comedias, aunque no las impriman por falta de recursos, y porque del hecho de facilitar copias para la representación libran la única utilidad material que su trabajo les reporta. De aquí que sólo circulen estas copias entre los cómicos que las han adquirido, costumbre que por cierto no han necesitado copiar de los japoneses, porque es puramente española, y tan pura y castiza, que uno de los deberes del juez especial de comedias era impedir que ningún cómico representase obras que fueran propiedad de otro, y esta propiedad había de justificarse con la firma del poeta en la copia vendida al cómico.

Así estaba establecido en Sevilla en la primera mitad del siglo XVII, y sabido es que de allí salieron con el sello

de la Casa de Contratación los moldes para casi todas las cosas de ambas Indias. Este curioso y desconocido dato de la propiedad de las comedias lo aclara y define perfectamente el juez de ellas que había en la ciudad andaluza en 1639, en cierta representación que hizo á Su Majestad justificándose por haber prohibido *La Batalla Naval de los Galeones*, comedia que sin duda se refiere á la gloriosa victoria alcanzada por nuestras armas en la bahía de Todos los Santos en 16 de Marzo de 1638. Recientemente ha publicado este peregrino papel D. José Sánchez Arjona, mi amigo y paisano, en un excelente libro que arroja mucha luz sobre costumbres y antiguallas teatrales (1). Ni el hecho de ser manuscritas las obras dramáticas prueba tampoco otra cosa que infancia teatral y pobreza de la profesión literaria, que lo mismo acontecía en España en aquellos tiempos en que empezamos á exportar nuestras costumbres á los países ultramarinos, pudiendo asegurarse que ni el quinto de las obras representadas en nuestros teatros veía la luz pública.

Queda finalmente la duración de las representaciones, como dato definitivo en que se apoyan también los que encuentran reminiscencias chinas y japonesas en el teatro tagalo, en lo cual van ciertamente no menos errados que en sus restantes hipótesis, pues los *Pasos de la Pasión*, que se representaban en Cuaresma, solían ser interminables, quizás duraban toda ella, habiendo llegado los italianos y franceses mucho más allá que los chinos y nosotros en este punto, que después lo será de más largo capítulo en este trabajo, por la trascendental importancia que tiene en la literatura y costumbres de los indios.

Finalmente, en el hecho de alterarse los textos en las representaciones, como en el teatro japonés, y en el de haber sido hasta la época moderna muy raro que las mujeres tomaran parte en ellas, lo cual en el Japón es-

(1) *El teatro en Sevilla en los siglos XVI y XVII*.—Madrid, imp. de Alonso, 1887, en 8.º.

taba prohibido, hay no menor desconocimiento de la historia dramática y de la verdad de las cosas. Nosotros poseemos comedias muy conocidas y populares en Filipinas, en copias facilitadas por sus mismos autores, de las cuales nos aseguran tagalos inteligentes ser las mismas que ellos están viendo representar todos los días, y aun advierten que si alguna alteración suele notarse es cuando los cómicos olvidan el papel ó lo tienen mal aprendido, que entonces hacen ni más ni menos que los nuestros, entremeter lo que se llama en la jerga teatral *morcillas*, con la diferencia de que estos pegotes y embutidos suelen tomarlos de los romances populares que dicen ellos *corridos*, referentes al mismo asunto y que nunca les faltan, pues el repertorio, como se verá luego, está limitado á unas cuantas obras populares de origen español, de que poseen á un tiempo romance y comedia, en sendas traducciones tagalas.

De la ausencia, en fin, de las mujeres, poco hay que decir que no sea muy definitivo y muy español, como tomado de nuestros autos litúrgicos y sacramentales, donde las mujeres eran sustituidas por muchachos de buen parecer y acicalados, lo que tenían algunos por mayor inconveniente que el representar las mujeres mismas, según el papel sobre *Abusos de comedias y tragedias* que extracta Pellicer en su citado libro. Hasta mucho después de celebrado el Concilio de Trento duró en Gerona la costumbre de representar el *Paso de las tres Marías* los tres canónigos más modernos del cabildo catedral.

Vese, pues, que no hay modo alguno de dar en el embrión del teatro tagalo parte mínima siquiera á los pueblos que por su cercanía y similitud pudieron crear la única prehistoria filipina, y ahora seguiremos demostrando que este embrión, como todos los escasos elementos civilizadores que han podido aclimatarse en tierra tan movediza y exótica, del gran tronco español procede y lleva el sello caballeresco-místico de nuestra raza.



II

Origen de los *Corridos* ó poesía popular tagala.—Errores literarios de los españoles ignorantes.—Sir John Bowring, autor de *Una visita á las islas Filipinas*.—El cantar ó representar la *Pasión* no es costumbre tagala, sino latina.—Los trovadores.—Bibliografía.—Por qué no se representa en Filipinas la *Pasión*, drama.—Su prohibición en España por el ministro Escosura.—Los jesuitas de Manila dan la primera función teatral en el siglo XVII.—D. Simón de Anda, la segunda.



HEMOS visto que ni la historia ni la tradición dan luz bastante para rastrear los orígenes del teatro tagalo, y aun hemos discutido con el mayor escrúpulo algunos vestigios y reminiscencias que pudieran descubrir en las costumbres del Archipiélago imitación japonesa ó china, algún rasgo de civilización ajena y anterior á la española que se hubiera apropiado antes ó después de nuestra llegada, por serle aquellos pueblos los más limítrofes, los más similares y con quien tiene más íntimo contacto; con que ha podido igualmente por modo clarísimo verse que la conquista halló á Filipinas en estado natural, y no se tildará de vanagloria que atribuyamos á nuestra civilización más poderío y eficacia que ninguna otra, pues ha llegado hasta darles un como barniz de cultura intelectual que permite al genio indígena revelaciones y des-

tellos dignos de algún estudio, si no por las esperanzas que inspiren de más trascendental desarrollo, por el honor que nos hacen como obra de lapidario tenaz é inteligente, de cuyas manos la piedra más tosca recibe facetas de diamante.

Si ese movimiento literario tiene carácter pueril y pequeño, será por ventura lauro mayor para los que se han propuesto conservar su inocencia á aquel pueblo de niños, tratándolo como padres y no como pedagogos, al instruirlos y civilizarlos. Inspira allí la naturaleza tan santo recogimiento, abruma de tal modo á la conciencia menos timorata el constante espectáculo de la creación y la destrucción, que hablan muy alto al hombre del Ser Supremo, y por ende de su propia responsabilidad como prototipo de los seres inferiores, que el ideal cristiano de la colonización española aparece á la luz de la filosofía, como el más análogo al plan divino, que la humanidad está llamada á realizar sobre la tierra. Esplicanse así las profundas evoluciones que toda inteligencia observadora hace al ponerse en contacto con aquel verdadero mundo nuevo, y el fenómeno, harto frecuente, de que se desvanezcan ó modifiquen muchos ideales inspirados por la civilización, cuyas tendencias y finalidad llegan á parecer de tan poca valía, que no compensan al hombre la pérdida de su libertad primitiva, de su estado de naturaleza.

No es dudoso para nosotros, que á par que los soldados de Legaspi llevaban de Méjico entre sus arreos de guerra los romances y relaciones de nuestra literatura popular y tal cual libro de caballerías, que llegando á los indios desfigurados y desfigurándolos ellos á su vez, ya por lecturas mal hechas en lengua exótica, ya por recitos incompletos ó monstruosos, fueran el origen de sus *Corridos*, cuyo nombre no significa en puridad otra cosa que papeles volantes que de mano en mano corren, coplas de ciego, literatura, en fin, callejera de corro y plebe; nuestros misioneros llevaban los autos y misterios del teatro litúrgico y tradiciones más ó menos abul-

tadas y pintorescas de los espectáculos que ofrecían nuestras catedrales góticas, principalmente los de la *Pasión*, que fué, sin asomo de duda, la obra que más debió de herir y sorprender la imaginación de los indios, aficionándolos á la audición primero, á la lectura después, y al recitado mucho más tarde.

Los estudios bibliográficos que se han hecho hasta ahora en Filipinas, aunque pobres é incompletos, aclaran perfectamente esta lógica gradación que atribuímos al pensamiento indígena en sus modestas é inconscientes evoluciones. Ello es que el *corrido* impreso que hemos visto más antiguo sólo data de 1816, mientras de la *Pasión* se hacían ya traducciones á los principales dialectos del país en el siglo XVII, y en el XVIII corrían impresas en abundancia.

Cierta laya de españoles, que por el único hecho de serlo se creen símbolo y resumen de la superioridad intelectual en mayor grado aún que lo son de la de raza con respecto á los indios; gentes que, ignorándolo todo, como salidas de las capas inferiores de nuestra sociedad, se arrogan el derecho de que no pase nada sin el fallo de su opinión magistral, así en literatura como en política, en religión, en artes y en los demás órdenes de la vida, forma en Filipinas vulgo peligroso, de la calidad de aquel que fué grandísima parte en la perdición de nuestras colonias americanas, porque no representa el espíritu crítico y la razón serena que de los hechos particulares deduce los altos principios que informan la filosofía de la historia, viviendo en el seno de la humanidad como la mariposa en el cáliz de la flor con perpetuo alimento de pistilos y perfumes, sino más bien el gusano de la envidia y las malas pasiones que engendran las diferencias de raza en seres nacidos por pura casualidad en las superiores y conquistadoras, sin otros medios ni calidades sobresalientes. Por su propia mendacidad y condición vive tal gente más cerca del indio que los hombres ilustrados, y hasta el aire que respira lo llena de falsas ideas sobre las cosas más trascendentales, for-

mando así como corrientes de opinión que, si en casos de arte y literatura no ofrecen otro peligro que el de aumentar la ignorancia y rebajarnos al nivel del indígena, en muchas ocasiones toma derroteros peligrosos. Principalmente cuando se trata de lo pasado, y de apreciar los efectos políticos é intelectuales de nuestra dominación en Filipinas, de tal manera desbarran, que sería oportuno decirles: "Callad, necios, que estáis denostando á vuestros mayores, que sabían y valían más que vosotros, pues supieron ganar lo que vosotros apenas acertáis á perder."

Entre las más vulgares y erróneas creencias existentes en Filipinas acerca de su literatura popular, debe de ponerse la que tiene por costumbre indígena, insoportable y hasta merecedora de la prohibición, que alguna vez se ha intentado por gobernantes salidos de la misma taifa que dejamos bosquejada, la de cantar la *Pasión* los indios en Cuaresma y Semana Santa, ya reunidos en familia patriarcalmente, ya en tertulia amigable de vecinos, salmodiando y poniendo de relieve, con canturía ciertamente monótona y empalagosa, pero no desprovista de interés y sentido poético para el pensador, las diversas peripecias del sacrosanto drama del Calvario y las tiernas emociones que les producen.

Con el pretencioso título de *Reflexiones sobre la influencia del clima en la literatura, usos y costumbres*, apareció años pasados, en un periódico que ha ejercido cierta influencia en el escaso movimiento literario de Filipinas, un escrito donde para probar la tesis interesante que entrañaba, sólo se le ocurrían al autor argumentos como el siguiente:

"Cuéntanse (sic), pues, en Filipinas, con algunas canciones, bastante número de composiciones á diferentes asuntos, y hasta con un poema, que no lo es menos (sic), la *Pasión*, que anda en manos de los naturales en Semana Santa, aunque carezca de interés literario, puesto que se reduce á una relación desprovista de galas é imágenes poéticas; y tanto éste como aquéllas están

„escritos en el dialecto tagalo, que es el más usual en „las islas,, (1).

Así suelen formarse las opiniones literarias en aquel hermoso país por gentes que ignoran que la *Pasión* no es un poema indígena, ni menos soso, desmañado, falto de imágenes poéticas y puramente tagalo, sino que es, por lo contrario, una obra clásica española, interesantísima y bellísima, traducida á todos los dialectos principales del país, con tal amor y profusión, que cada raza lo canta en el suyo propio, sin más excepciones que los indios no cristianos, y naturalmente los de los archipiélagos de Joló y Mindanao, que profesan el Mahometismo (2). Algo participó de aquella errónea opinión el inte-

(1) *Ilustración Filipina* de 19 de Junio de 1859.

(2) De Manila cuanto se diga es poco. Léase lo que escribía *El Comercio* de aquella ciudad, en 5 de Marzo de 1884:

«*La Pasión*.—Refiriendo un amigo nuestro á una familia de Sampiloc que en el barrio de Bilibid había durado anteanoche el canto de *la Pasión* hasta las tres y media de la madrugada, una polla le dijo con mucha gracia:

—¡Ay, D. Quico! ¡Qué afortunados son los vecinos del barrio de Bilibid! Venga usted acá: desde aquí se ve la primera calle de San Antón, que ahora se llama calle de Gaztambide. ¿Ve usted aquella casita, donde parece que apenas pueden caber diez personas en pie? Pues allí había anoche acostadas más de veinte cantando *la Pasión*; y cantaron, y cantaron, y cantaron hasta las cinco de la mañana, sin que los vecinos pudiesen coger el sueño.

—Despacito, niña, despacito: me ha llamado la atención el modo como usted dice que estaban esas veinte personas.

—Sí, señor; así estaban, porque así es la costumbre, según me ha dicho mi lavandera. Ponen un atril en el suelo, en el atril el libro, delante dos candelas, y todo el mundo boca abajo, salvo raras y honrosas excepciones, como dicen ustedes. Y en esa postura y de esa manera, se llevan cantando horas y horas y horas, sin que la seriedad del motivo impida intercalar una *cuchufleta*, y aun se dan casos de cantarse por un grupo *la Pasión* y por otro ú otros, aires que no tienen nada de devotos.

—Yo espero, y con esto cerró nuestro amigo la conversación, que estas costumbres se irán reformando.»

También hay en Manila y en muchas pueblos la de hacer á escote entre los vecinos un tinglado en una plaza ó en un corral para cantar *la Pasión* por turno los más inteligentes entre ellos. Al efecto, eligen las *dalagas* (jóvenes) y *baguntaos* (mozos) de mejor voz y estilo, ó que han dado ma-

ligente sir John Bowring, exgobernador de Hong-Kong, en su apreciable libro, donde tanto brilla la imparcialidad y la sensatez de los verdaderos publicistas ingleses, siendo más de extrañar que considerara la *Pasión* como drama tagalo quien conocía muy á fondo la literatura española (1).

por suma para la suscripción. No faltan, por supuesto, en un rincón del tinglado, mesillas con *poto* y *bibinca*, *suman* (arroz cocido con azúcar), mangas y dulces, cajas de cigarros, buyo, ni algún tarro de Ginebra para remojar la palabra, ni su orquesta correspondiente, que entre *paso* y *paso* de la *Pasión* hace verdaderas diabluras, pues tal vez toca valeses y rigodones, que enmedio de la salmodia mística producen el efecto que el lector puede imaginarse.

Á estas fiestas llaman los indios *palaspas*.

En Malabón, pueblo grande, industrioso, inmediato á Manila y el primero que ha sido visitado por una locomotora, se juntan los vecinos á cantar la *Pasión* en las ermitas, por regla general con verdadero fervor religioso. En otras partes es una especie de certamen musical entre los indios que tienen buena voz ó hábito de cantarla, ó conocen ó creen conocer el canto llano, que eso Dios lo sabe, pues á veces no es canto llano, sino cantos rodados lo que cae de su boca.

Hay hasta quien se precia de improvisar la música, y de éstos dicen que *tienen estilo*. Es frecuente enzarzarse á competencia dos ó tres de estos improvisadores, y como refresquen el tragadero de cuando en cuando, hay fiesta hasta la madrugada.

En Ilocos no es la *Pasión*, sino las *Lamentaciones de Jeremías* lo que cantan por Cuaresma. La primera no la cantan, sino que la leen, pero cada uno á sus solas.

Esta costumbre será molesta para los que no quieren oír su música (del canto llano); pero los indios tienen sus gustos musicales y no podemos ni debemos quitárselos.

(1) *Una visita a las islas Filipinas*, por sir John Bowring, Ll. D. F. R. S. Gobernador que fué de Hong-Kong, plenipotenciario de S. M. Británica en China, etc., etc.—Traducción con notas para la *Revista de Filipinas*—Manila, imp. de Ramírez y Girardier, 1876.—Un tomo en 4.º con el retrato del autor.

Hé aquí sus palabras:

«Son amantes (los indios) de leer dramas religiosos, especialmente uno en tagalog sobre la *Pasión y muerte de Jesucristo*; pero esas lecturas tagalas producen escándalo, abusos y el nacimiento de algunos hijos ilegítimos. Los párrocos por lo general han prohibido esas salmodias de noche, y algunas veces dispersan látigo en mano á los cantantes.»

Un escritor español, D. Francisco de P. Entrala, tan ingenioso como des-

Si casi ninguna de las costumbres filipinas, como hemos dicho, carece del sello español en su fondo ó en su forma, ésta lo ostenta en ambos tan castizo y puro, que todavía en las aldeas y cortijos de las sierras andaluzas es bastante frecuente oír en las noches de Cuaresma y Semana Santa, como respondiendo á la severa reconcentración que siente por instinto el alma cristiana en esos tristes días, el sonsonete que hacen los mozos y mozas cantando al amor de la lumbre los *Pasos dolorosos*, en que les sirven como de guía sus mayores, dándoles el contrapunto en voz más gutural y discordante, según los sexos; que si gangosa y desapacible es la de los indios viejos, la de las vinosas gargantas alpujarreñas al cencerrear pueden compararse con el caldero que sube por un pozo haciéndose tolondrones. Y no ya en Andalucía, mapa y compendio de las ruinas mejor conservadas de nuestras costumbres clásicas, en la Mancha misma y en otras provincias no menos incoloras se canta la *Pasión* á grito pelado, y aun se representa muy á lo vivo en Semana Santa, por más que la virga férrea de gobernadores y alcaldes con sus respetables brazos de ministriles, polizontes y guardia civil, vayan consiguiendo impedirlo, como atentatorio al progreso y á la popular cultura, que en efecto lo ha sido en algunos casos, y aun á la honestidad y la decencia.

¿Ni qué mucho se conserve una costumbre que era todavía universal en la España del pasado siglo, cuan-

afortunado, cuyos conocimientos se revelaron en varias publicaciones que interrumpió su temprana muerte, escribía con ocasión de ese pasaje de la obra inglesa:

«La sociedad actual de Filipinas y la del tiempo en que visitó las islas sir Jhon Bowring (1858) dan importancia á nimiedades que no tienen ninguna. La lectura de la *Pasión* no deja de ser una costumbre sencilla, aunque simple y molestísima para el que no está acostumbrado, pero respetable por la ingenuidad que ella revela. Y si existen, por causa de estas lecturas en familia, los peligros que cree ver el diplomático citado, con igual motivo deben prohibirse las tertulias, los *panguinguis* y cuanto pueda producir la reunión entre ambos sexos.»

do del drama litúrgico, que se remonta á los primeros de la Iglesia y que pareció enterrado por los admirables *Autos* de Calderon, quedan tantos vestigios, que el señor Marqués de Molins ha podido ver representar en la Iglesia mayor de Elche en 1842 *La Asunción de la Virgen*, tal como se representaba y se escribió en lemosín poco después de ganada aquella población á los moros en 1370? (1)

Ni tampoco hubo por cierto en España leyenda popular más impresa y reimpressa, como lo verá el lector por sus ojos al fin de este trabajo; limitándonos á decir ahora que la costumbre de cantar la *Pasión* en Semana Santa era universal entre la gente latina por aquel buen tiempo en que la crisálida de nuestro genio nacional se preparaba á convertirse en brillante mariposa. Del templo, donde la salmodiaban en los Oficios los sacerdotes al grave son del canto gregoriano, debió de ser llevada á castillos, monasterios y plazas públicas, primero en la lira de los trovadores y maestros del *gay saber*, después en las pantomimas y relaciones de palmeros y peregrinos, y por último en las guitarras moriscas de los ciegos trashumantes, ya como acción, ya como leyenda arromanzada, hasta que encarnó en las costumbres del pueblo creyente.

Así como las primeras obras teatrales que conocemos son lemosinas, y con ellas se verificó y por ellas la transición del drama puramente litúrgico al religioso y social, de que dan claro testimonio *Las Vírgenes prudentes* y *las Vírgenes locas*, cuyos fragmentos en latín, mezclado con lengua de *Oc* y de *Oil*, dió á conocer Raynouard atribuyéndolos al siglo XI, las comedias del *Nacimiento* y la *Adoración de los Pastores*, que á últimos del siglo XII componía y representaba en su palacio de

(1) *Obras* de D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, de la Academia Española.—Madrid, Impr. de Tello, 1882, en 8.º—Véase la *Carta al Duque de Osuna*, que lleva por título: *Descripción de la representación dramático-religiosa de Elche*, en el tomo III.

Aix la Condesa Garsenda de Provenza, y ante todos y sobre todos la *Tragedia de Santa Inés*, que el alemán Carlos Bartsch ha descubierto recientemente casi íntegra en la Biblioteca del Príncipe Chigi, en Roma, y que publicada en edición bibliográfica en Niza por la Sociedad de Letras, Ciencias y Artes, de los Alpes marítimos, ha sido una verdadera revelación para el mundo sabio (1), así es también lemosina la primera leyenda de la *Pasión* que conocemos en España, impresa probablemente en Barcelona ó Valencia, para ser en familia recitada. Titúlase en el colofón *La Passió de Jesu christ segons que recita lo mestre Gamaliel*, y en la cabecera *Assi comensa lo....* (falta el papel) *libre hon se recompten los actes de Latzer en major partida e de santa María Magdalena e de santa María tots germans nats de la ciutat de Hierusalem*. Es un rarísimo incunable de 37 foj. en 4.^o (aunque deben faltarle tres), con toscas láminas de madera, de quien sólo he visto un ejemplar en la librería de mi buen amigo el Diputado D. Alfonso González.

En los demás pueblos latinos tiene la *Pasión* análoga historia. Representábase con extraordinaria pompa en el Coliseo romano hasta muy entrado el siglo XVII, pues Leone Allacci todavía registra entre los diversos dramas de tal nombre representados en Viterbo, Venecia, Palermo, Aquila, Vicenza, etc., *Della Passione de N. S. Giesu Christo. Rappresentata il Giovedi Santo nel Coliseo de Roma*, como libro incunable en 4.^o (2) Es probablemente la misma que D. Fernando Colón poseía, y en su *Registrum* anota con más detalles y estudio que el bibliógrafo italiano. Hé aquí su mismo apunte: *Pasión de Cristo con sus figuras depungidas y en rima toscana como se representa en Roma en el Coliseo*,

(1) *Los Trovadores*, por D. Víctor Balaguer.—2.^a edic.—Mad., imp. de Tello, 1883, en 4.^o—Véase el tomo IV.

(2) *Dramaturgia*, di Leone Allacci, *divisa in sette indici*.—Roma, per il Macardi. 1666, en 8.^o

compuesta por Culiano Dati et Bernardo de Mastro, Antonio Romano et Mariano Particapa. Impr. á Nápoli, anno 1510, apr. 22. Est. in 4.º, 2 col.—Es también probable que la representara la famosa compañía del *Gonfalone*, creada en 1264 nada menos, con este objeto casi exclusivo.

Otra representación igual daba el clero de Friuli en 1298.

También la vieron los franceses desde muy antiguo en su teatro, y de tales dimensiones y con tal abundancia de personajes, que los dramas tagalos se quedan tamañitos. Forma la más antigua y célebre, que lleva por nombre *Le mystère de la Passion*, tres volúmenes nada menos con 431 hojas de á folio y letra muy menuda; figuran en ella centenares de personas; contiene íntegros los *Hechos de los apóstoles* y el *Apocalipsi*, y es obra que ya corría anónima en el siglo XV, siendo retocada sucesivamente, primero por Arnaldo Greben, canónigo de Mans, y después por su hermano Simón, Secretario de Carlos de Anjou; fué publicada por el canónigo Curet en los primeros años de la centuria décimosexta y á la postre por los hermanos Michel refundida y abigarrada. Se representó la primera vez de que haya noticia en París, en la posada de Flandes, en 1541, según el ejemplar que describe Pellicer existente en la Biblioteca de S. M. Corrían además por Francia en el siglo XV otros dos dramas de la *Pasión*, titulados *Le Grand Mystère de Jesus* y la *Passion de Nostre Seigneur*; pero ignórase cuál de estas obras era la que representaban los *Hermanos de la Pasión*, que desde su establecimiento en 1402 tenían un teatro en París para dar far-sas de la *Pasión* y de los misterios del antiguo Testamento.

¿Qué más? Entre nosotros mismos, en el naciente romance de Castilla, antes quizás de esas fechas, sin contar los infinitos *Vita Christi* y romances de la *Pasión* que llenan nuestros *Cancioneros*, y no pocos poemas completos del mismo ciclo en especiales volúmenes, de

que haremos, según se ha dicho, APÉNDICE especial, correrían ya como obras teatrales la *Representación* de Juan de la Encina á la muy bendita pasión y muerte de nuestro precioso Redentor, adonde se introducen dos ermitaños el uno viejo y el otro mozo (1494), y el *Auto de la Pasión*, de Lucas Fernández, representado en Salamanca, obra de condiciones más literarias y aceptables que cuantas poseían por aquel tiempo los demás teatros neo-latinos.

Aunque no hay sino un paso del recitado y la canturia á la representación escénica, parece indudable que no lo dió la *Pasión* entre los indios, porque á los padres curas no les plugo, para lo cual pudiera la sana crítica discurrir muy buenas razones. Que suelen ser ocasionados á la corrupción de costumbres los conciliábulos en que se sobrexcita la fantasía demasiadamente, por concentrarse en un solo objeto, que á la par desarrolla la sensibilidad y el amor, es punto que no admite duda, mayormente entre las razas selváticas, que convierten en orgías hasta sus velatorios y entierros. Pudo también influir en los padres misioneros su propia cultura intelectual, que repugnaría entregar labor tan delicada del espíritu á gentes sin medio alguno para ejecutarla, que en verdad se hace enojosísima la representación dramática á los oídos medianamente delicados, cuando se estropean los vocablos españoles por el extraño modo que el indio lo hace, se pronuncian mal las letras, y no se da á las frases ni á los conceptos, no ya el sentido figurado que suelen tener, pero ni el propio siquiera; y por último, ha de considerarse igualmente como exculpación de las Órdenes religiosas en esta materia, que coincidió su mayor apogeo en el Archipiélago filipino con aquella época de pavora intelectual, comprendida entre las últimas guerras que provocó el luteranismo y los primeros relámpagos de la Revolución francesa, época en que las inteligencias vacilaban mucho acerca de la bondad intrínseca de los elementos civilizadores, creyendo no pocas y de muy buena fe que el teatro era tan peligroso como la imprenta misma.

Ello es que el hecho de no existir drama alguno hispano-tagalo de la *Pasión*, digan lo que quieran escritores tan inteligentes como el inglés Bowring, hace para nosotros prueba plena de que los indios fueron deliberadamente apartados del teatro por sus religiosos directores, pues de lo contrario indudablemente hubieran comenzado por el asunto que más les impresiona y embelesa, asunto que á mayor abundamiento estaba ~~de~~ *ab initio* arraigado en sus costumbres como en las españolas. Entre nosotros se ha representado la *Pasión* todavía sin el menor inconveniente hasta el año 1856, en que fué prohibida por el Ministro de la Gobernación don Patricio de la Escosura (alta autoridad por cierto en cosas literarias) en un célebre Decreto, que produjo en la prensa política más de una polémica y al que esto escribe hartas satisfacciones de amor propio en los comienzos de su carrera oficial.

Los jesuitas, que más de una vez, como es sabido, han hecho pública gala de discrepar de las demás Órdenes, fueron también la excepción en este punto, dando en la capital del Archipiélago la primera representación teatral de que tengamos noticia, y no de carácter religioso en verdad, sino palaciego y político, para celebrar las victorias alcanzadas en Mindanao por el General Hurtado de Corcuera. Así aparece en la *Relación* de aquellos sucesos, interesante manuscrito que nosotros sacamos á luz en los Apéndices á nuestras *Guerras piráticas de Filipinas*, como uno de los más notables agasajos hechos á Corcuera, una comedia alegórica, original del P. Jerónimo Pérez, representada en la Casa de la Compañía la tarde del 5 de Julio de 1637 por los novicios de la Orden, donde ya probablemente figurarían no pocos hijos del país y quizás también indios puros.

Hé aquí la primera aparición de absoluta certidumbre que el teatro ha hecho en Filipinas, dato modernísimo, casi un siglo posterior á la conquista, y que destruye cuantas hipótesis puedan hacerse de la influencia china en el desarrollo intelectual de los indios. ¡Como si una

dramática tan antigua, donde los misioneros ingleses han encontrado reminiscencias nada menos que del teatro greco-latino, hubiera podido sin dejar el menor rastro desaparecer del Archipiélago por un simple cambio de civilización, sin que la vencida impusiera á la vencedora alguno de sus elementos fundamentales! Es harto profundo el sello que pone el Celeste Imperio á las razas, instituciones y costumbres en que influye, para borrarse tan pronto y tan radicalmente. No procede así la humanidad, por otra parte, ni la historia autoriza en modo alguno tan absurda creencia.

Antes sigue, por lo contrario, proporcionándonos documentos para justificar las nuestras, principalmente de carácter negativo, como el silencio de las leyes de Indias, que mientras legislan para el teatro en América, prescinden completamente de Filipinas, así como las Ordenanzas y Bandos de buen gobierno de este último país, que hacen lo mismo hasta llegar el siglo presente. Por cierto que ni entonces pierde el teatro su carácter de fiesta palaciega ó de tabla y genuinamente española, que los jesuitas le habían dado en el siglo XVII, y que reanudaron en el XVIII, en celebridad del bautismo de un rey de Joló, que contaremos después. Representaciones de carácter privado, algunas se daban, de que hay noticias en papeles particulares. El grave y famoso D. Simón de Anda, siendo Gobernador general por desgracia suya, dió comedia en el Palacio Real de Manila la noche del 22 de Enero de 1772, con tanto número de convidados, que faltó la vigilancia en el puerto, con que pudo escapársele de entre las manos, embarcándose para España, su terrible enemigo fray Francisco de Villanueva de la Serena, según confesó éste mismo en una de sus cartas al Provincial (1).

(1) Hé aquí lo que le escribía en 24 de Septiembre de aquel año, desde el convento de San Francisco de Madrid:

«Paso á participar á ese venerable Definitorio cuanto ha ocurrido desde el 22 de Enero de este presente año, en cuya noche me embarqué en la bahía

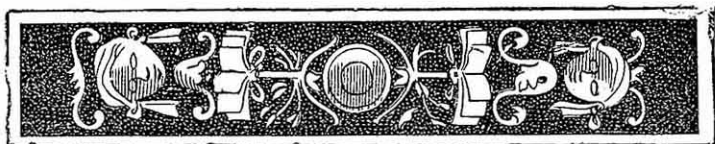
Entretanto el Ayuntamiento de Manila había admitido la comedia entre las fiestas públicas para celebrar las reales proclamaciones y juras, según demuestra el art. 116 del *Ceremonial*, que, aunque impreso en aquella ciudad en el presente siglo (1), descubre mucha mayor antigüedad y por sus palabras mismas no haber tenido hasta entonces el teatro carácter permanente. Dice así: "Dichos festejos deberán ser siempre de la elección del „N. A. y pueden reducirse á fuegos artificiales, Máscaras, Torneos, carros triunfales, Bailes, comedias, corridas de toros ó de cañas y otros de igual naturaleza, „que de todo ha habido aquí en semejantes casos.„ También del art. 117, que organiza la distribución de los palcos y tablados que en la plaza habían de hacerse para las fiestas, se infiere que no existía edificio *ad hoc* para las representaciones.

Vese, pues, que hay que meterse bien dentro del presente siglo para hallar en el teatro hispano-filipino algo de permanencia y de carácter de institución social, donde vislumbraremos al tagalo ó indígena alborear tíbiamente como renuevo de flor trasplantada. Aun así ha de costarnos mucho trabajo puntualizar en el siguiente capítulo algunas fechas y datos curiosos de tan embriionario génesis.

de Manila para pasar á bordo de la fragata *Palas*, lo que verifiqué entre nueve y diez de la noche, al mismo tiempo que ni en la fragata había oficiales que lo pudiesen embarazar ni en el camino impedimentos, porque se hallaban el Sr. Gobernador y personas de distinción de Manila en la comedia en Palacio. »

(*Cartas del P. La Serena sobre su viaje á España con su paisano el P. Hermosa, y estado en Madrid de las cuestiones de D. Simón de Anda. Ms. de mi propiedad, en 4.º*)

(1) *Ceremonial de las asistencias y funciones de la noble ciudad de Manila, capital de las islas Filipinas, que por su encargo formó, arreglado á costumbre, D. Andres Joseph Roxo, regidor por S. M. de este illustre Ayuntamiento.— Impreso en la imp. de D. José M.^a Dayot, por Tomás Oliva, año de 1836.— En folio.*



III

Primeros datos de cierta autenticidad.—Origen del *Moro-moro*.—El himno de Riego.—Teatro de Binondo.—Edificanse los de Tondo y Quiapo.—Intrigas de bastidores.—Censura y contribución impuestas al teatro tagalo.—Abundancia de teatros chinos.—Los *carrillos*.—*Don Juan Tenorio*, drama español, en el *carrillo* de la calle de la Magdalena.



A en la primera mitad del siglo pasado hay algún vislumbre de apuntar en los indios cierta afición, por decirlo así, casera y vergonzante á los espectáculos teatrales, y de que los misioneros empiezan á consentírselas, aunque siempre en guardia y avizorándolos. Un escritor varias veces citado, religioso de los más observadores y diligentes que han ido á Filipinas, en un famoso manuscrito, que corre como si estuviera impreso, indica que “tienen particular „propensión á comedias y farándulas, y así no hay fiesta „de consideración si no hay comedia, y si pueden no „perderán ensayo..... y es necesario que estas representaciones no sean nocivas, porque se les imprime mucho„ (1).

(1) Carta de Fray Gaspar de San Agustín á un amigo suyo en España, que le pregunta el natural y genio de los indios de Filipinas.—Ms. de 70 páginas en 4.º Unas copias llevan la fecha de 1720, y otras la de 1725.

Sin embargo, la mayor antigüedad que en mi concepto puede concederse al teatro tagalo es la de 28 de Abril de 1750, en cuyo día se celebró en Panique, pueblo de la actual provincia de Pangasinán, el bautizo de Alimudín, rey de Joló, con el nombre de Fernando I, en obsequio y remembranza de Fernando VI, que entonces reinaba en España. Dedúcese de las mismas palabras del P. S. Agustín que acaban de leerse, que la afición no tomó carácter ni obtuvo el exequátur del clero hasta que se hicieron en Panique grandes fiestas á costa del Erario público, á saber: corridas de toros y comedias, teniendo que recurrir para estas últimas á los indios, porque los españoles se negaron á tomar parte en ellas por la ocasión y por la persona, que sultanes y datos de los que viven en la vecindad del Archipiélago nunca serán para sus habitantes europeos sujetos de cuenta y valía, pese á nombres y títulos más fantásticos que reales. Arregláronse como pudieron los jesuitas, autores de la cristianización de Alimudín y de todo aquel melodrama político-religioso, y fué el caso que los moros de la llamada corte joloana (cuatro ó seis esclavillos más ó menos graduados de chambelanes) quisieron por su parte meterse en el corro y hacer también fiesta á su rey, poniéndolo por obra de la manera que ya hemos descrito en nuestras *Guerras piráticas de Filipinas*:

“Armados de lanzas, crises y rodela, á guisa de falanges próximas á acometerse, formaron todos un círculo, y aquel en quien se suponía más valor entró en el centro, dando uno ó dos fuertes alaridos con ademán horrible y dos ó tres zancadas, tras las cuales comenzó su ejercicio, llevando en una mano su lanza y en la otra la rodela y la cris pendiente de un tahalí. Después algo encorvado atravesó con celeridad todo el círculo é irguiéndose en seguida, fué de un extremo á otro dando saltos de hiena y mirando de una á otra parte como aquel que desafía á su enemigo. Paróse luego, dió unas cuantas patadas en el suelo, meneó la cabeza, rechinó los dientes haciendo al mismo tiempo gestos horribles,

„y arrojando su lanza por desprecio, empezó á dar tajos
„y reveses al aire con su cris, como un loco furibundo, al
„compás de alaridos salvajes.

„Cuando parecía hallarse descansando, repentinamen-
„te corrió otra vez hacia una y otra parte, adonde se figu-
„raba que el enemigo se le escondía, y acuchillando el
„suelo rabiosamente como si cortase una cabeza, con un
„terrón en una mano y en la otra el cris, púsose á tejer
„un baile horrible en señal de victoria, hasta que empa-
„pado de sudor salió del círculo triunfante, para ser reem-
„plazado por otro y otros sucesivamente.”

Aquí tenemos sin la menor duda el origen del *Moro-moro*, baile ó pantomima guerrera ó ambas cosas á la vez, que desde entonces forma parte integrante de los espectáculos tagalos, y que embriaga á los actores hasta el punto de convertir en *Moro-moro* toda escena de cintarazos y cuchilladas, que abundan mucho en su repertorio teatral. No hay raza de los países intertropicales que no tenga su pantomima ruidosa, bailable y guerrera, cuyos puntos suelen ir en sentido inverso de su virilidad, notándose la rara circunstancia de que los negrazos de Abisinia y el Mar Rojo, así como los malayos de Colombo y Ceylán, tipos recios y fornidos por regla general, gritan menos y se retuercen menos que los débiles aetas de Filipinas y las ruines mujeres de nuestra nueva colonia de la Ascensión, que también hacen danzas guerreras en rancho aparte de los hombres. Recientemente ha publicado acerca de ellas un curiosísimo estudio el distinguido oficial de la Armada D. Juan Aznar (1).

Por cierto que también recientemente han adquirido los filipinos la costumbre de acompañar el *Moro-moro* con el himno de Riego, porque les suena á zambra bélica, que no con malicia política, según creyeron guber-

(1) Véase, en la REVISTA CONTEMPORÁNEA de 15 de Noviembre de 1888, el artículo titulado *Expedición á Goror, en las Carolinas occidentales*.

nantes cándidos al tener acordada su prohibición en el breve reinado de Alfonso XII. Afortunadamente comprendieron á tiempo que la malicia era de ellos, y las pobres orquestas indígenas siguen destrozando nuestra *Marcha del Nuncio*, como llamó graciosamente D. Claudio Moyano al himno liberal, en sus increíbles instrumentos, no pocas veces de caña.

El bautismo de Alimudín por las circunstancias que lo rodearon empezó sin duda á generalizar la afición á tales espectáculos, aunque no lo bastante para sostener un teatro especial tan siquiera en Manila. Parece indudable que el primero que hubo se construyó muy avanzado este siglo, en la calle que hoy lleva su nombre en el barrio de Binondo y corre paralela á la de San Vicente entre las calles Nueva y de San Jacinto. Resentido por el terremoto de 1852, se hundió inopinadamente en 1853, salvándose por milagro cierta compañía de niños dirigida por un tal Apiani, que la noche misma anterior había representado en él (1).

(1) Poco antes de esa fecha existía en Arroceros una especie de Circo, de que habla un historiador francés muy concienzudo, con palabras tales que prueban su escasa importancia.

«La salle de spectacle (dice), qui n'est qu'une case devant laquelle on passe » après cela, est remarquable en ce que, malgré sa grandeur, elle n'est construite qu'en bambous et en nipa. De même que dans toutes les maisons de ce genre, il n'entre aucun metal ni aucun clou dans sa construction; des chevilles en bambou et des attaches en rotin en tiennent lieu.»

Les Philippines, histoire, géographie, mœurs, agriculture, industrie, commerce des colonies espagnoles dans l'Océanie, par J. Mallat. — París, 1846. — Dos tomos en 4.º

Como se ve, era un simple corralón de caña y nipa, especie de circo para fiestas de títeres y de equitación. ¿Sería una gallera?

También pudiera inferirse de las palabras de otro historiador apreciable que entre 1840 y 1843 existía en Tondo un teatro más ó menos formal, pues dice comentando las noticias que dejamos copiadas de Fr. Gaspar de San Agustín:

«Son muy aficionados á ver representaciones teatrales. Hacen algunas traducciones de nuestros dramas, y de cualquier asunto forman una pieza, aunque sin las reglas del arte: gustan sobre todo de comedias muy largas, que

Acababa de adquirir cierta celebridad, gracias á los deportados políticos de 1848, entre los cuales iba, como es sabido, D. Narciso de la Escosura, que con su mujer la Sra. Coronel, antigua actriz del Teatro del Príncipe, y otros elementos análogos, dió allí muchas representaciones que excitaron y difundieron la afición teatral. No hay que decir que esta compañía, puramente española aunque contase con serviciarios y partiquinos indígenas, sólo puede figurar en la historia de la dramática tagala como estímulo y acicate al genio nacional; frases de que nos valemos por ser las corrientes en escritos de esta índole, que no por su exactitud académica.

Pruébalo evidentemente el coincidir con los días de este teatro de Binondo la aparición de los primeros dramas tagalos, que adquieren cierta celebridad, si en punto á fechas y argumentos cronológicos pueden aventurarse afirmaciones cuando de Filipinas se trata.

Un escritor que firmaba en la *Ilustración de Manila* con el nombre de *Corene*, al estudiar ligera y desmañadamente por cierto las costumbres del país, en un tipo á

»duran un mes y más, con muchas horas de representación diarias. Éstas son
»sacadas de historias ó novelas que ponen en escena. En Tondo se ha repre-
»sentado así la *Matilde ó las Cruzadas*. Probablemente la *Celestina* habrá
»dado origen á este gusto. Los poetas filipinos han escrito varios dramas de
»esta clase, así como algunos poemitas épicos religiosos y eróticos. Pero de
»la época anterior á la llegada de los españoles parece que no existen más
»que algunas canciones amorosas, de cuyo mérito no puedo juzgar por no co-
»ñocer apenas la lengua.»

Informe sobre el estado de las Islas Filipinas en 1842. Escrito por el autor del *Aristodemo* y del *Sistema musical de la lengua castellana*, D. Sinibaldo de Mas. Madrid, 1843.—Dos tomos en 4.º

Creo firmemente que no debió de ser en aquella época el de Tondo un teatro medio formal siquiera, pues lo hubiera descrito Mallat en su minucioso y exactísimo capítulo X del tomo 1.º, como describió el Circo de Arroceros. Sería más bién algún saloncillo de casa particular donde representasen aficionados; algo semejante, aunque muy inferior; á lo que debió tener D. Simón de Anda en el Palacio real, setenta años antes.

La especie de la *Celestina* es á toda luz inverosímil y desnuda de fundamento, como hay ligereza también en llamar poemas épicos á los *corridos*.

quien llama *Juancho*, dice de él que "es gracioso y el „que tiene este don hace fortuna en Filipinas; dió á co- „nocer sus facultades y talentos el día de la fiesta de su „pueblo, en que se representó la comedia de *Los doce „pares de Francia y otros tantos de Turquia*, *Juancho* hi- „zo su debut en el papel de gracioso, en el que se lució „y quedó tan asentada su reputación de tal, que ya se „propuso hacerlo su busca-vida y no trabajar.„ Sin embargo, antes que observación contemporánea del buen *Corene* parece plagio este tipo del que había pintado un siglo antes el P. S. Agustín, en el mismo párrafo que D. Sinibaldo comentó, donde dice: "no ponen atención sino en el gracioso que hace mil boberías materiales, y á cada acción han de dar todos una carcajada, „y el que hizo con aceptación este papel *queda graduado de discreto*, y con licencia de entrar y salir en cualquiera parte, y coger la barba á la mujer delante del „marido, el cual tiene obligación de reirse, aunque no „tenga gana.„

Es también posible que ya tuvieran los tagalos algún teatrillo en Manila, pues en la primera disposición legislativa que sobre el ramo existe, que es un bando del inolvidable General Clavería, de 30 de Julio de 1847, se llama *Español* al teatro de Binondo, como quien hace distinciones que el buen sentido público ha de comprender. Quédanos de este teatro, que podemos llamar primitivo, aun siendo tan moderno, una descripción, hecha por D. Rafael Díaz Arenas, que, por no existir otra más cabal y literaria, copiaremos:

TEATRO DE BINONDO

"Hace cuatro años que se ha construído desde sus cimientos en el sitio de San Jacinto, donde una grande „quema dejó despejado el terreno que ocupaba una multitud de casas de nipa, que el Gobierno prohibió justamente reedificar. Su entrada en las noches de función

„es por la calle de San Jacinto y la salida por la calle
„Nueva. Esta calle, que los carruajes atraviesan en toda
„su longitud parando á la puerta del teatro, es también
„nueva, y no sabemos que tenga nombre á no ser que le
„digamos calle de la Comedia. Por ella se entra en el
„edificio, que tiene un vestíbulo por todo el frente, coro-
„nado de una galería alta, cubierta, la cual sirve de des-
„ahogo en los entreactos. También tiene dos alas que
„comprenden dos salones altos y en la parte baja dos
„cafés.

„Sobre su distribución interior ha habido reclamacio-
„nes por parte del público, quejoso de la configuración
„que tiene, la cual no permite ver ni oír bien desde cier-
„tos sitios. Los periódicos se han ocupado algo de esto.
„También se esparcieron ciertas voces alarmantes sobre
„su solidez, que motivaron reconocimientos judiciales;
„pero parece que sin fundamento, como lo ha demostra-
„do la experiencia.

„En cuanto á su coste debemos deducir, á falta de
„otros datos, por los traspasos que ya se han verificado,
„que pasa de 30.000 pesos, cuya mayor parte lo han
„dado á premio las Obras pías y la Caja de Carriedo,
„que administra el Ayuntamiento. Modernamente ha re-
„cibido muchas mejoras, (1).

La semilla sembrada en el teatro de Binondo no podía menos de germinar, aunque con la lentitud propia de aquel país, y así como los españoles comenzaron á contar con el teatro como uno de sus principales elementos de distracción, no es dudoso que los indios sintieran la misma necesidad, satisfaciéndola en sus fiestas con dramones interminables, tomados por regla general del repertorio de los *Corridos*. Como ninguno de aquéllos se ha impreso y de éstos el más antiguo, según hemos di-

(1) *Memorias históricas y estadísticas de Filipinas, particularmente de la grande isla de Luzón*, por D. Rafael Díaz Arenas, jefe de Hacienda cesante.— Imprenta del *Diario de Manila*, 1850. En 4.º, cuaderno X.

cho ya, es de 1816, debe de colocarse en el segundo cuarto de este siglo el génesis del arte tagalo, considerando como su verdadera cuna, aunque prestada, el teatro de Binondo.

Entre 1853 y 1860 se edificaron otros dos en Tondo y en Quiapo, suburbios de la vieja Manila, que ambos subsisten aunque mejorados y perfeccionados, por modo que permite juzgar de lo que debieron de ser en sus primerías, míseros y hasta impropios de una ciudad populosa. Cuando el arte español no ha tenido elementos para apoderarse de ellos, cosa harto frecuente, ó no acudían á Manila saltimbanquis ó prestidigitadores, el indígena, Dios sabe cómo, los ocupaba, y así iba creándose un personal de aficionados..... vamos al decir.

Menos por cierto se descuidaron los chinos en improvisar sus ruidosos teatros, que con sus músicas más ruidosas aún atruenan el barrio en que se establecen. Se mejante situación llegó á ser depresiva para nuestra patria, y el Ayuntamiento de Manila empezó á pensar en remediarla. Decimos empezó, porque hasta los pensamientos sufren allí una digestión lenta y penosa. Según la *Ilustración* de los primeros meses de 1860, ofrecía á la empresa que construyese un buen teatro asegurarle 4 ó 5 por 100 de interés á su capital. El proyecto se hallaba en estado de nebulosa, al decir del articulista, y la muerte del segundo cabo General Solano, que ejercía interinamente el gobierno supremo de las islas y era hombre de bastante iniciativa y cultura, vino á aplazarlo por algún tiempo, dejando á Manila con sus dos teatros miserables, donde si el arte no progresaba, las intrigas bullían como si fuera un gran coliseo.

Cierta compañía ambidextra, que ni era de ópera ni dramática y sin embargo hacía á pluma y á pelo, arrastrando lánguida y oscura existencia, se dividió en dos para ocupar ambos teatros, sin público en ninguno, porque si á los españoles no les satisfacían por míseros, á los indígenas les eran por lo graves antipáticos. Ni más ni menos acontece entre nosotros con frecuencia, que

por rivalidades y miserias de bastidores se dividen las compañías medianas para formar dos malas, perjudicando á las dos artes, cuyo divorcio aburre al público y hace el teatro aborrecible. En la escena de Quiapo se presentó por el mes de Julio un Sr. Pasta, que según el articulista *Opac* "debía de ser de Macarroni, porque es „un cocinero mediano de un buque;„ dato que da idea de la escasez de elementos artísticos que se padecía.

Toscas telones y enseres humildes formaban toda la riqueza de aquel teatrillo, donde también se presentó á debutar un aficionado de esperanzas, cuyo nombre se omite, con *La herencia de un valiente*, *Las dos bodas descubiertas* y *El regreso de un soldado*, títulos que no figuran en el repertorio español, por lo cual pudieran ser obras escritas allí mismo. El movimiento dramático tropezó bien pronto en el terrible escollo de las intrigas burocráticas, donde desahogan los españoles de Manila el humor atrabiliario y el espíritu de discordia que desahogaban sus abuelos en Méjico y el Perú á tiros y cuchilladas. El mismo *Opac* anunciaba un "parto melomimo-dramático, una producción estupenda, dividida en „un prólogo y tres cuadros, con una multitud de actos, „pero ¡qué actos! No creemos lo apruebe la censura. Figúrense nuestros lectores que el prólogo se titula *Los antecedentes*, epíteto que huele á expediente que rabia. „El primer acto lleva por título *La provocación*. El segundo *Cobrar una deuda antigua en espalda ajena*, y el „tercero *La sal en el agua*. El fin moral de esta producción se encamina á probar que los temperamentos linfáticos degeneran en biliosos bajo la influencia de los „climas intertropicales, y como por incidencia el partido que puede sacarse de un bastón de caña con ciertas „manipulaciones algo rudas.,

Alusión clarísima á algún suceso más ó menos escandaloso de los que son tan frecuentes en aquella sociedad híbrida, ofrece también al lector claro indicio de la atmósfera que se respira en aquel país, asfixiante para el pensamiento elevado y la independencia artística. Achá-

canlo unos á la rigidez de la censura; otros á la enojosa monotonía de la vida social; quién al clima; quién á los frailes, y nosotros tenemos en este punto una opinión singular, que no puede ser manifestada á la ligera, porque exigiría lucubraciones y desarrollos inoportunos, pero que en breve síntesis se reduce á que aquella sociedad no ha conseguido ni conseguirá acaso nunca romper los moldes curialescos y burocráticos en que fué formada, y que son mortales enemigos de todo lo supra-sensible, de todo lo intelectual, de todo lo que no es auto ó expediente. El único soplo espiritual que penetraba en aquel pudridero procedía de los conventos, que influyendo sobre el alma y la inteligencia de los que las tenían, contrapesaban enérgicamente, por decirlo así, los otros dos elementos predominantes del estado social.

Así como en aquellos mares el barquichuelo pirata, de quilla podrida y remendada vela, navega en todas las monzones sin peligro, porque cualquier bocana le sirve de puerto, cualquier peñón le abriga y no hay tempestad que se digné destrozarlo, el navío de los grandes mares, que necesita mucho fondo y horizontes anchos, nunca encuentra monzón para desplegar sus velas con holgura y ha de pudrirse en el puerto ó se ha de estrellar en las mismas peñas donde los otros se salvan. Agréguese á todo esto que la sociedad indígena, si puede llamarse así, padece análogos ó acaso mayores achaques, análogo amaneramiento, análogo burocratismo y curialismo,azonados con un espíritu mercantil de bajo vuelo, que sólo inspira ideas menudas y prosaicas. Únicamente algún artista extranjero, por moda ó por vanidad, encuentra allí aplauso y protección.

En esto, como en otras muchas cosas, es materia opinable quién ha corrompido á quién, si el colonizador al colono ó el colono al colonizador. Hé aquí por qué no existe propiamente en Filipinas literatura española ni tagala, ni siquiera teatro español ó teatro tagalo; manifestación la más expresiva y á la par la más rudimentaria de todo movimiento intelectual. Cualquier provincia

de España se encuentra á mayor altura en esta esfera.

Pero, en fin, lo que existe ha seguido la gradación que venimos reseñando y llegó á tomar cierto carácter en el período que media desde el apogeo del teatro de Binondo con Escosura hasta 1866, toda vez que dentro de ese período se estableció la censura para el teatro tagalo y el impuesto de 20 reales por función á favor de los Fondos de Arbitrios. Tanto ó más que el ejemplo de los españoles que, según hemos visto, empezaban á dar señales de vida, y al fin levantaron en Arroceros, bajo la protección del Ayuntamiento, un regular edificio, aunque no fué el arte dramático quien más lo utilizó, sino la ópera italiana, tanto ó más debió influir en los indígenas el ejemplo de los *coletudos*, como llaman ellos á los hijos del Celeste Imperio, que por aquellas fechas llegaron á estar dominados de verdadera fiebre teatral, puesto que en 1866 vióse el Capitán general D. Juan de Lara obligado á limitarles por un decreto los sitios en que podrían establecer sus espectáculos, citándose nada menos que cuatro en los arrabales de Binondo, Tondo, Santa Cruz y Loobán (barrio de Quiapo), con la advertencia de que en las fiestas particulares del gremio chino podían también permitirse comedias en San Miguel y la Concepción. Esto se hizo por evitar al vecindario de las calles principales las molestias que con sus músicas ruidosas y su concurrencia bullanguera ocasionan los teatros chinos; molestias, que, en efecto, exceden á toda ponderación (1).

(1) No existe, por desgracia, ó á lo menos á nuestra noticia no ha llegado, ningún estudio de las costumbres y las producciones tagalo-chínicas, que pudo hacerse entonces que estuvieron en su apogeo, por alguno de los muchos Padres dominicos que en las misiones de China adquieren los profundos conocimientos de aquella lengua y aquel país, que revela su interesante publicación periódica *El Correo sino-anamita*, publicación no inferior á las *Cartas y Relaciones de la Compañía de Jesus*, que tanta fama gozan entre los doctos.

Si aquel estudio se hubiera hecho, quizás podría aclararse hoy una curiosísima especie que hemos oído á persona respetable procedente de la Habana,

Réstanos hacernos cargo de otro que puede llamarse elemento teatral muy arraigado en el país, sobre el cual corren entre el vulgo dos opiniones irreconciliables; hay quien lo cree indígena, antiguo y también parodia saietesca de nuestras primeras representaciones dramáticas, mientras otros aseguran ser novísima invención de un emigrado progresista que le dió su nombre. La divergencia es, como se ve, de lo más estupendo. Nos referimos á los *carrillos*, que en verdad pudieran ser trasantos y derivaciodes del famoso *Carro de la Muerte*, pintado por el autor de *Don Quijote de la Mancha*, ó de la prosaica carreta donde mucho antes se representaron los autos de Diego Sánchez de Badajoz, si el retablo de maese Pedro no tuviera parentesco más íntimo con ellos que el mismo fulano Carrillo á quien se atribuyen, y si la invención de las marionetas valiera la pena de ser disputada á la China, porque como tal lo describe, apartándose de las dos opiniones mencionadas, el autor de una interesante publicación, que no pasó, por desgracia, del tomo I, ni de la letra C, según suele acontecer á lo bueno en todos los países, y mayormente en aquél, cuyo autor, sin meterse en disquisiciones ni en honduras, le llama *carrillo chino*, como cosa corriente y de todos sabida (1).

donde los chinos, al ver representar *El loco de la guardilla*, lo celebran y aplauden mucho, diciendo que es muy popular en su país. Aunque Cervantes pronosticó que su obra sería traducida al chino, y no falta cervantista que asegure haberse realizado la profecía, nosotros hemos hecho buscar el *Quijote chino* con tanto empeño como inutilidad por las librerías de las principales ciudades, incluso Pekín; por lo cual creemos firmemente que, de existir en la literatura china alguna reminiscencia de las inmortales creaciones cervantescas, procede de Filipinas, y probablemente de la época á que nos venimos refiriendo, entre 1860 y 1870.

Actualmente, el teatro chino está en Manila mucho más decaído. ¿Es quizás menos culta que antes la emigración de aquel país?

(1) *Diccionario de la administración, del comercio y de la vida práctica en Filipinas*, por D. José Felipe del Pan, con la colaboración de D. José de la Rosa.—Manila, imp. de D. Manuel Pérez, 1879, en f.^o—Tomo I.

Contribuyó á matar esta notable publicación el haber incluido en sus últi-

En puridad se trata de un simple armatoste como los que, sin ser viejo, el lector habrá visto campantes por el Prado de Madrid, dando por dos cuartos espectáculos maravillosos, como la torre de Binondo en China *con tantas ventanas como días tiene el año*, que eran más disparates que ventanas. Habíalos y hailos aún con figuras parlantes, en vez de los lienzos pintarrajeados que utilizan los cosmoramas, que abundan mucho más, y hacen su agosto con los niños y los patanes: de aquéllos son copia aproximada los *carrillos* de Filipinas, aunque ya van subiéndose á mayores; y en las fiestas de algunos pueblos no suelen estar sobre ruedas, sino fijos en un..... tablado íbamos á decir, pero donde los tablados son de caña, parece más natural llamarlos cañizos. Plántanse, por lo general, en la plaza pública, al lado ó enfrente de la iglesia, y á poca elevación del suelo, para que pueda saborear el espectáculo un público que suele ponerse en cuclillas, que es su postura favorita.

El aparato escénico que allí se despliega, puede el lector calcularlo sin grande esfuerzo. Pueblo de niños, que las cosas más serias convierte en infantiles juegos, de muchas leguas á la redonda acuden á divertirse á costa del P. Cura, del Gobernadorcillo ó del Patrono de la cofradía cuyo santo se celebra, que por una docena de pesos ha contratado otros tantos *Juanchos* con algo de chirumen *en aquella su cabeza*, que suelen rodar por los pueblos á caza de gangas.

En algunos centros populosos hay *carrillos* permanentes, ya para sombras chinescas y figuras de cartón, ya para representaciones menos informales, y éstos recuerdan mejor nuestros corrales de comedias, de quien ha quedado por prototipo el de la Pacheca, hoy teatro del Príncipe. Había en 1886 uno en la calle de la Magdalena de Manila, que probablemente á estas horas habrá visto

mas entregas un fárrago de reglamentos y hasta pliegos de condiciones de contratas, por la manía burocrática que esteriliza allí todo pensamiento elevado, según hemos dicho.

acabar á mano airada su mísera existencia, porque los españoles maleantes, que abundan no poco, habían dado en la flor de asistir á las funciones por cuca y soflama, para corear la pieza con todas las chocarrerías, dicharachos y verduras á que se presta en efecto semejante espectáculo para gentes de mediana ilustración. Se necesita el espíritu infantil de aquel pueblo para contentarse con tan poco.

Era un corral verdadero y nada limpio, que conservaba de noche residuos y sobrantes de gallinas y marraños, sus pobladores de día, alternando con *dalagas*, *baguntaos* y *matandas*, pues las viviendas de los indios son verdaderas arcas de Noé. Allí, en bancos de todas las figuras geométricas, desde el rombo al cubo, y no siempre para sentarse, que es lujo apenas usado, se acomodaba una concurrencia digna del pincel de Goya.

Hablar de desnudeces y posturas académicas, por demás sería, pues la naturaleza no gasta en Indias los remilgos que en Europa, que por algo se crió allí la manzana de Eva, y por algo pronunció allí el Criador el *crescite et multiplicamini*..... ¿Qué harían en puridad aquellas pobres mujeres de sus senos, que por acá llamamos túrgidos y mórbidos, cuando ni son de alabastro ni el calor les consiente la esclavitud del corsé, antes libérrimos y aun libertinos y chorreando sudor como espita mal cerrada, en vez de escondite y tapadillo les piden ventilación y aireo, mal subordinados á la *candonga*, que es un pañizuelo tenue que aun con el aditamento de la camisa apenas hace el oficio de una red medianamente tupida? Pues los hombres en perpetuo traje de dormir, y con la camisa por fuera del calzón, que casi nunca está herméticamente cerrado, mientras ella dibuja tan á lo vivo los contornos que suele andar pegada á las espaldas con el sudor, ¿qué extraño es que no reparen en pelillos al acuclillarse ó acurrucarse, que es su habitual postura, ni que formen sus corros tendidos á la larga, ni que se permitan en fin otras actitudes, que quizás en-

tre ellos parecen del mayor atildamiento y hasta galanura y estética exquisitas?

Hombres y mujeres, pues, forman como quien dice montones, mascando buyo, fumando tabaco Barili, comiendo naranjitas, cajeles, maní y hasta huevos, pues los indios gustan de tenerlo todo desocupado menos la boca y el vientre, sin contar que en nuestras antiguas comedias se hacía lo mismo, no siendo obstáculo para ello que se representasen en las iglesias, donde se almorzaba ó se cenaba, según la hora, y á veces lo servían los sacristanes mismos, según se ve en las *Farsas* de Diego Sánchez, de donde se infiere que las dependencias de los templos estarían convertidas en almacenes de comestibles (1).

Por supuesto que de la función apenas se percata nadie, salvo que cruja alguna vaina de hoja de lata arrastrada estrepitosamente por el actor poseído de su papel, ó que relumbre el talco con que la dama se emperējila, que suele ser emperatriz de la gran Tartaria ó reina por lo menos de un país que no se encuentra en ningún mapa-mundi, ó que empiecen los gritos del *Moro-moro* al son del himno de Riego en la descompuesta charanga,

(1) *La farsa del Moysen* es un documento de harta valía para comprobar esta sospecha, que ya abrigaron algunos historiadores primitivos del teatro pues contiene una escena entera en que sólo se trata de agenciarse comestibles dentro de la catedral de Badajoz. Un negro, que está muerto de hambre, pide pan ó carne, y no dándoselos el pastor, pregunta al sacristán:

¿Ten bos boyo, sacristán?

Cuando el negro llega á punto de desmayarse, dice su compañero:

¿Veis el negro hecho ardite?

quierole her un combite.

Toma pan, negro mezquino;

Traga, traga, he aquí vino.

Negro.—¿Vino das? dio te dequite.

De esta escena resulta que no sólo había en la iglesia fiambres, torreznos y vino, sino que el sacristán vendía por lo menos confituras.

Recopilación en metro del bachiller Diego Sánchez de Badajoz, reimpressa del ejemplar único, por D. V. Barrantes.—Madrid, imp. de Fe, 1882 y 86, en 8.º

que entonces es de ver cómo aquellas caras marmóreas se animan, y aquellos ojos mortecinos relampaguean, suspenden aquellas bocas su faena masticatoria y levantan el diapasón aquellas voces, que parecen educadas para el antiguo chichisveo, según á las veces no se les ve mover los labios y se cree que hablan por dentro del estómago como los ventrílocuos.

Alimentada la iluminación por aceite de coco, que no huele á ámbar ni cosa parecida, máxime con el pábilo de los *tinsines*, torcidas chinas de que se valen, fórmase entre el tufo, el Barili y el buyo una atmósfera irrespirable, y apenas puede verse el telón de boca, que tendrá cosa de un metro en cuadro, donde por mayor gala y donaire, novísimamente ha pintado un artista indígena una escena que quiere ser plaza de toros, á saber: un carabao acometiendo á un caballero vestido á la española antigua, que con la espada desnuda lo recibe.

Álzase el telón y aparece una sábana, que si estuviera limpia podría recordar á Lope de Rueda, puesto caso que el buen batihaja por ser valenciano las gastase bien lavadas, y detrás de la sábana los muñecos que gesticulan y manotean sin ton ni son, moviéndose al propio tiempo de acá para allá, mientras el director, que está debajo del cañizo, habla por ellos con acento fingido, ora de galán, ora de dama, en gangoso tono y en idioma infantil, que logra en algunos momentos arrancar gritos y carcajadas á aquel público de cal y canto.

Por los primeros días de 1886 bramaba justísimamente de indignación la prensa de Manila, por haberse atrevido el *carrillo* de la calle de la Magdalena á representar *Don Juan Tenorio*, drama que estaba de moda entre la gente maleante, porque un actor indígena del teatro filipino solía con harta frecuencia degollarlo, como decimos por acá, tomando gravemente por aplauso y satisfacción pública la chacota, el jolgorio, la verdadera cencerrada que todas las noches hacía el público de buen humor, y que más de una vez llevaron á la cárcel á actores y espectadores. Las tablas se cubrían de

legumbres arrojadizas, allí reducidas á patatas y cebollas de China y algún camote nacional. Calcúlese lo que acontecería en el carrillo, si esto pasaba en un teatro medio formal.

Terminaremos, pues, con lo que entonces escribió un indignado redactor de *La Oceanía Española*:

„Yo comprendo que en estos teatros den *La tía Norica*, *Los sudores del rey Momo*, y otras y otras obras por el estilo; pero..... ¡*Don Juan Tenorio*! ¡Pobre Zorrilla!

„Si él viese un monigote de cartón de cuerpo diáfano „declamando aquello de:

»Por donde quiera que fui
»la razón atropellé,
»la virtud escarnecí,
»á la justicia burlé
»y á las mujeres vencí.....

„¡Ah!..... Y otro monigote que dice:

»Aquí hay un Don Luis,
»que vale lo menos dos.....

„hace una genuflexión, pega con los nudillos contra el „suelo ¡y excita el entusiasmo del público!!!

„Doña Brígida es otro mamarracho, tan mamarracho „como el resto de los personajes. Todos ellos tienen „nos de ave y cuerpo de *asuang* (duende, fantasma). „Cuando mueven los brazos parece como que se piden „limosna los unos á los otros.

»BRÍGIDA. ¿Vais á sacarla de aquí?
»D. JUAN. ¡Necial! ¿Piensas que rompí
»la clausura temerario
»para dejármela así?
»Mi gente abajo me espera.
»Sígueme.

„Don Juan pasa por delante de Brígida, y como el cuer- „po de ésta es trasparente, á traves de Brígida ven los „espectadores á Don Juan. Pues ¿y cuando éste, con una „rodilla en el cogote, le dice á su Doña Inés:

»¿No es verdad, ángel de amor,
»que en esta apartada orilla
»más pura la luna brilla
»y se respira mejor?

„Doña Inés permanece con los dedos dentro de las
„narices..... luego saca la mano y se la incrusta á él en
„la barriga, diciéndole:

»¡Don Juan! ¡Don Juan! Yo lo imploro
»de tu hidalga compasión.
»Ó arráncame el corazón,
»ó ámame, porque te adoro.

.....

„Momentos después una afinada orquesta, que consta
„de acordeón, bombo y platillos, toca la salmodia, en
„tanto que en una lata de petróleo da acompasados
„porrazos el transpunte, y dice Don Juan:

»Cesad, cantos funerales;
»callad, mortuorias campanas;
»ocupad, sombras livianas,
»vuestras urnas sepulcrales.

„Y en seguida una ristra de ajos circunda como aureo-
„la la dulce unión de Don Juan y de Doña Inés. Ambos
„suben sobre la ristra, llevando entre ellos un angelito
„que parece un pájaro. Es..... ¡la apoteosis!!!„

Ahora consagraremos al repertorio tagalo un estudio bibliográfico, examinando de paso algún drama de los más típicos, que hicimos traducir á persona inteligente con este objeto.



IV

El poeta y el drama tagalo más populares.—*Doña Inés Cuello de garza y el príncipe Nicanor*.—Episodio indispensable para inteligencia del argumento.—Fatal conjunción de tres Pedros *cruels* en la Península ibérica.—Un rey de Navarra... que también pudo llamarse *Pedro*.—Amores del de Portugal con D.^a Inés de Castro.—Asesinato de ésta y venganza de D. Pedro.—Coronación y jura del cadáver.—Extraña semejanza de estos sucesos con los contemporáneos de Castilla.

POR pobre idea que tenga el lector formada de nuestras antiguas compañías teatrales, de aquellas taifas hambrientas que andaban como gitanos por los pueblos detrás de la carreta, cargada de harapos y palitroques por todo vestuario y decoración, llamándose y dejándose llamar farsantes, representantes y á la postre cómicos de la legua, frase feliz que las novelas picarescas hicieron popular, todavía, sin una operación de resta sumamente embrollada, no ha de llegar, á saltos mortales y rebajando el pensamiento mil y mil veces, desde el primitivo cómico europeo al tagalo de nuestros días, ni aun teniendo muy á la vista el rasguño más ó menos original que hizo del gracioso Juancho *La Ilustración Filipina*.

Junta con esta pequeñez y miseria que trae consigo el oficio, la cortedad natural de genio, la filosófica resig-

nación que inspira á los indios su inferioridad intelectual y cierta malicia inocente, cierta pueril desconfianza que se enseñoorea de todo aquel que se ve preguntado por un *castila* sobre cosas y actos de su vida interna, sácase que no hay manera de penetrar los secretos de los bastidores tagalos, ni siquiera de ver algún rayo de luz en aquel embrión, que difícilmente llegará nunca á constituir una atmósfera literaria, un arte dramático, un teatro, en suma, al modo y semejanza que por acá lo entendemos. Los *castilas* más aplatanados y calaveras, que por seguir las corrientes de Europa hacen de los cómicos su predilecta compañía, tampoco pasan una línea de aquella superficie de las costumbres teatrales, que por demasiado blanda es también demasiado escurridiza.

De aquí el fenómeno curioso de que ni aun la ayuda de varios auxiliares de éstos nos haya consentido averiguar si poseen obras enteramente originales, inspiradas por su historia, por sus costumbres, por sus preocupaciones indígenas, reflejos, en fin, del propio ser y naturaleza tagala, si bien desde luego lo hemos puesto en duda y casi nos tienta el deseo de asentar la negación como un hecho, en vista de su repertorio teatral, que no ha podido evitar la publicidad desde que hay periódicos en Manila, y en vista asimismo del génesis tradicional del arte aun en aquellas colonias donde la raza indígena anduvo menos lenta y perezosa en asimilarse los elementos rudimentarios de la civilización.

Justamente acaba de ver la luz pública en Santiago de Chile un notable libro dedicado á esta misma investigación (1), y él, no sólo corrobora en el conjunto y en los detalles las opiniones que llevamos expuestas, sino que ha de dar solidísimo fundamento á las que emitamos al concluir el examen, que nos cumple hacer ahora, del drama tagalo más característico.

(1) *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, por Miguel Luis Amunátegui, individuo correspondiente de la Real Academia Española. Santiago, Imp. Nacional, 1888.—Un vol. en 4.º

Buscando, pues, en aquel escaso repertorio, ya que no existe una obra de originalidad absoluta, la más popular y con más frecuencia representada, para que nos sirviese de muestra del gusto poético de los escritores tagalos y de su arte para asimilarse las obras y las ideas de los nuestros, la opinión general, la de todas las personas consultadas y nuestras observaciones propias nos llevaron á elegir el drama que más amenüdo campea en los carteles de los teatros indígenas, que es el titulado *Doña Inés Cuello de garza y el príncipe Nicanor*, título, por cierto, que no es de los que menos censuras merecen, sin razón, á algunos españoles, incluso los periodistas. Por demás será decir que de su autor, *Honorato de Vera*, que aún anda por las calles de Manila con su gallo al brazo, y todavía compone dramas cuando necesita un peso para sus menesteres del *buyo*, la gallera y el *panguingui*, no pudimos conseguir una entrevista de media hora para consultarle siquiera la traducción que de su drama nos había hecho un escribiente mestizo, que así maneja el castellano como el tagalo.

¡Muestra hemos dicho del gusto poético y del arte indígena!... Tan escasos resultan ambos, como desfigurada ¿qué es decir desfigurada? inconoscible, fenomenal, estupenda, la interesante y legendaria historia de doña Inés de Castro, de aquella reina póstuma de Portugal, de quien tenían en nuestra literatura tantas fuentes y modelos, que lo más arduo de la empresa para cualquier autor dramático estribaba en elegir los peores. Y sin embargo, este difícil acierto no puede negárseles á los tagalos por una crítica imparcial. Honorato de Vera es, desde este punto de vista, un verdadero genio.

Pero antes nos aconseja la justicia lanzar mayor censura sobre aquellos españoles que, echándoselas de sabiondos, suelen prorrumpir en exclamaciones y pasmarotadas cuando leen el anuncio de la obra de Honorato en los carteles del teatro indígena.—“¡Qué motes y qué „vocablos inventan estos indios! ¿De dónde habrán saca-

„do la extravagancia del *Cuello de garza*, que huele á „poesía cursi?„

Pronto vamos á ver que una de las poquísimas bellezas que los autores indios han sabido copiar de la historia, de la tradición y de nuestros monumentos literarios es esa del *Cuello de garza*, poético sobrenombre que efectivamente llevó la desgraciada amiga del D. Pedro *el cruel* lusitano. No más que para refrescar la memoria del lector digamos aquí lo preciso de aquellas fuentes históricas y de aquellos monumentos literarios.

Como si la Península ibérica estuviese predestinada á salir de la Edad Media personificando en tres reyes de temperamento y pasiones análogas el carácter de aquella época de transición, en que la cultura y la barbarie riñeron tan recia batalla, viéronse, al mediar el siglo XIV, Castilla, Aragón y Portugal regidos por tres hombres tan idénticos, que hasta el agua del bautismo la recibieron bajo la advocación del mismo santo, que lo fué el Príncipe de los Apóstoles, aquel humilde pescador de Galilea, tan mudado y tan otró por obra divina que, siendo de carácter débil hasta el punto de haber negado tres veces al Divino Maestro en una sola noche, se hizo fuerte y vigoroso como piedra, para serlo angular de la Iglesia cristiana. D. Pedro I de Castilla fué llamado *el cruel*; D. Pedro IV de Aragón *el ceremonioso* y *el del puñal*, y D. Pedro, también I de su nombre y VIII rey de Portugal, *el justiciero*, por haber encontrado á buena hora más defensores que ningún otro de sus homónimos, á causa de cierta mayor ejemplaridad y justificación de sus castigos, que iban por lo común en compañía de algunas acciones loables, y de mano liberal y dadivosa, que siempre á los pueblos inspira amor.

Érale frecuente decir que el día que no hacía mercedes juzgábase mal rey; pero en cambio llevaba siempre unos azotes colgados de la pretina, y más de una vez hizo la justicia por su propia mano, según cuentan Duarte Núñez de León, Faria y Sousa y otros historiadores graves, si bien no falta quien contradiga el hecho con

verdadera pasión, llegando hasta dar por segura la salvación de su alma por atribuirle el milagro de haber resucitado para confesar un pecado que al morir se le quedara, como quien dice, en el tintero.

Pero sea de esto lo que quiera, en realidad á los tres Pedros pudo aplicarse lo que al suyo decía Blanca de Borbón en aquel romance antiguo:

«Pedro te dicen, que el nombre
tiene á piedra semejanza,
y eres más duro que piedra,
pues con sangre no te ablandas.»

Y aún pudiera añadirse á estos Pedros, el Carlos que reinaba á la sazón en Navarra, llamado *el Malo* por su perversidad y crueldades, con cuya ocasión dice un cronista de aquel país, que en aquel tiempo andaba por España "una como epidemia general de reyes malhumorados," (1).

Vengamos al dramático episodio de D.^a Inés de Castro, que es ahora nuestro objeto principal.

Goza fama de verídico y grave Fernando López, primer cronista mayor que hubo en Portugal, y de su *Crónica de D. Pedro I, o justiceiro* (2) y de las adiciones ó *suplemento* que le puso el P. José Pereira Bayam al imprimirla en el pasado siglo, deducimos la relación más ajustada á la verdad histórica de aquel suceso nun-

(1) *Anales del reino de Navarra*, compuestos por el P. Francisco de Ale-son, de la Compañía de Jesus.—Pamplona, imp. de Ibáñez, 1766, en gran folio.—Tomo IV.

(2) *Chronica del Rey D. Pedro I deste nome, e dos de Portugal ó oitavo cognominado O JUSTICEIRO. Na forma em que a escreveo Fernao Lopez, primeiro chronista mor deste reyno. Copiada fielmente do seu original antigo, dada á luz e acrescentada de novo desde o seu nascimento até ser Rey; e outras accoens e noticias de que seu author nao trata...* pelo Padre Jozé Pereyra Bayam, presbytero do hábito de Sao Pedro.—Lisboa, na officina de Pedro Ferreyra, anno 1760.—XVI (s. f.) 260 páginas en 4.^o

El interesante suplemento del P. Pereyra comienza en la pág. 201.

ca visto, que, como dice otro historiador portugués, "trastornó las leyes de la naturaleza, haciendo subir á „la mujer amada del tûmulo al trono, de la mortaja á la „púrpura, de la ceniza á la corona."

Nació D. Pedro en 8 de Abril de 1320, hijo del Príncipe D. Alfonso y de D.^a Brites, que andaban á la sazón enemistados con el rey D. Dionis, por cuya razón ardía en guerras civiles Portugal, y el niño fué como iris de paz en la familia, pues el rey escribió á su hijo: "Sua innocencia e fermosura pedem e alcançao por vos mais „do que soubestes querer." Fué muy temprano desposado con D.^a Blanca de Castilla, niña también y tan enfermiza que el casamiento nunca pudo verificarse, siendo al fin reemplazada por D.^a Constanza, hija de nuestro famoso infante D. Juan Manuel, en 1340; prima, por consiguiente, del príncipe portugués. Tres hijos tuvo este matrimonio: D.^a María, que casó con un infante de Aragón; D. Luis, que murió reciennacido, y D. Fernando, que después fué rey y cuyo nacimiento costó la vida á su madre.

Había traído ésta de Castilla en su servicio á una dama de singular hermosura, entendimiento y honestidad, parienta de ella y de D. Pedro, como hija bastarda que era del señor gallego Pedro Fernández de Castro, por sobre nombre *el de la guerra*, nieto de D. Sancho el Bravo; llamábase Inés Pérez, mas su hermosura y gentileza la dieron pronto en Portugal el poético sobrenombre de *Cuello de garza*. El Infante la amó desde el primer día tanto, que D.^a Constanza pasó su corta vida espiándolos y vigilándolos, aunque, á la verdad, según el P. Pereyra, "Ignez... era muy honesta e commedida." Aun así, la infanta, comprendiendo que no era bastante obstáculo el parentesco carnal que entre ellos había, inventó otro espiritual, arbitrio digno de una mujer celosa; y así, cuando parió á D. Luis, quiso hacerla madrina del nuevo infante, á lo que diz se opuso D. Pedro, avisando á D.^a Inés secretamente, por donde los viejos de Portugal, al ocurrir más tarde su tragedia, la creyeron casti-

go de talpecado. La muerte de D.^a Constanza, recién parida, se atribuyó á este disgusto.

Viudo ya D. Pedro, llevó á *Cuello de garza* á Santa Clara de Coimbra, fundado por su abuela Santa Isabel, y allí debió darle hartas seguridades de matrimonio, pues tuvo de ella cuatro hijos: D. Alfonso, que murió niño; D. Juan, D. Dionis y D.^a Beatriz. La estrella de D. Juan fué el reverso de la de su madre, pues años adelante mató por su propia mano á su mujer, D.^a María Téllez de Meneses, por ambición de otro casamiento que no llegó á verificarse, y del cual dice Faria y Sousa en su rebuscado lenguaje: "Para ser rey mató á su mujer y „porque la mató dejó de serlo (1).„ Refugiado en Castilla, el rey D. Enrique *el dadivoso*, le hizo Conde de Valencia, de quien descienden los Duques de Nájera, casándole con D.^a Constanza su hija bastarda. Esto lo cuenta así la *Crónica* de nuestro rey D. Pedro.

Alfonso IV era muy continente, rara virtud en todas las épocas: entre reyes y poderosos rarísima. Dícese que no conoció otra mujer que la suya propia. Desaprobaba, pues, altamente aquellos amores; hostigaba á su hijo para que contrayese matrimonio, y aun afirma el cronista que alguna vez le preguntó "si era casado „con dona Ignez, porque se o fose a honraria, como sua „mulher, á que era precizo dar authoridade e honra „como a pesoa que havia de ser Rainha. Porem o infante (tal vez imaginando que seu pay queria saber a verdade, porque se asim fose lha mandaria matar) nunca „confeson ser com ella casado, antes protestaba: *Que nem „o era, nem o havia de ser*. Mas nao se queria apartar de „lla, nem aceitar algum dos casamentos.„ Con esto las intrigas palaciegas tomaban alas para suponer que podía ser asesinado D. Fernando, hijo legítimo del infante

(1) *Epítome de las Historias portuguesas. Primero y segundo tomo. Dividido en quatro Partes.* Por Manuel de Faria y Sovsa.—Madrid, imp. de Martínez, 1628.—En 4.^o

y heredero del trono, á fin de que reinase alguno de los bastardos de Inés, que ejercía sobre su amante una influencia decisiva. También la familia de los Castros, ya muy poderosa en Portugal, podía alzarse con el reino, auxiliada por Castilla.

D. Alfonso, que criaba al niño en la corte con grande amor, y por otra parte desconfiaba de su hijo por lo mismo que él siendo infante había conspirado contra su padre por impaciencia de reinar, decidió al fin destruir aquel obstáculo de sus planes políticos. Un día, que don Pedro había salido á caza, ó á más larga ausencia, según otros autores, que es lo verosímil, partió el rey de Montemayor el Viejo para Santa Clara de Coimbra, acompañado de sus malas ideas y peores consejeros. Inés salió á recibirle á la puerta, bien penetrada de su intención, llevando de la mano sus tres hijos, y tanto le rogó y tantas y tan justas consideraciones le hizo, que D. Alfonso, aunque de condición terrible, "se moveo a piedade com ella, e com a sua vista e fermosura, della e dos trez meninos, e volton arrependido da crueldade que intentava fazer."

Pero sus consejeros, Álvaro González, merino (Justicia) mayor del reino, Pedro Coello y Diego López Pacheco, señor de Ferreira, le hicieron tales reflexiones acerca del mayor peligro que ahora corrían la paz y sus propias personas, expuestas á las venganzas del Infante, de D.^a Inés y de su familia, que el rey los autorizó á volver al convento y matarla..... Ejecutáronlo presurosos, y así murió, á puñaladas según unos, y degollada según otros, en 7 de enero de 1355, la mujer más hermosa de su tiempo, "que para ser rainha pouco le falta va de cualidades y nada de merescimientos."

Por evitar peligros remotos, los asesinos se los proporcionaron á Portugal instantáneos, pues el príncipe levantó inmediatamente contra su padre bandera de rebelión, unido con D. Fernando y D. Álvaro Pérez de Castro, hermanos de D.^a Inés, y con todos los revoltosos y descontentos del reino. Dice la *Crónica* que es-

tuvo á pique de perder el juicio de pena, y el rey viejo no la tuvo menor viendo por su causa repetida la guerra civil que él provocara á su propio padre.

Hecha la paz en 3 de Agosto del mismo año, merced á la intervención de la reina madre y del arzobispo de Braga, firmóse por ambas partes una concordia de aquellas que tan frecuentes como estériles eran en la Edad Media. El rey perdió un girón de su manto real, dando al príncipe jurisdicción y mero y mixto imperio en los lugares por donde anduviese, y perdonando ambos á los que por sus causas respectivas hubiesen delinquido.

Pero ni la concordia ni el juramento que hizo D. Pedro tranquilizaron á su padre, bien penetrado de que no los cumpliría, y así, al morir dos años después, llamó á su lecho á los matadores de *Cuello de garza* para aconsejarles que se pusieran en salvo, consejo que tomaron incontinenti, pasándose á Castilla, *refugium peccatorum* de los portugueses, como Portugal lo era de los castellanos.

Sin embargo, en los primeros años de su reinado apenas dió muestra D. Pedro de recordar su agravio, cosa tanto más notable cuanto que en vida de D.^a Inés era pública creencia que, no sólo había intentado varias veces legitimar á sus hijos, sino que había pedido al Papa dispensa canónica del parentesco que con la *Garza* le unía.

Hasta el mes de Julio de 1561, según el cronista Fernao Lopez, á quien sigue su corrector Pereyra, y la totalidad de los historiadores, no puso mano en este asunto el nuevo rey, es decir, cuando llevaba cuatro años de reinado, tardanza cuya explicación no ha salido á la historia.

Entonces fué cuando en el lugar de Cantanhede, ante su corte y un escribano, juró sobre el Evangelio que, siendo infante, en vida de su padre, hacía unos siete años sobre poco más ó menos, *sin recordar exactamente el día ni el mes*, recibió en Braganza por su mujer legítima, por palabras de presente, como manda la Santa

Madre Iglesia, á D.^a Inés de Castro, hija que fué de don Pedro Pérez de Castro, y que ella le recibió por su esposo y marido con palabras semejantes, viviendo desde entonces en uno maritalmente; que no lo había hecho público por temor á su padre, y ahora lo hacía en descargo de su conciencia, mandando al escribano que diese testimonio de esta su declaración á cuantas personas se lo pidiesen.

“E por entao nao se fez mais,„ añade el cronista, con rara contradicción, pues continúa escribiendo que tres días después se presentaron en la Universidad de Coimbra unos enviados de D. Pedro, y en la cátedra de Decretales llamaron ante escribano á D. Gil, obispo de Guarda, y á Esteban Lobato, criado del rey, á declarar lo que del casamiento les constase. El obispo dijo que, siendo deán de Guarda y de la servidumbre del infante, un día en Braganza le llamó éste á su cámara, donde se encontraba D.^a Inés, y le dijo que la quería recibir por mujer y “sem mais detenção dito senhor puzera a mao „nas suas maos delle e iso mesmo a dita dona Ignez e „que os recebera ambos por palavras de presente..... e „que isto podia haver *sete annos, pouco mais ou menos; „mas que se não acordava do dia e mez em que fora.*„

Esteban Lobato no estuvo enteramente conforme con el obispo, ni tan desmemoriado como él, pues declaró que el deán cogió al infante de una mano y á D.^a Inés de otra y les dijo las palabras sacramentales, y esto fué un 1.^o de Enero, siete años hacía sobre poco más ó menos.

Después los emisarios del rey juntaron á los obispos, abades, nobles, fidalgos y mucho pueblo, así regular como secular, que ya estaban preparados, añade el cronista, y les hicieron una relación semejante á la que se les había hecho á ellos en Cantanhede, añadiendo que en prueba de verdad iban á oír los testimonios del escribano Gonzalo Pérez, que estaba presente, así como las declaraciones que habían dado el obispo de Guada y Esteban Lobato, que fueron parte en el casa.

miento; y después de leídos todos estos papeles, añadió el conde de Barcelos ser la voluntad del rey que no estuviese el suceso más tiempo oculto, y por si alguno dudaba que bastasen tales pruebas faltando la dispensa del parentesco, por ser D.^a Inés sobrina de D. Pedro, iba á leerles una Bula que éste había obtenido del Papa Juan XXII, autorizándole para casarse con cualquiera mujer que fuese parienta suya en segundo grado ó en tercero ó cuñada, con tal que no fuera enemiga de la Iglesia. Y, en efecto, se leyó la Bula, que está en la *Crónica*, aunque puesta en duda su autenticidad, porque consta lo contrario de toda certeza; consta que don Pedro solicitó, en vida de su padre, legitimación de sus bastardos (en vez de dispensa matrimonial) y el Papa se la negó en Bula que también se halla inserta en el *Suplemento de la crónica*. Análogas dudas suscita el hecho de no acordarse el rey ni el obispo de la fecha exacta del casamiento, cosa verdaderamente increíble.

También hizo por este tiempo D. Pedro con el Cruel de Castilla un truco horrible, que fué entregarle á ciertos caballeros que estaban emigrados en Portugal, á cambio de los asesinos de D.^a Inés, que estaban emigrados en Castilla; y así pudo matar aquél á D. Pedro Núñez de Guzmán, adelantado mayor de León, á Men Rodríguez Tenorio, á Fernán Gudiel de Toledo y Fernando Sánchez Calderón (1), mientras el Pedro lusita-

(1) La *Crónica* española cuenta esto mismo con alguna variante poco sustancial:

«Otro si debes saber que algunos caballeros de Castilla, por miedo del rey, estaban fuidos en Portugal, los quales eran Men Rodriguez Tenorio, e Ferrand Gudiel de Toledo, e Fortun Sanchez Calderon. (Falta aquí, como se ve, D. Pedro Núñez de Guzmán). E fué tratado entré el rey D. Pedro de Castilla e el Rey D. Pedro de Portugal, que cada uno de los reyes entregase al otro los caballeros que eran asi fuidos en el su regno para facer dellos lo que quisiesen. E fué asi fecho, e fueron entregados..... E los que esto vieron, tovieron que los reyes ficeron lo que la su merced fué; mas que el tal troque no debiera ser fecho, pues estos caballeros estaban sobre seguro en los sus regnos.» — *Crónica de los reyes de Castilla D. Pedro, D. Enrique II, D. Juan I*

no, quebrantando la concordia y juramento que había hecho á su padre, salió á recibir á Álvaro Gonzalez y Pedro Coello, que les entregaba maniatados su sobrino (López Pacheco había podido fugarse, por un verdadero milagro, que cuenta la *Crónica* largamente), y les hacía dar tormento en su presencia misma, «e con queixume „dizem que deu hum azote no rosto a Pedro Coello e „elle (exasperado) se solton entao contra el rey en pa- „lavras injuriosas, chamandole traidor, sin fe, perjuro, „carniceiro,„ y aun se resiste el cronista á contar la muerte que les dió, por extraña y cruel, pues á Pedro Coello le hizo sacar el corazón por el pecho y á Álvaro González por la espalda..... Teniendo el verdugo poca

y *D. Enrique III*, por D. Pedro López de Ayala, con las enmiendas del Secretario Jerónimo Zurita y las correcciones y notas de D. Eugenio de Llaguno.—Tomo I, que comprende la *Crónica del rey D. Pedro*.—Madrid, imp. de Sancha, 1779, en f.^o menor.

De Núñez de Guzmán hace Ayala capítulo aparte, recontando que, en efecto, fué entregado por los portugueses cuando el truco de los otros caballeros que mató D. Pedro en Sevilla; pero huyó de la prisión, y acogido, al parecer, al castillo de Alburquerque, cuyo alcaide, Sancho Ruiz de Villegas, era amigo suyo, éste le entregó al rey, que también le hizo matar en Sevilla de una manera «asaz fea e crua de contar.»

Por no hallarse en los manuscritos de la *Crónica* las palabras «fuyó de la prision,» anotó este hecho el Sr. Llaguno, poniéndolo como en duda, por parecerle ininteligible que, habiendo sido preso en Portugal, se viniese á Alburquerque; pero á los que conocemos el terreno de aquella frontera nada nos parece tan natural y sencillo. Se escaparía D. Pedro Núñez cuando marchaban los presos á Badajoz, que era el camino para Sevilla, y teniendo en la vecindad á su amigo el alcaide de Alburquerque, allí se acogería hasta ver lo que pasaba con los otros presos, no contando con la debilidad ó la falsía de Ruiz de Villegas, que al ver ajusticiados á los otros por D. Pedro, á impulsos del temor ó la adulación, entregó á su amigo. También es posible que la fuga se verificara en tierra portuguesa, y acosado allí, la necesidad llevara á Núñez de Guzmán á Alburquerque.

Una *Historia* inédita de este pueblo, que nosotros poseemos, escrita por Pedro de Tormes del Pilar Montero, alcaide de su castillo, en 1635, nada dice de estos sucesos, siendo así que recuenta muy largamente algunos pocos anteriores, como la confederación y junta hecha en tierra de Badajoz por los bastardos de Trastámara con el señor de Alburquerque, para quitar la corona al rey D. Pedro el Cruel y dársela al infante D. Pedro de Portugal.

práctica de tales anatomías, pasaron cosas y cruzáronse palabras entre verdugos y reos verdaderamente horribles. Sus cadáveres fueron quemados delante del palacio, en presencia del rey, que estaba comiendo.

El *Suplemento* de la Crónica, acrecentándola grandemente en este punto, cuenta luego las dramáticas ceremonias de la coronación y traslación del cadáver de D.^a Inés, que ya habían investigado otros historiadores, corrigiendo al conciso Fernán López, que fueron el ya citado Faria y Sousa y el autor de *Alcobaza ilustrada*, fray Manuel de los Santos, que es en verdad el más menudo y pintoresco relator de aquellos hechos, al cual seguiremos nosotros.

Después de los castigos referidos mandó el rey construir en Alcobaza dos sepulcros tan primorosos, que aun hoy son la admiración de propios y extraños, porque "hizo el escoplo en la piedra tan delicada labor como la „aguja en la tela y el buril en el oro;„ y desenterrando el cadáver de Santa Clara de Coimbra, lo trasladó á aquel panteón real con ceremonias verdaderamente estupendas. "Hum dos maiores acompanhamentos funebres que „lograra á morte, se a morte logra alguma cousa.„

Formábanlo con hachas encendidas todos los pueblos que hay en el contorno de 17 leguas desde Coimbra á Alcobaza, en dos filas, y de Santa Clara había salido, acompañando al cadáver, toda la nobleza y clerecía de Portugal con el rey al frente. Iba el cadáver en unas andas cubiertas de brocado. Abrían la marcha los eclesiásticos á caballo, luego la litera y detrás los obispos de Oporto, Lisboa y Viseo con el abad de Alcobaza, á quienes seguían el rey con su corte, los hombres cubierto el rostro "en disformes y pesados capuces," y las "nobilísimas matronas e donzellas escondendose em ne-„vadas e liberaes toucas e reláxando a terra as prolixas „pontas das sayas," (arrastrando largas colas).

Todos los cereros de Portugal habían estado muchos meses labrando velas muy finas á costa del rey, con que las luces se contaron por millares. Á la puerta del

monasterio hizo alto la comitiva, depositando el cadáver hasta el día siguiente, en que después de la misa pontifical, dicha por el obispo de Viseo, lo mandó el rey descubrir y colocar como se pudo en un sillón. Entonces el abad de Alcobaza ciñóle una corona de oro que estaba prevenida y se verificó la extraña y nunca vista ceremonia de besar la mano todos los presentes á la difunta reina. Esto debió ocurrir en los primeros meses del año 1362.

Tal es la historia de D.^a Inés de Castro, que adquirió desde entonces "inmortal fama con aquella fineza tao „amorosa e nunca vista;„ historia en verdad que reunía todos los caracteres y condiciones precisas para hacerse popular, no ya en aquel tiempo, sino en todos, á saber: el amor, la hermosura, la desgracia; y por último, el castigo, que hasta por ser cruel y haber pasado los límites de la justicia humana, respondía mejor á los sentimientos de la época.

Un monarca que da principio á su reinado con la reivindicación de una mujer sacrificada por sus amores en aras de la política, es en verdad un espectáculo conmovedor é interesante. ¡Coronar un cadáver, iluminar el itinerario de su entierro, proclamarla reina de Portugal y hacer con el esqueleto un fantástico besamanos!....

Con menos elementos poéticos se han fraguado leyendas portentosas, y si bien es dable presumir que el pueblo impulsó á los cortesanos del rey D. Alfonso á deshacerse de D.^a Inés, para evitar guerras civiles, no es tampoco dudoso que al verla en tan verdes años y con tan tiernos hijos sacrificada, el mismo pueblo se pusiera al lado de ella contra sus verdugos. Contradicciones y reacciones por el estilo son harto frecuentes en eso que hoy llamamos opinión pública. El abultamiento de las noticias y la candidez de los noticieros y sus oyentes, que tanta parte fueron en las narraciones de la Edad Media, ¡cuánta no tomarían desde luego en leyenda tan cabal é interesante!

Así como los poetas habían desde los primeros tiem-

pos reparado, según nos mostrará después la tragedia *Nise laureada*, en la fatal conjunción de los tres Pedros crueles al mediar el siglo XIV, los historiadores fijaron también su atención, como hemos visto, en la extrañísima coincidencia que los de Castilla y Portugal presentaron casi á un mismo tiempo, declarándose casados legítimamente con sus amigas, haciéndoles honras póstumas y reconociendo y haciendo á los pueblos reconocer su prole como legítima. ¿Hubo acuerdo previo entre ellos para el caso? Parece indudable, porque la coincidencia fué tan absoluta, que hasta los pormenores más nimios de la *Crónica* española concuerdan exactamente con la portuguesa. Óiganse las palabras del Canciller López de Ayala en el capítulo VII del año treceno del reinado de D. Pedro el Cruel, que lleva por título *Cómo el rey D. Pedro dixo en Cortes que fizo en Sevilla como era casado con D.^a Maria de Padilla, e fizo jurar á su fijo D. Alfonso*.

“El Rey D. Pedro, despues de estos fechos, fizo sus „Cortes luego en Sevilla..... E dixo asi ante todos, que „les facia ciertos que la Reina D.^a Blanca de Borbon, la „qual era muerta, non fuera su mujer legitima, por „quanto antes que se desposase con ella se havia *desposado por palabras de presente con D.^a Maria de Padilla* „e la rescibiera por su mujer; empero por rescelo de que „algunos de su Regno se alzasen, por quanto non que- „rian bien á parientes de D.^a Maria de Padilla,.... que él „non osó decir deste casamiento que oviera con D.^a Ma- „ria, e fuera á Valladolid, e ficiera bodas con la dicha „doña Blanca de Borbon. E decia que él oviera su casa- „miento con D.^a Maria de Padilla antes que casase con „la reyna D.^a Blanca, *por palabras de presente*, e que „desto ficiera testigos á D. Diego Garcia de Padilla, „Maestre de Calatrava, hermano de la dicha D.^a Maria, „*que estaba presente*, e a Juan Fernandez de Henes- „trosa..... que era finado, e a Juan Alfonso de Mayorga, „su Chanciller del sello de la poridad e su Escribano, e „a Juan Perez de Orduña, abad de Santander e su Ca-

„pellan mayor, *que alli estaban presentes*, e que se „desposara con la dicha D.^a Maria de Padilla, *e la resscibiera por su muger legitima*. E los dichos D. Diego „Garcia de Padilla e Juan Alfonso de Mayorga e Juan „Perez de Orduña, su Capellan, *que alli estaban*, dijeron „*que era verdad, e juráronlo asi sobre los sanctos Evangelios*. E por ende dixo el Rey..... que aquellos fijos „que della oviera eran legitimos..... e fizo ese dia un gran „sermon sobre esto D. Gomez Manrique, Arzobispo de „Toledo..... E el Rey mandó que de aquel dia en adelante llamasen á la dicha D.^a Maria de Padilla *la reina Doña Maria*, e al fijo el infante D. Alfonso, e a las fijas „las infantas.

„E luego ese dia mandó que todos los del Regno que „alli eran e las ciudades e villas por sus Procuradores..... *oviesen e jurasen* al dicho don Alfonso su fijo „por Infante heredero..... E luego ordenó el Rey Per„lados e caballeros e dueñas *que fuesen á Estudillo*, do „yacia D.^a Maria de Padilla *enterrada, e traxieron su cuerpo muy honradamente á Sevilla, asi como de Reina*, „e soterraronla en la capilla de los Reyes, que es en la „Iglesia de Santa Maria de la dicha cibdad, *fasta que el Rey fizo facer otra capilla* cerca de aquella capilla de „los Reyes muy fermosa, do fué el dicho cuerpo despues „enterrado.”

Sería inútil pretender averiguar ahora á cuál de los dos Pedros pertenece la originalidad de una idea que indudablemente pudo surgir en ambos por la identidad de sus situaciones domésticas, si bien la del portugués era más clara y honrosa, que ni cometió bigamia, ni se deshizo de su mujer para proclamar la legitimidad de su manceba; pero aquel tratado de extradición, aquel cambio de emigrados hecho tan solemnemente por los dos Reyes en tiempos en que las venganzas y aun los caprichos reales no gastaban miramientos diplomáticos, fuerza á pensar que la lealtad ó la astucia del portugués pudo aconsejar al de Castilla la legitimación de los hijos de D.^a María para quitarle con tan grato consejo toda

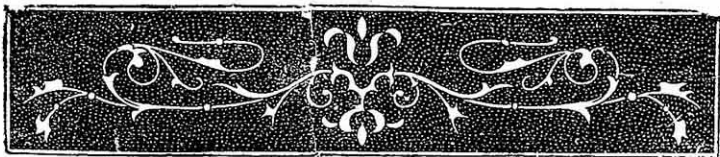
prevención, que no le debía inspirar poca un príncipe, á quien se había ofrecido la corona de Castilla por los revoltosos y tuvo sus pensamientos de aceptarla.

Ni parece bastante explicación de tan rara coincidencia histórica la que trae un moderno é ilustre historiador francés, que dice: "Un déspota no da un golpe de „Estado sin que le entren ganas á otro déspota de hacer „lo mismo„ (1).

El carácter de nuestro D. Pedro no se amoldaba al plagio fácilmente, y el mismo escritor lo reconoce al confesar que era el único príncipe de su tiempo que prefería perder su corona á perder una sola pulgada de su tierra. Esta grandeza de ánimo, que con otras prendas no menores le están valiendo tanta reivindicación en la historia, que ya pasa por moneda corriente la opinión de la Reina Isabel I, que le creía *justiciero, no cruel*, permite sospechar que de él mismo saliera la idea, anticipándosele su sobrino á realizarla, toda vez que su casamiento con la Padilla parece tener más sólidos fundamentos que el del Monarca portugués con la Castro, y así disculpaba también su bigamia, que á príncipe tan cristiano debió de pesar no poco.

Si parecieran las actas ó cuadernos de las Cortes de Sevilla de 1362, destruídas, como tantas otras memorias de aquel reinado, por los partidarios de Enrique el Daidivoso, quizás penetraría algún rayo de luz en las tinieblas que envuelven tan singular acontecimiento.

(1) *Histoire de D. Pedre 1.^{er} roy de Castille*, par Mr. Prosper Merimee.— París, 1849, en 8.º—Allí escribe: «En fin cet acte remarquable venant apres » de la fameuse rehabilitation d'Ines de Castro, faite l'année precedente par le » roi de Portugal, pourra paraître inspiré par un desir d'imitation assez natu- » rel. Un despote ne fait point un coup d'autorité dans ses Etats, qu'il ne don- » ne envie á un autre despote de tenter la pareille.»



V

Escasez de las fuentes literarias portuguesas.—Romances españoles.—*Doña Isabel de Liar*, ¿es D.^a Inés de Castro?—Probables causas de esta desfiguración histórica.—Cíñese más á la verdad el romancero Gabriel Lobo.—Romance anónimo de D.^o Inés Cuello de Garza, fuente indudable del drama tagalo.—Novedades y extravagancias que contiene.

No creemos, ni parece verosímil, que el poeta de Manila haya bebido en fuentes portuguesas, que son por cierto bien escasas fuera de las Crónicas, graves y raros libros, que en realidad contribuyen poco á la literatura popular, á quien á veces toman elementos en vez de dárselos. Hacía, por otra parte, la de la Edad Media sus principales manifestaciones en castellano, y, por consiguiente, descartando alguna tradición de dudosa autenticidad oral, como las que ha recogido Mr. Ferdinand Denis, en uno de sus curiosos libros acerca de la Península (1), debemos buscar en fuentes españolas el origen del drama tagalo.

(1) *Chroniques chevaleresques de l'Espagne et du Portugal, suivies du Tisserand de Segovie, drame du XVII.^{me} siècle, publiées par Ferdinand Denis.*—París, 1840.—Dos volúmenes en 8.^o que contienen lo siguiente:

Como era de esperar, la poesía trovadoresca se apoderó desde muy temprano del asunto, y por cierto que lo hizo alterándolo y desfigurándolo por modo tan incomprensible, que solamente lo explicarían respetos guardados á algún descendiente de D.^a Inés, á quien no bastaran los honores póstumos á su esqueleto rendidos para hacerle olvidar la segunda barra de bastardía que atravesó en el escudo de los Castros. Porque para nosotros es indudable lo que ya sospechó D. Agustín Durán, al incluir en el tomo II de su *Romancero* (edición de la *Biblioteca de autores españoles*, publicada por Rivadeneira) los romances 1.243 y 1.244; y es que aquella *Doña Isabel de Liar*, á quien la reina mandó quitar la vida porque el rey tenía hijos de ella, no es otra que el *Cuello de Garza* (1). Que el suceso ocurre en Portugal; no cabe

Les sept infans de Lara.

Le mauvais roi et le bon vassal.

Histoire de D.^a Constança Manuel.

Chronique d'Ignez de Castro, Cuello de Garza de Portugal.

Les amours d'un fils d'Ignez de Castro.

Chronique de Marie de Padilla, du maître de Santiago, et de la reine Blanche de Bourbon.

Romance du comte Alarcos et de l'infante Solisa.

Histoire véritable de demoiselle Theodor.

La mort d'Albayaldos.

Barberousse et le sultan Selim Entemi.

Alvaro de Luna.

Le premier jour de la traite (comercio de esclavos) à Lagos, royaume des Algarves.

Fernand Cortes au Mexique.

Le naufrage de Sepulveda et de dona Lianor de Sá.

Lettre de Pedro Vas de Caminha sur la decouverte du Bresil.

La mort du roi Sebastian, suivi des maleurs de la belle Virginie.

Le renegat et la juive.

Le tisserand de Segovie.

(1) Aunque en el fondo la historia de D.^a Isabel de Liar es la misma de D.^a Inés, en la forma nos presenta un rey de Portugal, unos personajes y unos accidentes que no han existido. Su belleza y su color de época son en cambio admirables. El primer romance empieza así (principio que, por cierto, después tuvo muchos imitadores):

duda, ni el autor pretendió ocultarlo, que era quizás portugués y contemporáneo de D. Pedro, aunque el romance que hoy conocemos tenga, al parecer, retoques y afeites más de un siglo posteriores, pues pudo tardar ese tiempo en hacer su tránsito desde la poesía oral ó trovadoresca á la semiculta del siglo XV.

Cuando la del siglo XVII puso mano, tal vez muy pecadora, en la refundición de los romances viejos, Ga-

«Yo me estando en Giromena
por mi placer y holgar.....»

¿Será Jurumenha, que las historias antiguas de Badajoz llaman Jurumeña, despoblado en la raya de Portugal, aguas abajo del Guadiana? Allí, en efecto, existen ruinas, que pueden ser de antiguo castillo, y justamente dice el romance que D.^a Isabel estaba en un castillo, pues al ver venir tres caballeros armados, pone en su boca estas palabras:

«Tomé mis hijos conmigo
y subíme al homenaje.»

Los caballeros le intiman la bárbara orden de la reina, sin rodeos ni miramientos.

«Cabe vos está el verdugo
que os habia de degollar,
y aun aqueste pajecico
la cabeza ha de llevar.»

Son preciosos los últimos versos de este primer romance:

«Sale de la confesión
con sus tres hijos delante;
el uno dos años tiene,
el otro para ellos vae,
y el otro, que era de teta,
dándole sale á mamare;
toda cubierta de negro,
lástima es de la mirare.
—¡Adios, adios, hijos míos!
Hoy os quedareis sin madre.»

Como veremos luego, este romance en su parte más esencial y dramática fué incluido por Mexía de la Cerda, con mucho instinto literario, en su tragedia *D.^a Inés de Castro*, prueba indudable de que *D.^a Isabel de Liar* no era

briel Lobo Laso de la Vega compuso otros dos de la historia de D.^a Inés, que figuran en el *Romancero* de Durán con los números 1.236 y 1.237. No son de los mejores que se deben al primer cantor épico de Hernán Cortés, pues pecan de atildamiento, y en ocasiones de mal gusto; pero completaron la popularidad de esta leyenda en España, dando más exacta idea de los personajes y los sucesos.

El primero empieza así:

otra que el *Cuello de Garza*, desfigurada por consideraciones personales de los contemporáneos, que ya no respetaba la literatura del siglo XVII.

Más bello todavía el segundo romance, también resulta más ajustado á la tradición para D. Agustín Durán, sin duda á causa de los castigos que hizo el rey para vengar la muerte de su amiga, si bien la incongruencia continúa y aun aumenta, pues no hubo en la puridad histórica tal víctima de celos reales, ni llegó á reinar D.^a Constanza, ni hicieron los portugueses por aquel tiempo tal jornada al África. Por ser muy breve lo copiaremos íntegro, y así completará el lector, con lo que ya sabe, la noticia de esta romántica y adulterada leyenda:

«En Ceuta estaba el buen Rey,
ese rey de Portugal,
cuando le dieron aviso
de tristeza y de pesar
diciéndole que habían muerto
á D.^a Isabel Liar,
y que lo mandó la Reina
por su mala voluntad.
D. Rodrigo fué el cruel,
el que llaman del Marchal,
y ese duque de Salinas,
y el marqués de Villarreal,
con el obispo de Oporto,
que la fuera á confesar.
Cuando aquesto supo el rey
no hace sino llorar;
juraba por su corona
que la había de vengar.
Mandó tocar sus trompetas,
el real mandara alzar,
vistióse todo de luto,
luego se quiso embarcar

«El valeroso D. Pedro,
gran príncipe lusitano,
hijo del Rey don Alfonso,
sucesor en sus estados.....»

Este va ceñido enteramente á la historia. D. Pedro, aunque casado con la hija del infante D. Juan Manuel, se enamora de la bastarda de la casa de Lemos; pero muere la princesa y se une en secreto con D.^a Inés.

El romance segundo empieza:

con solo diez caballeros
que no le quieren dejar.
No quiso aguardar la flota
por no se tanto tardar
y dentro de siete dias
á Sevilla fué á llegar,
y de allí á pocos dias
es llegado á Portugal.
La Reina cuando lo supo
vínose á lo visitar,
mas el rey con mucha saña
d'esta suerte le fué á hablar:
—«Mal vengades vos, la Reina,
»malo sea vuestro llegar.»
En diciendo estas razones
la mandó presto tomar,
y en el mismo repostero
dó su amiga fué á finar
mandó degollar la Reina,
don Rodrigo cuartear,
y á ese duque de Salinas
y al marqués de Villareal
y al buen obispo de Oporto
los mandó descabezar.
Hizo sacar á su amiga
para con ella casar,
y por heredar sus hijos
á D. Pedro y á D. Juan,
y despues con mucha honra
la mandó luego enterrar.
Deste modo vengó el Rey
á D.^a Isabel Liar.»

«Contento con D.^a Inés
está D. Pedro en Coimbra,»

y va también ajustado á la historia, si bien supone que á causa de la guerra por el príncipe movida á su padre, murió éste en pocos días de pesadumbre, y ya hemos visto que no fué la pesadumbre quien mató al rey don Alonso mucho después de terminada la guerra civil, que sólo duró meses, sino su enfermedad, como decían los antiguos, suponiendo con mucha razón que todos poseemos desde el nacer la enfermedad que ha de matarnos..... cuando quiera Dios.

También supone Gabriel Lobo que el nuevo rey, al coronarse en Coimbra, coronó á la par á la degollada, haciendo al efecto desenterrar su cadáver, lo cual hemos visto ocurrir bastante después. Pero éstas son licencias poéticas que no desfiguran la historia.

Hay, por último, otro romance anónimo (1.238 de Durán), donde concluye el poeta lógicamente la acción del anterior, ni más ni menos que el *Suplemento* de Pereyra hizo con la *Crónica* de Fernao Lopes, y por ser breve, aunque menos bello que los de Lobo, á causa de sus rasgos gongorinos, se copiará entero aquí:

«Don Pedro, á quien los crueles
llaman sin razón cruel,
desde Coimbra á Alcobaza
cien mil hachas hizo arder.
Todas arden, más que todas
arde el corazon del Rey,
lo que va de amor á luces,
y de cera al querer bien.

(Suponemos que aquí falta una estrofa, donde repetiría el desenterramiento del cadáver para la coronación, pues sigue diciendo):

Sentóse á su lado, y luego
los fidalgos y la plebe,
y el reino besó en cenizas
la mano que nieve fué.

Para obrar tan gran fineza
no le faltó á Amor ser rey,
sin juntarse con las armas
del monarca portugueses.
El sol desconoce al día
cuando por tierra lo ve
en la noche de sus luces
todo el firmamento en pie.
La muerte, que solo es fenix,
estas bodas supo hacer,
donde en la vida y la muerte
reinan marido y mujer.
Los clarines y clamores
dan pésame y parabien
al vivo de su firmeza,
y al cadaver de su fe.
Lo que sobró del sepulcro
cubre funesto dosel;
tálamo y túmulo cubren
á D. Pedro y D.^a Inés.»

Oportuno es ahora recordar que hemos elegido la comedia *D.^a Inés Cuello de Garza* con el propósito, entre otros, de vindicar á los tagalos de la censura de ciertos sabidillos españoles, que suponen rimbombante este título é invención pueril y de mal gusto, como de gentes que no manejan bien el lenguaje poético; siendo así que ya lo hemos visto campea en las *Crónicas* portuguesas, de donde fué sacado y remozado por Denis; y si en los primeros tiempos no dió la poesía popular tal sobrenombre (1) á D.^a Inés, hay otro romance del siglo pasado,

(1) Sin embargo, ya por el buen tiempo de los romances, entre los de *D.^a Isabel de Liar* y los de Gabriel Lobo, apareció el poema de Camoens, *Os Lusíadas*, que hizo el asunto más y más popular con aquel bellissimo episodio del canto III, que empieza:

«Estavas, linda Ignez, posta en socego
de teus annos colhendo o doce fruto
naquelle engano da alma ledo e cego
que a fortuna nao deixa durar muito,»

mucho menos célebre y literario que los viejos, pero no tan baladí que Durán le haya excluido de su excelente *Romancero*, donde lleva el número 1.301, y el rótulo *Doña Inés de Castro, Cuello de Garza de Portugal*, exactamente como la leyenda del escritor francés. En dos hojas de malísimo papel con una figurilla peor pintada, lo vendían los ciegos á dos cuartos. Y es un verdadero romance de ciego, con su invocación á la Virgen y todo:

«á aquella que ave divina
se remontó bella *garza*
á lo más alto del cielo;»

y con su final pidiendo á los oyentes

«perdón de sus muchas faltas.»

Según este romance, D. Pedro vió por primera vez á D.^a Inés en el jardín de palacio, junto

«.... á una fuente
de una fábrica tan rara
que era toda de alabastro
como una taza de plata,
y allí poniendo sus ojos
vió reclinada una dama
que en los frígidos cristales
al espejo se miraba.»

Y quizás por esta aparición al lado de una fuente, á manera de ave poética que en el cristal de las aguas contempla su hermosura, llamaron en Portugal á D.^a Inés *Cuello de Garza*, si no fué el mismo Príncipe quien le puso tan bello mote, pues más adelante, cuando explica á la

episodio en que hay una alusión visible al mote *Cuello de Garza*, cuando en la octava 132 dice el poeta:

«Taes contra Ignez os brutos matadores,
no collo de alabastro, que sostinha
as obras, com que amor matou de amores
a aquelle, que depois a fez Rainha.»

princesa de Navarra las razones que tiene para no casarse con ella, le dice:

«Es, en fin, por abreviar,
D.^a Inés cuello de garza,
tan garza, que su hermosura
y discrección remontada
por ser un cielo, es el centro
de la gloria de mi alma.»

Aquí tenemos sin la menor duda la fuente principal de la obra tagala, y no ya sólo en el poético mote de la heroína, sino también en los extraños accidentes é invenciones que desfiguran su historia, y que Honorato de Vera ha admitido por ser los más extravagantes y estupendos.

Una vez enamorados el príncipe viudo y *D.^a Inés*, ésta

«.....aposenta su hechizo
en una quinta que estaba
convecina del Mondego,»

pues el prosaico romancero español no tenía otro dato histórico, por lo visto, para esta primera parte de su leyenda, que el poema de Camoens que dice también, aunque con mayor belleza,

«nos saudosos campos do Mondego
de tus hermosos olhos nunca enjuto.»

Sigue contando el romance que el rey viejo

«que ignoraba,
los lances que he referido,
trató luego con Navarra,
atribuyéndolo á dicha
el casarle con su infanta.
Concediólo el rey navarro,
y la infanta *D.^a Blanca*
acompañada de grandes
de su corte y de su casa
pasó á Lisboa, causando
mil penas eslabonadas.»

Aquí tenemos ya una de las innovaciones más estupendas: este proyecto de matrimonio y esta viandante novia. Suma y sigue. D. Pedro visita á la princesa por mandato de su padre, y, en vez de mostrársele rendido y amoroso, le encaja la declaración de sus relaciones con D.^a Inés en los términos que ya hemos copiado, sin otras gotas de miel entre tanto acíbar que decirle:

«Perdoneme el alabarla
vuestra Alteza en su presencia.
De su belleza informarla
me importa, porque disculpe
temeridades osadas.»

Al final del coloquio, raya el príncipe con lo grosero por lo claro y crudo.

«Así podrá vuestra Alteza
volverse luego á Navarra,
que sólo Ines ha de ser
en Portugal coronada.»

Y resulta naturalísima la prosaica frase con que el autor confiesa

«que quedó
en blanco la triste Blanca.»

Pero de lo blanco á lo negro no hay más que un paso, y como era de esperar, en Navarra se armó la de San Quintín, porque el rey

«sintió con grandes extremos
el desaire de su hermana.
Mandó que al arma tocasen
las trompetas y las cajas,
y los fuertes capitanes
se pusiesen en campaña
con ejércitos valientes,
bien prevenidos de armas,
hasta ver de Portugal
la corona derribada.»

Y tan á mayores llega la estupenda invención, que el navarro

«con fieros estandartes
y banderas tremoladas,
le puso sitio á Lisboa;
y temiendo su arrogancia
el portugues, pidió treguas
y á sus consejeros llama.»

Este consejo decide la muerte de Inés por supremo recurso de guerra y para desarmar al enemigo.

«El rey replicó que no,
que era tiranía ingrata.»

Pero Egas Coello y Alvar González le convencen y

«baja desde su trono
el rey, dejando firmada
de D.^a Inés la sentencia
de que muera degollada.»

Para esto

«al Príncipe aseguraron
en la prisión de un alcázar.»

Enteramente lo contrario de lo que sucedió en realidad. Pero sigamos. En Coimbra

«le leyeron la sentencia
á aquella cordera mansa,
á aquella que imitó á Abel
entre el furor y la saña
de tan ingratos Caínes.

.....
Y sentada en una silla,
las manos atras atadas,
llegó el tirano homicida,
cubrió su cielo una banda,
cortó el ingrato cuchillo
su bellísima garganta.»

El trozo siguiente es, en mi concepto, el que ha seducido á Honorato de Vera para que eligiese por modelo esta versión de la leyenda portuguesa:

«Quedó aquella nieve, roja,
aquella luna, eclipsada,
aquel sol, todo nublado,
aquella luz, apagada,
aquella estrella, sin rayos,
aquel lucero sin alba,
sin púrpura aquella rosa,
aquel clavel sin fragancia,
aquel jazmín deshojado,
y sin cuello aquella *garza*.»

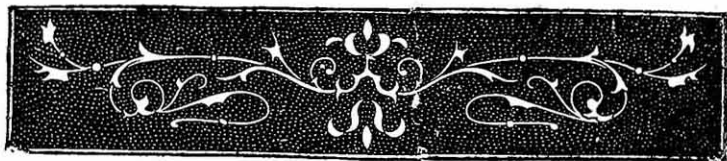
Nada se dice de la muerte de D. Alfonso y subida al trono de D. Pedro, por lo cual resultan ilógicos los hechos subsiguientes, en que

«desmintiendo la noche
con la luz de cien mil hachas,
le hizo un entierro solemne
desde Coimbra á Alcobaza,
donde sobre su cabeza
puso la corona sacra,
y luego todos sus grandes
besaron la mano blanca.
Hizo que todo su reino
por su reina la jurara,
y á los ingratos traidores
por las traidoras espaldas
arrancó los corazones,
porque su culpa pagaran.»

La invención final es una verdadera bomba:

«Emplazado murió el rey
para dar cuenta tan larga,
y cuando supo el suceso
levantó el sitio Navarra.»

Prosaico y vulgar es ciertamente el romance; pero en extravagancias y originalidades peregrinas, modelo sin segundo. Téngalo el lector muy en memoria cuando analicemos el drama tagalo.



VI

Continuación de las fuentes españolas.—Tragedias *Nise lastimosa* y *Nise laureada*, del Padre Bermúdez.—Refútanse opiniones de Moratín.—El género romántico y aun el género trágico eran incompatibles con el autor de *El viejo y la niña*.—El licenciado Mexía de la Cerda y su *Tragedia famosa de D.^a Inés de Castro, reina de Portugal*.



AMPOCO anduvo perezosa la poesía dramática para apoderarse de este asunto, que ya á mediados del siglo XVI el insigne poeta portugués Antonio Ferreira compuso una tragedia, *D.^a Inés de Castro*, que nosotros hicimos española unos veinte años después, por la musa del religioso dominico Fr. Jerónimo Bermúdez, que la dió á luz con una segunda parte de su invención, ocultando su nombre debajo del de Antonio de Silva, y desfigurando el de la heroína, quizás por ir el libro encaminado á *Don Fernando Ruiz de Castro y Andrade*, hijo primogénito del Conde de Lemos (1), á cuya familia, según hemos dicho, pertenecía

(1) Primeras tragedias españolas, *Nise lastimosa*, *Nise laureada*, DOÑA INÉS DE CASTRO Y VALLADARES, *princesa de Portugal*. Compuestas por Antonio de Silva.—Madrid, por Francisco Sánchez, 1577.—En nuestros tiempos las ha reimpresso D. Eugenio de Ochoa, en el tomo I de su *Tesoro del Teatro español desde su origen* (1356) hasta nuestros días.—París, imprenta de Casimir, 1838, en 4.^o

D.^a Inés, con que se justifica más y más nuestra sospecha de que por razones análogas los romanceros primitivos pudieron llamar á la heroína D.^a Isabel de Liar.

Los eruditos del siglo XVIII, que por ser obras de corte rigurosamente clásico habían elogiado las del fingido Silva con exceso, creyéndolas de un mismo autor, desde que Pedro Napoli Signorèlli, en su *Historia de los teatros*, descubrió que sólo la segunda parte era original del P. Bermúdez, torcieron rumbo arremetiendo contra ésta como de casa (al fin, críticos españoles) y llevando Moratín la injusticia hasta decir que no hay en la *Nise laureada* "fábula, ni interés, ni enredo, ni desenlace, ni afectos, ni caracteres, ni situaciones; todo es languidez, desaliño, impertinencia, atrocidad feroz, olvido continuo de los preceptos que dicta el buen sentido en esta clase de composiciones."

¿Nos perdonará la sombra de *Inarco Celenio* si nos declaramos relativamente opuestos á su opinión, y aun la creemos ligera y de todo punto infundada? (Dentro, por supuesto, del paralelismo entre la obra portuguesa y la española.)

Porque ha de saberse que de los mismos defectos adolecen ambas, y que si enredo y caracteres y afectos y situaciones faltan en la del dominico español, en mucho mayor grado faltan en la del portugués Ferreira.

No se cuenta por cierto entre los menores méritos que nosotros hallamos en la segunda parte el ser continuación exacta de la primera, con sus mismos caracteres estéticos, con mayores bellezas de detalle, habiendo también en ésta mayor acción é interés dramáticos, aunque sean repugnantísimos, según puede inferirse de un breve cotejo entre los mismos juicios que Moratín formó de una y otra (1).

(1) *Orígenes del teatro español*, ó más bien, *Discurso histórico sobre el origen de los teatros y comedias*, obra inédita, que publicó por primera vez la Real Academia Española en 1830, en la colección completa de las obras de Moratín. También el Sr. Ochoa la ha reproducido en su *Tesoro del Teatro español*, tomo I.

"NISE LASTIMOSA

„Está escrita en varios metros, verso suelto de once y
„siete sílabas, sáficos y adónicos, liras, sextinas y ter-
„cetos.

„ACTO PRIMERO. —Después de un monólogo del Infan-
„te D. Pedro (que no tiene menos de ciento treinta y seis
„versos endecasílabos), sale el Secretario y quiere per-
„suadirle á que se aparte de la linda Inés. El Infante, in-
„dignado de tal propuesta, exclama con vehemente pa-
„sión:

»Hombres de entrañas fieras y dañadas,
»¿qué me queréis?»

(y copia D. Leandro diez y ocho versos que son tan ma-
los ó peores que ése, así como el coro de mujeres de
Coimbra que sigue, pues toda la tragedia está calcada
en el molde greco-latino).

No omitiremos nosotros, en cambio, los siguientes,
por su sabor pagano:

«¿Qué cosa hay en el mundo
que del amor se libre?
Antes el mundo todo
visible y que no vemos
no es otra cosa en suma,
si bien se considera,
que un espíritu inmenso,
una dulce armonía,
un fuerte y ciego nudo
de amor con que las cosas
están trabadas todas.....
Amor puro las cría,
amor puro las guarda.....»

¿No se le ocurrió á Moratín que estas ideas eran más
propias de sacerdotisas de Venus, que de las doncellas
cristianas de Coimbra del siglo XIV?

„ACTO SEGUNDO.—Pacheco y Coello aconsejan al Rey „Alfonso que mate á Inés: queda sólo el Rey: se queja „de los afanes del reinar, y pide favor á Dios en la tribulacion que padece: el coro le dice unos sáficos per- „versos, (de que debió exceptuar D. Leandro, si obraba de buena fe, esta estrofa:

Sopla en los altos montes más el viento,
los más crecidos árboles derriba,
rompe tambien las más hinchadas velas
la tramontana.)

„ACTO TERCERO.—Inés con sus tres hijos (que no ha- „blan) sale asombrada y refiere á su ama un sueño es- „pantoso, en que vió que tres leones la despedazaban á „vista de sus hijos: el ama procura consolarla y distraer- „la; pero el coro le anuncia que vienen á matarla. (Tan- to la lamentación del coro como los terrores é imprecaciones de Inés son bastante bellos.)

„ACTO CUARTO.—Alvar Gonzalez y Pacheco instan al „Rey para que apresure la muerte de Inés: ésta se le pre- „senta acompañada de sus hijos y de las mujeres de „Coimbra en la escena 2.^a, en la cual se admiran con ra- „zon los trozos siguientes: (Y no hay buenos sino es- tos siete versos entre los veintisiete que Moratín copia, porque todo lo demás es ampuloso, rebuscado y frío.)

»(Á sus hijos.) Mis amores,
»el padre veis aquí de vuestro padre,
»la mano le besad. (*Por el Rey.*)
»¿Tan gran pecado
»es bien querer á quien á mí me quiere?
»Si amor con muerte pagas, ¿con qué piensas,
»señor, pagar el odio? Amé á tu hijo,
»no le maté, que amor amor merece.

„El Rey se enternece y quiere que viva; pero Coello, „Gonzalez y Pacheco quedando solos con él le culpan de „excesivamente débil..... el Rey vacila y diciendo que no „quiere intervenir en aquella muerte los deja en libertad „para que si lo creen necesario y justo quiten la vida á

„Inés. (El coro) refiere haberse ejecutado aquella atrocidad lamentable, (en rebuscados conceptos y peores versos, diciendo que sus hijos no pudieron salvarla,

porque los tiernecitos no tenían
fuerzas para quitar los duros hierros
á manos tan crueles.....
¡Oh manos crudas!

Esto lo omite Moratín, que en la primera parte aminorar los defectos, como en la segunda los rebusca.

“ACTO QUINTO.—Después de un soliloquio del Infante, viene un mensajero que le refiere la muerte de Inés: el Infante prorrumpe en un largo discurso (ciento diez y seis versos) en que á pesar de algunos extravíos hay afectos oportunos y bien expresados, y así acaba la tragedia.

„Su defecto principal es la falta de acción y enredo dramático: el acto quinto es inútil: el personaje del Infante es de absoluta nulidad: el del Rey mal desempeñado por indeciso y débil. (Así lo pinta la historia en esta ocasión, y un crítico imparcial no debía olvidarlo.) Entrega á Inés en manos de los asesinos al mismo tiempo que la reconoce inocente: el interés que hace cometer tanta crueldad á Coello, Pacheco y Gonzalez no se manifiesta (la historia tampoco lo ha manifestado): la ausencia del Infante no se motiva ni se disculpa: la escena es en Lisboa y en Coimbra: la versificación es floja y desaliñada no pocas veces (amenudo). El estilo, prescindiendo de uno ú otro descuido, no carece de elevación y afectos trágicos. Los coros, en que hay muy buenos trozos de poesía (inopórtunos casi siempre), son tan inverosímiles como en las tragedias griegas y latinas y en las que los italianos hacían entonces.”

“NISE LAUREADA

„Está escrita en variedad de metros, como la antecedente.

„ACTO PRIMERO.—Diálogo pesadísimo entre el Rey y el Obispo: el Rey se lamenta de la muerte de Inés, y el Obispo en ciento noventa y cuatro versos endecasílabos hace lo que puede por consolarle contándole la creación del mundo y el pecado de Adán, y hablándole de Moisés y de Agamenon: el Rey se lo agradece y le llama *padre en Cristo*; pero tan triste se queda como se estaba. Sale el Alcaide y le entrega las llaves del castillo de Coimbra: presentánsele sus hijos: el Rey se entenece al verlos y dice:

- »*Rey.* Hijos de mis entrañas, ¿conoceisme?
 »Amores, ¿dónde es ida vuestra madre?
 »¿Por qué se fué? ¿por qué os dejó tan solos?
 »*Ama.* Su madre desde el cielo los bendice.

„Si toda la pieza se pareciese á esto, ¡cuánto habría que admirar en ella! Un Camarero, que se presenta sin necesidad, empieza á dar consejos al Rey, y á decirle sentencias para que se consuele de la pérdida de Inés: el Rey con mucha razon exclama:

»Pesado aviso de filosofía.

„El coro primero canta un soneto (que es por cierto bonísimo, aunque Moratín lo calle) acabado el cual asegura el Rey que castigará cruelmente á los tres matadores de Inés, trocándolos por otros tantos foragidos de Castilla (huidos de Castilla, es lo que dice D. Pedro) que tiene en su poder. El coro segundo canta una canción en que hay muy buenos versos, (y tan buenos y dignos de mayor mención, que es extraño no la haga D. Leandro, cuando á renglón seguido va á copiar diez y seis de otro coro menos notable. Hé aquí algunos de los que no debió omitir, siquiera por su transcendencia histórica, que disculpan la crueldad del Rey con el mal ejemplo de su homónimo de Castilla:

¡Oh patria lusitana,
 de piedad despojada
 más que la inhabitable tierra hircana,

ya hace en ti mesnada
 la triste sombra insana
 de la otra *infernai furia castellana!*
 ¿No te asombra el bramido
 del fiero leon hambriento
 que al pueblo baja ya desde el ejido,
 y con rabioso aliento
 busca despavorido
 la res que menos halla de su nido?)

“ACTO SEGUNDO.—El Condestable dice á solas un par
 „de octavas: después canta el coro:

»¡Oh corazones
 »más que de tigres!

“Sigue á estos buenos versos una enfadosa escena entre el Rey, el embajador de Castilla y el Condestable, el cual no lleva á bien que se entreguen los tres fugitivos castellanos en cambio de los tres portugueses. Los siguientes versos darán alguna idea del pedantismo, la garrulidad y redundancia del Condestable.”

(Cierto que los versos que copia Moratín son malos y enojosos y redundantes, porque ya han predicado en demasía sobre la clemencia de los reyes el Condestable y el Obispo y el Camarero y los coros y hasta el aya de los infantes; pero ¿por qué no fijó la atención, si obraba de buena fe, en el principio de la escena, que es notable, y de la misma transcendencia histórica que ya en otro lugar hemos reparado? Hélo aquí, para que el lector juzgue por sí mismo:

Rey. ¿Qué dices, Condestable, á la embajada
 que trae bien pensada el castellano?

Condestable. Pesada al lusitano.

Rey. Ya la oiste.

Condestable. Estoy, señor, tan triste de sabella
 con la respuesta d'ella, que maldigo
 la muerte qu'es conmigo tan esquivá
 que no quiere que viva en este suelo
 sino para del cielo ver las leyes

rompidas por los reyes, que debieran ser los que defendieran su partido.

Rey. No seas atrevido, si no quieres pagar lo que dijeres con la vida.

Condestable. A ti, señor, vendida, no la honra de haberte la deshonra declarado que á este reino has dado, en dar entrada á la desaforada tiranía de aquel lobo que envía á ofrecerte los perros por cogerte los corderos por estos tus oteros guarecidos de sus fieros aullidos.....)

“Así prosigue disparatando hasta enojar al Rey, como „es natural; queda resuelto que se haga sin dilacion el „cambio de los delincuentes: el Condestable, acompaña- „do del coro, dice un soneto (bastante bueno, por señas, aunque tampoco lo diga Moratín); sigue el coro des- „pués cantando unas estrofas que no valen mucho.

„ACTO TERCERO.—El Camarero á solas, y después el „coro, anuncian en muy buenos versos la coronacion de „Inés„ (Pasen los del primero, que los del segundo son los peorcitos del drama. Con menos razón ha criticado otros el buen Inarco.) “Sigue un diálogo simétrico entre „el Camarero y el Rey; cada uno de ellos dice una sen- „tencia de dos en dos versos, de tres en tres y de cuatro „en cuatro. La escena siguiente no es menos ridícula, „hablando el Rey y respondiendo el eco las últimas síla- „bas: IDA... ES... SOMBRA... INÉS... El coro intenta conso- „lar al Rey, que prorrumpe en una larga lamentacion, y „así que acaba, toma la palabra el Obispo y le echa una „plática de cosa de ochenta versos sobre las excelencias „de la tierra (y del cielo, é indigestísimo en verdad todo). „Viene el Condestable, y entre él y el Rey sigue otro diá- „logo simétrico é impertinente: descúbrese el trono, y en „él, adornado de vestiduras reales, el cadáver de Inés: „el Rey la corona, y el Condestable le da las gracias por „haber concedido á Portugal tan excelente reina; el coro „primero canta una oda en sáficos adónicos: sigue el coro

„segundo y canta otra en versos cortos menos buenos
„que la anterior.

„ACTO CUARTO.—Aparecen presos en la cárcel González, Pacheco y Coello; un guardia les escupe en la
„cara, el verdugo les da la enhorabuena de que hayan
„venido gordos y frescos; insultos de una y otra parte,
(y algún rasgo muy bueno, principalmente de González,
que en estas repugnantísimas escenas luce un gran carácter, como cuando exclama:

Del mar se cogerán maduras mieses,
el cielo caerá sobre la tierra
primero que las muertes ó las vidas,
las esperanzas grandes ó los miedos,
los ruegos blandos ó las amenazas
del rey cruel, ó tuyas, ó del mundo,
un solo punto desmentir nos hagan
del que guardamos de constancia siempre,
de lealtad, de fe, de fortaleza
con que la muerte dimos á la amiga
de rey tan enemigo de su patria.)

Si esto no es bello y trágico, perdónenos Moratín la censura, y continuamos copiándole: „Viene el Alcaide,
„alterca con ellos, y por último manda que les den tormentos crueles durante la noche, hasta que al día siguiente se les remate. El verdugo, enterado de la orden,
„dice:

»Un rato al potro y otro rato al brete.

„Los coros primero y segundo cantan dos composiciones de ningún mérito.

„ACTO QUINTO.—Monólogo inútil del Alcaide: sale el Rey acompañado de grandes y caballeros, guardias y pueblo: preséntanse los reos. „ (Por cierto que el Rey pregunta:

¿Son estos los valientes?

Y responde González:

Hoy lo somos
como siempre lo fuimos.)

„El Rey levanta un látigo que tiene en la mano y cruza la cara á Coello: empieza la ejecucion: el coro alterna en el diálogo con los personajes del drama: saca el verdugo el corazon por las espaldas á Alvar Gonzalez.„ (¡Y qué grandioso y trágico—aparte lo inverosímil—es lo que ocurre cuando, ya desgarrado el pecho, dice el verdugo:

No le hallo el corazon.

y replica la víctima:

Pues ahí le tengo.

Búscale bien.)

El verdugo „muestra el corazon al Rey y á toda la corte diciendo:

»Si alguno está tocado de la rabia,
»podrá quemalle y deshacelle en polvos,
»que así bebidos son de grande efecto.

„Despues hace lo mismo con Pacheco y Coello, sacándoles los corazones por el pecho. Manda el Alcaide que lleven á quemar los cuerpos, el Rey lo aprueba, y concluida esta matanza atroz, sigue un largo discurso del Rey, lleno de amor de Dios, de arrepentimiento de sus culpas, de vehementes deseos de penitencia.....„

Y concluye á su vez Moratín con el injusto juicio, ya copiado, acerca de esta segunda parte, que como hemos visto no sólo está lejos de ser inferior á la del portugués Pereyra, sino que la supera en muchos quilates por la pasión, por el movimiento dramático (aunque sea bien poco en ambas), y sobre todo por los caracteres, pues si bien no hay contraposición ni diversidad en ellos, viniendo á ser un mismo sermón el que predicán el Condestable, el Camarero, el aya y aun el Obispo, acerca de la clemencia de los reyes y del perdón de las injurias; en cambio el primero singulamentees tan sostenido, y con tales destellos de grandeza moral y valor cívico realzado, que si no temiéramos incurrir en pesadez análoga á la de

estas obras, haríamos de ello largas pruebas. Baste cuando el Rey le arroja de su presencia:

Condestable. Sentencia de tirano más que tuya.

Rey. ¡Oh duro atrevimientol.....

No pares más aquí, que ya no puedo
sufrir tal desmesura.....

Coro. Buen conde, bien será que te consueles
de haberte así rotpido el noble pecho.

Condestable. ¡Ay, que en España veo á mi despecho
tres Pedros reyes, todos tres crueles!

Coro. Ese misterio no se lo reveles,
que donde hay fuerza piérdese el derecho.

Condestable. ¡Ay, que me tiene un trueco tan mal hecho
amargo el corazon más que las hieles!

Pues los caracteres de los ajusticiados, aparte su igualdad y monotonía, también tienen líneas de trágica grandeza. Reina además en toda la obra cierta majestad poética que aun hoy hace su lectura apacible, á pesar de su languidez y la extravagancia de algunos metros antipáticos. Cuanto á lo de las situaciones, no pocas por el estilo se perdonan á Shakespeare, y si el verdugo juega del vocablo con el nombre de Coello al arrancarle el corazón y mostrárselo al Rey con estas horribles palabras:

Allá Pluton hará con tal *conejo* (1)
esta noche la fiesta á sus amigos,

recuérdese la escena de los sepultureros de *Hamlet* y otras muchas análogas del trágico inglés. Verdad es, que Moratín no transigía con sus defectos ni comprendía sus bellezas, que naturalmente había de repugnar el género romántico al autor de *El viejo y la niña*. Recuérdese también que esta tragedia del dominico español pertenece á una época y un género eclipsados completamente por Lope de Vega y Calderón, que marcando al teatro

(1) *Coelho* significa en portugués *conejo*.—La figura es de tan mal gusto como el recuerdo de la receta vulgar contra la rabia.

nuevos rumbos, hicieron más cultos al público y á los poetas.

De que es prueba concluyente la segunda aparición de *Cuello de Garza* en la escena española, por mano de un licenciado Mejía de la Cerda, cuya personalidad no ha podido identificar D. Cayetano Alberto de la Barrera, en su excelente *Catálogo del teatro español*, porque hubo, según parece, en aquel tiempo tres licenciados Mejía de la Cerda, uno relator de la Chancillería de Valladolid, otro de quien se conserva en la Biblioteca de Osuna (hoy en la nacional de esta Corte) un auto sacramental, y otro residente en Granada, donde fué amigo y panegirista de Gregorio Silvestre, celebrados por insignes dramaturgos en las antologías contemporáneas sin más expresión que el *licenciado Mejía de la Cerda*. Este, pues, quien quiera que fuese, dió al teatro en los primeros años del siglo XVII, compitiendo honrosamente con Lope en su mayor apogeo, una *Tragedia famosa de D.^a Inés de Castro, reina de Portugal* (1), sin ninguna reminiscencia literaria ni material de las *Nises*, aunque no cabe duda que las tuvo presentes.

Empieza con un discreto amoroso en quintillas, de lo más bello que se ha escrito en comedias de capa y espada, entre D.^a Inés y D. Pedro, donde parece al pronto que está aún viva D.^a Constanza Manuel, pues la española rechaza el amor del infante portugués, diciéndole:

«Que á mi señora la reina
pienso que hago ofensa grande.»

Pero D. Pedro le quita el escrúpulo contestando que

(1) Se publicó por primera vez en la *Tercera parte de las Comedias de Lope de Vega y otros autores*.—Barcelona, en casa de Sebastián de Cormellas; al Call;—y por segunda vez en Tortosa en 1638, por Francisco Martorell, en un tomo titulado *Doce Comedias de varios autores*. Sospéchase que la primera colección se había impreso antes en Valencia en 1611.

Modernamente, y con muy buen acuerdo, ha sido incluida en el tomo XLII de la *Biblioteca de autores españoles*.

«En sus sepulcros los muertos
no se acuerdan de los vivos.

.....

D. Pedro. Adórote.

D.^a Inés. Yo te adoro.

D. Pedro. Lloro por tí.

D.^a Inés. Por tí lloro.

D. Pedro. Quieroos mucho.

D.^a Inés. Yo te quiero.

D. Pedro. Muero sin vos.

D.^a Inés. Sin vos muero,
pero salvo mi decoro.

.....

Si solicitas mi afrenta
haces al revés la cuenta,
que por tu torpe amistad
no ha de ser mi honestidad
fruta de segunda venta.»

D. Pedro al fin la convence, y exclama:

«Mi mujer sois, y de suerte
nudo indisoluble y fuerte
el que nos ate ha de ser,
que no le baste á romper
el cuchillo de la muerte.»

Sale á comunicar esta decisión al rey su padre, en tan mal punto y hora, que acaba éste de recibir al embajador de Aragón, que ha venido á ofrecerle para D. Pedro la mano de una princesa de aquella corte. Bella y dramática escena cuando le manda firmar la contestación al rey aragonés. D. Pedro agota disculpas y razones para permanecer viudo.

«*D. Pedro.* Ya que el cielo me ha librado
del yugo, que es tan pesado,
deja que me goce; baste
que uno que al cuello me echaste
hasta agora me ha durado.»

Descompuesto al fin con su padre, el príncipe se retira espontáneamente de la corte.

Entretanto, D. Rodrigo, un gran señor confidente de todos y á quien el príncipe había encomendado el preparar su boda con D.^a Inés, exige de ésta la paga del amor que ocultamente y de antiguo le profesa, llegando hasta querer forzarla. Sus cínicas frases revelan ser hombre que no se para en barras.

Hé aquí la síntesis de este carácter:

«.....Será villano
quien la *garza* en mano tiene,
y la suelta de la mano.»

Pero como la garza se le escapa, jura vengarse.

Al acto 2.^o han pasado nueve años y seis días, según se dice en un mediano romance. Los esposos tienen dos hijos y una hija, que el mayor se llama Juanico. Hállanse en el campo, donde recibe D. Pedro una carta de su padre en que le anuncia que Aragón levanta el grito é invade sus estados.

El príncipe marcha á la guerra, y entretanto los cortesanos convencen al Rey de la conveniencia de matar á D.^a Inés. Ésta se halla en un castillo cuando los ve venir, y hace bellísimo efecto, según apuntamos en el capítulo IV, el romance de D.^a Isabel de Liar, que recita desde la torre del Homenaje:

«*Inés.* Por los campos de Mondego
caballeros veo asomar;
en el talle muestran ser
más de guerra que de paz.
Hacia donde estoy se acercan
adargas y lanzas traen;
ya conozco al uno de ellos,
conózcole por mi mal,
D. Rodrigo de Mombela,
á quien dicen del Marchal,
primo hermano de la Reina
y mi enemigo mortal.
En verle, triste, asustada,
he visto mala señal,

que buscarme D. Rodrigo
no para mi bien será,
que el que siempre me dió guerra
nunca me viene á dar paz,
y si es paz, es la de Judas,
que en venderme parará.

D. Rodrigo. Bajad acá, doña Inés,
del homenaje os quitad,
que está aquí el Rey, mi señor,
que con vos viene á hablar.

D. Inés. Sierva suya soy, ya bajo;
saltos mi corazon da.
Dadme la mano, hijos míos,
para que acierte á bajar.»

Como al principio el Rey la trate con desabrimiento, ella exclama:

«*Inés.* ¿Qué es esto? Algun mal recelo;
abrazad á vuestro abuelo,
hijos, las manos pedidle.

Rey. Como corderillo humilde
viene al sacrificio, ¡oh, cielos!»

Á pesar de las razones de estado que alegan sus consejeros, el Rey enternecido rehusa autorizar la muerte, y por fin se lava las manos como Pilato, ocasión que ellos aprovechan para dar á Inés de puñaladas, á pesar de los esfuerzos de Juanico; inverosímil escena y repugnante. En boca del niño se ponen estos conceptos:

«Tambien á mí me matad,
ó alguna espada me dad,
vengaré en todos su muerte.»

Y un momento después, añade:

«No me dé el cielo más vida
que para vengar tu muerte.

.....

¡Que un traidor mató á mi madre,
sin culpa! ¡Vive el Señor
que he de matar al traidor,
si no le mata mi padre!»

En el acto 3.º viene D. Pedro á tomar posesión de la corona por muerte de D. Alfonso, y al buscar á doña Inés se le aparece su sombra recomendándole perdón y olvido, porque ya á su esposa adorada

«no la dan vida llantos ni pasiones,
sino ofrendas, limosnas y oraciones.»

Esta escena es de muy buen efecto dramático, y justifica el falseamiento de la historia que se permitió el licenciado Mejía, sin duda para atenuar el horroroso desenlace.

Temerosos del castigo los cortesanos, ofrecen la corona al infante D. Fernando, hijo legítimo de D. Pedro, el cual la rechaza con razones impropias de una época en que todos los príncipes solían rebelarse contra sus padres, y más impropias aún de quien había sentido hacia D.^a Inés impulsos amorosos, complicación innecesaria de que no sacó el autor todo el partido que pudo.

Apremiados entonces por la necesidad, resuelven los asesinos destronar á la dinastía legítima, alzando sobre el pavés á D. Rodrigo, que con un maquiavelismo verdaderamente propio de los cortesanos de la época, para hacer olvidar su participación en la muerte de D.^a Inés, los increpa, los apostrofa de traidores y malos vasallos y alborota el palacio haciendo acudir al Rey que, como es natural, cae en el lazo y le agradece su lealtad; pero no ha contado el traidor con la Providencia, que en esta ocasión se vale de Juanico, el cual está dando lección con sus maestros (escena episódica é inverosímil), y á pretexto de cortar una pluma, se apodera de un cuchillo, y cuando está su padre más calorosamente manifestando su gratitud al que cree salvador del trono, se lo clava á D. Rodrigo, desengañando al autor de sus días con estas palabras, que si de niño, siguen mal á una acción tan de hombre:

«Al lobo puedo matar
que me mató mi cordera.»

Los otros asesinos han huido á Castilla, por lo cual exclama el Rey:

«No me lastimo,
que el rey D. Pedro mi primo,
que la castellana silla
gobierna, me los dará
como pariente y amigo,
y en ellos haré un castigo
que al mundo espanto pondrá.»

Termina el drama con la apoteosis de D.^a Inés, á cuyo cadáver desenterrado y coronado hacen todos pleito homenaje, empezando por D. Pedro, que le dirige una salutación hermosísima, aunque un poco larga:

«Hoy la diadema que gano
poner en tus sienes quiero,
siendo, mi bien, el primero
que bese tu hermosa mano.
Toma este cetro real,
que quiero que lo levantes
en señal que son infantes
tus hijos de Portugal.
Agora me da licencia
de que á tu lado me siente.»

Aquí debería concluir; pero el autor no quiso dejar al infante D. Fernando con el peso en la conciencia de haber galanteado á su madrastra, y le hace decir una tirada inoportuna de versos, que muestran la inutilidad de este personaje, así como de cierta pareja de enamorados pastores, que andan por la escena arrullándose y estorbando.

«La obediencia á darle vengas
el reino, y aquí fin tenga
nuestra *Nise laureada*.»

Tales son las últimas palabras que dice el infante, en prueba de su lealtad y arrepentimiento, eco del autor, que así declaraba á su vez la obra que le había servido de modelo.

Aunque posee el teatro español alguna otra del mismo asunto, tenemos por excusado examinarla, toda vez que en las del Padre Bermúdez, el licenciado Mexía y el romance del siglo pasado se hallan todos los materiales que utilizó Honorato de Vera en su *Doña Inés Cuello de Garza y el Príncipe Nicanor*.

Los lectores van á juzgar ahora por sí propios.



VII

Doña Inés Cuello de Garza y el príncipe Nicanor, drama tagalo en tres partes y nueve actos, por Honorato de Vera.



OR lo pronto, hay que fijar la atención en el cuadro siguiente de personajes, que al pie de la letra copiamos:

CRISTIANOS.

Rey Alfonso.—Príncipe Nicanor.—Gonzales.—Guzmán.—Vegara.—Gutiérrez.

NAVARRA.

Rey Ramiro.—Blanca.—Pepillo.

CASTILLA.

Princesa Armina.—Dama Inés.—Peñaflor, niño de 13.
—Dionis, íd. íd. 12.

MOROS.

Amiljacob.—Aventarip.—Alipe, gracioso.

Repetimos que están los nombres copiados al pie de la letra, para que el lector vaya acostumbrándose á no leer Amil Jacob ni Aventaric. Únicamente advertimos que el segundo moro unas veces acaba en c y otras en p. No lo eche el lector en saco roto, para perdonar á la imprenta las que sin esta advertencia parecerían erratas.

También, conociendo ya el asunto, se hará cruces seguramente de ver intervenir en la tragedia de la linda Inés nada menos que á cuatro naciones, y notará asimismo que por *cristianos* el autor entiende sin duda y por excelencia, sólo á los portugueses, haciendo rancho aparte de Castilla y Navarra, como si á la sazón se hallaran excluidas de la comunión de los fieles.

La acción da principio en una *sala cristiana*, ó del palacio de Portugal, corroborando nuestra creencia de que para Honorato sólo allende el Tajo se adoraba en Cristo.

Aparece "*Alfonso, el rey, con una carta leyendo*," donde el de Castilla le pide ayuda contra Amiljacob, que ha invadido sus estados. Pronto sabemos que el castellano es padre de Teodosia, "*princesa de singulares dotes*," de quien parece que anda Nicanor enamorado; y decimos parece, porque todo aquí se ha de creer bajo palabra, y resulta al fin medio fantástico, visto que el nombre de la princesa es Armina, que los tales amantes en su vida se han conocido, y que los tales amores son casi una hipótesis diplomática, según irá comprobándose al desenredar la madeja.

Después de una real alocución á los generales portugueses, llena de bravatas, donde Alfonso les canta aquello de

Al campo y á la gloria
volemos, adalides,

nos trasladamos al *palacio de Castilla*, para oír á Armina é Inés que están deplorando su triste suerte. Sitias por Amiljacob, tienen puesta su última esperanza en el socorro del rey de Portugal, con cuya ocasión Ar-

mina exhala endechas amorosas, é Inés en cambio se lamenta para sus adentros de estar enamorada también del príncipe lusitano, y de que "sea posible que dos co-razones á un tiempo giman bajo el peso del amor." Ni una ni otra nos explican, por supuesto, cuándo y cómo ha podido hacerles el dios ciego tan mala jugarreta á través de la distancia entre Portugal y Castilla, que entonces no se salvaba en ferrocarril como ahora. De igual manera y sin saber cómo, resulta Armina (antes Teodosia) perfectamente enterada del secreto de Inés, y á pesar de que ésta en redondo se lo niega, Armina le manda que renuncie á Nicanor.

Ya hemos dicho la fe que por su exactitud nos merece esta traducción, y las prendas literarias del que nos la ha hecho; pero de la parte de escena que sigue no sabemos francamente qué pensar, ni el lector lo sabrá tampoco.

"Inés.—Mientras yo exista jamás consentiré en mí tal osadía.

„Armina.—¿Cuál es?

„Inés.—Dejar de poner los ojos en el amante de Armina.”

¿Es que ha dicho el autor lo contrario de lo que se proponía, ó es que quiso inocentemente hacer de su Inés una diplomática consumada? Nosotros no alteraremos punto ni coma la traducción, sino cuando sea absolutamente indispensable para que entiendan los lectores alguna parrafada.

Del palacio de Castilla, la acción pasa á un campo con árboles, donde se hallan sentados en una roca Amiljacob y Aventarip, jactándose el primero de que sus amorosas empresas se cuentan por sus triunfos, á lo cual el segundo, con el aire zumbón que tomaba Sancho Panza al contradecir las bélicas ponderaciones de D. Quijote, se permite poner algún tantico de limitación, dando lugar á una escena que hace furor entre los indios, por lo mismo que no tiene pies ni cabeza.

La copiamos con su propio estilo y acotaciones:

„*Aventarip*.—Ninguna (te ha salido mal) si se exceptúa la de Cartama, pueblo pequeño de Granada. donde te venció la hermosura de..... (*Arrancan en un tiempo y dicen:*)

„*Amil*.—¡Ah insolente! ¿para qué me hiciste recordar lo que ya en mí no existe, sino porque prefieres acabarte? (á mis manos) ¿Ignoras acaso que ese desden de Pátima ya estaba muerto en mí? Pues en pago de tu insolencia esto te mereces (*acción de arrancar el sable y vuelve* (quiere decir *se reprime*). Pero *Aventarip*, ¿qué me pasa? ¿qué me trastorna? ¿qué mal me hiciste para haberme desmedido tanto? ¡oh Dios mío, tú me trastornas! ¡oh mundo engañoso! *Aventarip*, déjame respirar.»

(Aquí tenemos que hacer otra advertencia, aunque innecesaria para los que entienden algo de cosas filipinas. Los indios hacen indefectiblemente la f p, y la p f. ¿Es dificultad nasal ó labial la que produce esta rara trocatinta?)

Alípe, especie de juglar ó bufón del rey moro, aparece en este punto „*con vihuela cantando*,„ boberías tales, que su misma insulsez hace fijar en ellas la atención, pensando que es imposible que no tengan algún sentido misterioso, pues se resiste la inteligencia á creer que pueda malgastarse de tal modo la de otro hombre. Ni el tal gracioso abre su boca en todo el drama para otra cosa que simplezas é insulseces, con unos *estrevillos* para chuparse el dedo. Cuando dice: „Esos pasos que oigo son de caballos,„ salen Armina é Inés armadas de todas armas en guisa de pelear, que vienen..... ¿lo creerá el lector? á desafiar á los moros:

—“Ea, dicen, al real del campo, allí os esperaremos.”

El inocente poeta tagalo, enamorado del vocablo *real* por lo expresivo y altisonante, cree sin duda que no es el mismísimo campamento, sino algún pedazo de él muy perspicuo y empingorotado.

Nada más natural que contestar los moros con galansterías á aquellas amazonas; pero ellas no se dan á par-

tido, antes tiran al aire cada tajo y cada mandoble que tiembla el firmamento.

El bobo hace una exclamación que enloquece al público indio, pues le recuerda las fiestas de música que le proporciona gratis la tropa con sus retretas y sus relevos de guardias.

—“¡Ay qué hermosa parada!”—dice Alipe.

Dentro se oye también la marimoreña de zis-zas entre moros y cristianos.

Pónense en atalaya las damiselas á observar cómo llevan los portugueses la mejor parte, y entre tanto discuten si habrá venido el príncipe Nicanor con el ejército, cuando héte aquí que el príncipe en persona cae en medio de ellas, diciendo aparte que ha abandonado el campo de batalla para buscarlas, pues según sus informes (textual) también Armina y su dama han salido á la guerra.

Los rasgos infantiles de malicia femenina y de galantería simplona y anacrónica en que esta escena abunda, no son para copiados, que nos detendrían excesivamente. Baste decir que el conceptismo y el discreteo de las situaciones semejantes de nuestro antiguo teatro tienen aquí un remedo como el que puede hacer el abejorro al canto del ruiñeñor. Oigamos siquiera esta salutación del príncipe:

—“Dispensadme, señoras, si por ofreceros mis respetos puede acusármese de atrevido y merecer vuestro enojo. Á ello me obliga el temor de vuestra presencia en estos sitios, donde podeis correr eminente riesgo. Si no os marchais, creo que por defenderos despreciaré hasta la misma muerte.

„*Armina*.—Caballero, ¿por qué abandonas la palestra de Marte y por Armina te separas de tus soldados? ¿no ves, no escuchas la batalla?

„*Nicanor*.—En efecto, señora, ese nombre es el que obliga al príncipe de Portugal á arrostrar la muerte por salvaros. ¿Sois vos la misma por quien Nicanor ha venido á la guerra?”

Esta escena concluye empujándole ella literalmente á la "palestra de Marte." La despedida del príncipe no puede ser más marcial.

—Adios, estrella matutina, le dice á boca de jarro....

A boca de jarro propiamente, como ella á su vez le dice:

—"Nicanor, parte al momento; pero lleva un recuerdo mío. Dame un abrazo." (*Se abrazan.*)

Lo cual, visto por Amiljacob, que cae allí como llovido, le hace exclamar con justísima razón que "aquellos es una insolencia y el portugués un indecente. Los moros, añade lleno de pudor, son más limpios y no se acuerdan de tales cosas en los campos de batalla." El príncipe le contesta en el mismo tono; crúzanse las más estupendas bravatas y fanfarronerías, que al fin rueda el pandero entre portugueses y andaluces, á cuya raza, como es natural, pertenecería Amiljacob; los aceros también se cruzan y hácese el primer paso de moro-moro, con gran contentamiento público. La acotación dice así: "*Pelean dos ó tres vueltas y huyen* (se meten) *dentro.*" Así acaba el acto 1.º de la primera parte, con unos 750 versos, para empezar el acto 2.º en el mismo sitio y de la misma manera, peleando Gutiérrez con el moro Alipe el guitarrista, cuyas gracias se reducen á motejar á su adversario de andrajoso, trompo, gusano y renacuajo, mientras el portugués se contenta con decirle que "hasta las telas del corazon va á hacerle tri-zas," frase ciertamente harto feliz en fanfarronería. Lo cual no impide que el moro le mate, como á renglón seguido Vegara muere á manos de Aventarip, con quien sale á su vez peleando, y trazas lleva este moro de acabar con todos los portugueses si salieran uno á uno; pero le salen juntos Gutiérrez (la víctima de Alipe, resucitada por el autor sin esperar al tercero día) y González, y ya la cosa varía de aspecto, que cruzando las tres espadas se meten entre bastidores para hacer lugar á Nicanor, que aparece peleando con Amiljacob, y no ya á compás de las bravatas consabidas, sino de buenos

y sanos consejos con que le induce á reservar su valor para ocasión más próspera, pues aquélla está ya perdida, lo que ciertamente dudarán los espectadores, que sólo han visto caer portugueses en la descomunal batalla.

Nunca acabaría esta escena, pues Amiljacob no se da por convencido y aun con la charla del Príncipe se embriega, si no salieran algunos de los suyos llevando herido á Aventarip, espectáculo que le hace más mella que las reales filosofías lusitanas.

Reniega entonces de su Profeta, aunque sin venir á cuento, pues el pobre de Mahoma ni aun por invocación ha tomado cartas en el negocio, y pide al Príncipe armisticio, que es peregrina ocurrencia en moro tan bravucón, amilanarse por ver un herido en función en que los contrarios tenían dos muertos á la vista (aunque uno resucitara). Nicanor le concede el armisticio, pero á condición de que si en lo futuro quiere continuar la guerra, sea sólo con Portugal, rasgo de abnegación que paga Armina viniendo á recordarle que, hecha la paz, es llegada la hora del casamiento. Un minuto después en *sala de cristianos*, que vale como decir en el palacio del Rey, Inés lamenta su perdido amor, pues ya se oyen vivas á los casados, aunque no se sabe cuándo ni cómo lo han sido, y cata aquí que el Príncipe viene á consolarla con sus ropitas de boda, desmayándose ella de primeras, como era de esperar; que más aún haría nuestra linda lectora si oyese protestas de amor en boca de un pazguato que confiesa haberse casado por cumplir las órdenes de su papá. (El cual nos había dicho lo contrario en la primera escena, á saber: que su niño andaba perdido de amores por Teodosia, que luego resultó ser Armina). Reconvenido por la del cuello de garza, que ya el lector habrá adivinado ser Inés de Castro, se sube Nicanor tan de punto, que se arranca el puñal que lleva al cinto, y..... pero mejor lo dirá la acotación: (*Acción de herir su pecho* (propio). *Se suspende.*)

"Inés.—Espera. Nicanor. ¡Ay Inés!

„*Nic.*—Dejad que yo pague vuestros sufrimientos.

.....

„*Nic.*—Vos sois mi cielo, de quien siempre espero.

„*Inés.*—Abraza, Príncipe, á esta infeliz dama.

(*Se abrazan y sale al mismo tiempo*)

„*Armina.*—¡Cielos! ¡Que observo la traición de mi esposo! ¡Dios fuerte, usad conmigo de misericordia! „(*Se queda inmóvil.*)„

El lance no es para menos. Inés desaparece no se sabe cómo, y ya los recién casados á solas, el Príncipe, viendo á Armina espiritada, exclama filosóficamente: —“Vale más que yo la consuele.” Y dice y hace tales majaderías, que ella no encuentra salida mejor que un desmayo. Échase á acostar el Príncipe, y de camino jura acompañarla hasta la muerte..... *usque ad aras*, diría un latinizante.

De la *sala de cristiano al campamento de los moros* no hay más que un paso, como ya hemos visto, y el autor nos lo hace dar ahora poniéndonos delante del mismísimo Amiljacob, que para entretener sus ocios de guerrero desea volver á verse con aquella “coqueta Pátima, „hija del Mostapá emir de Granada, de donde soy califa,„ y como su escudero se le burle, proyecta viajar á Italia, “núcleo de muchas naciones de Europa,„ á lo cual también le replica Alipe que para entretenerse no hay como la mujer, por más que siendo carne fácilmente se corrompa (filosofía por cierto muy oportuna y nada morisca). Á este propósito le cuenta que en Navarra hay una princesa de doce años que hace á los muertos revivir. Su pintura dará idea de las gracias del gracioso: “Tiene cara de media luna, ojos agudos y pelleja acharolada.” Ahora va á sucederle al lector cristiano lo mismo que al príncipe moro.

„*Alipe.*—Se llama Anabolena.

„*Amiljacob.*—Me espantas, Alipe.„

Cuatro versos más adelante resulta que se llama Blanca, lo cual acaso nos descubre que para los poetas tagalos tienen las princesas, como los caballeros an-

dantes, un nombre de paz y otro de guerra; pero no se negará que es ingenioso llamar Ana Bolena á una princesa navarra del siglo XIV. Excusado parece añadir que el califa la acota al punto para sultana, y elige por embajador al mismo que le apuntó la especie, á quien da incontinenti una carta para el rey D. Ramiro, pidiéndole su hija.—830 versos se cuentan hasta aquí, salvo error.

El de Portugal abre el ACTO TERCERO quejándose de su mala estrella en el *jardín del palacio*, porque Armina se muere por la posta, y él es un suegro ejemplar, que está afligidísimo con este percance. También su hijo viene á decirle que no hay que hacer “más que sentir y llorar.” Y en efecto, como las cosas van tan de prisa, dos palaciegos á renglón seguido traen el siguiente recado:

“Gonz.—Mi rey y señor: ya está enlutado todo el palacio, las salas, el estrado y el trono.

“Alfonso.—¿Ya está muerta Armina?

“Guzmán.—No señor; pero sus ojos indican que pronto lo estará.”

Quédase Nicanor solo, reflexionando que él es la causa de la temprana muerte de su pobrecita mujer, y hétela que se aparece “Inés con un paso triste cruzando las manos sin decir palabra alguna,” y él “cabizbajo,” “cruzadas también las manos y afligido,” no puede menos de exclamar:

—“¡Oh! estrella mía, no turbes (ocultes?) ese rostro halagüeño. ¿Ignoras, dama hermosa, que he sido fiel á tu amor?”

Con monosílabos y lamentaciones le contesta únicamente la del cuello de garza; pero al fin logra arrancarle el Príncipe algunas palabras como de pesar y remordimiento por el estado de Armina, con ciertos vislumbres y propósitos de huir de él para que viva la otra, y entonces, al saber tal resolución, ¿qué hace el Príncipe? se desmaya, confirmando otra de nuestras sospechas de que no calan bien los poetas tagalos el quid y el misterio de eso que llamamos soponcio por acá, y lo aplican

sin ton ni son, quier á hombres, quier á mujeres, como aplican las frases hechas y las palabras rimbombantes que leen en los periódicos.

Á pesar de los pesares, Inés insiste en retirarse á la aldea, porque se lo ha ofrecido á la enferma, y con muchos abrazos y protestas de fidelidad se separan los dos amantes, diciendo el Príncipe en breve monólogo: "Ya „que os fuisteis, Inés, alegría y consuelo mío, iré á ver „á mi delirante esposa., Discurso que recuerda por lo lógico aquel de *Trapisondas por bondad*: "Pues la vecina del piso tercero tiene unos pies tan bonitos, me veo en la precisión de hacerme camisas.,

De aquí pasamos á una *celda con catre bien adornado*, en donde se halla Armina *como enferma*, y al primer golpe vemos al Príncipe arrodillarse á sus pies mientras el Rey discute con los palaciegos si se morirá su *yerna*. Guzmán se lo afirma redondamente, atestiguando con los médicos "y otros que *tomaron el pulso*., Nicanor, siempre filósofo y oportuno, aprovecha esta ocasión para ponderar el amor que á su esposa tiene y el remordimiento que le reconcome. „¿Todavía (murmura) „tienes la osadía de presentarte ante tu esposa que hoy „se muere? Tu presencia es lo que más le mortifica, traider..... Y encarándose con ella, por lo visto, le da este postrer gustazo: "Me muero con vos oh querida esposa., Armina al oírlo le pide el consabido apretón, y otro y otro..... y luego le encarga *por herencia* que se case con Inés, que repare su honra, que no le pague en la misma moneda que á ella..... Y en esto, un "¡ay! ¡ay!., y un "apóyame., en lugar de "sostenme., nos anuncian que el Príncipe está abrazado con un cadáver.

Nada más natural que pasarnos ahora á un *palacio morisco*, donde Amiljacob y Aventarip aparecen departiendo de amores y á vueltas con Pátima, "mujer sucia y de mal genio „ Ya el califa no la recuerda, porque es todo entero de la princesa de Navarra. Ligereza fué enviar á Alipe de embajador, que es un simplón, según dice Aventarip, que echará á perder el negocio; pero á

fe á fe que enviándole también á él la cosa tiene remedio, que donde no alcanza un tiro se tiran dos, y en paz. Así como así, espera el califa que Ramiro de Navarra "no le deje feo."

Jardín. Inés, dando de mamar á dos niños (¡á escape y al vuelo! como Zorrilla dice), se queja de su pobreza y les anuncia que son hijos de un príncipe, nietos de un rey, como igualmente anuncia á los mamones, que siguen chupando al parecer y silenciosos, que su padre no vendrá por el luto de palacio; lo que prueba que no sabe la muy tonta con quién trata, pues aparece el Príncipe en aquel mismo instante, y lo que es más singular aún, se espanta del espectáculo de los gemelos, como si no tuviera en ellos arte ni parte.

"*Nicanor.*—Hermosa dama, ¿dos niños llevas?

"*Inés.*—Un gemelo de tu amor..... Peñafior y Dios...," (Otra vez emplea una bella frase: "hijos de mis suspiros".)

Besuquea Nicanor á uno y otro, aconseja á la madre que se suban á las habitaciones, porque "hace frío y el "leste es dañoso," y acaba el *tercer acto* y con él la primera parte de *D.^a Inés Cuello de Garza*. Tiene en junto 2.143 versos tagalos, ocho mutaciones de decoración y cuatro pasos de moro-moro ó danzas de espadas, que alguna se puede prolongar hasta lo infinito, si el cuerpo lo pide.

El *acto primero* de la SEGUNDA PARTE, comienza en una *quinta de Portugal*, que Aventarip califica de "Olimpo de "Venus, llamado paraíso del Profeta, jardín de la hermosura, Alhambra con sus pedrerías." El buen moro está de paso para Navarra, aunque es tan topo en geografía que cree hallarse en el mismísimo Pamplona, cuando, en vez del garguero del Pirineo, tiene á la vista la punta de la lengua peninsular. Guzmán, que sale á llevar un recado del Rey al príncipe Nicanor, tropieza con el moro y desconfía de él; riñen una ó dos veces, es decir, bailan lo consabido con las bravatas y fieros de costumbre. Nicanor los separa, saliendo á la escena

porque sí, y al saber que su padre le llama, dice al mensajero que suponga no haberle encontrado. Como si la quinta fuera turca, pasamos á una *sala cristiana*, donde el Rey se queja de tristeza, para la cual González le aconseja como el mejor remedio casar á Nicanor. Consultado el punto en el acto con el propio González, suelta éste la candidatura de la princesa de Navarra. "Siento aliviarme," exclama el Rey, y enseguida ordena que se vaya á pedir la novia, mientras los palaciegos desafortadamente gritan: "Alégrese el reino."

Palacio de Navarra. Alipe entre mil simplezas presenta su carta de petitorio al rey Ramiro. Blanca misma le contesta que "todavía es razonable," ó dicho en castellano, "que todavía no ha perdido la razón; y que una „princesa cristiana no puede casarse con un moro."

Antesala de Inés. La travesura de sus gemelos, que se han ido..... ¡de caza! tiene inquieta á la excamarrera de la difunta Armina. Por lo visto han pasado largamente dos lustros, á lo menos para aquellas criaturas precoces.

El padre se los trae armados de flechas y convertidos en igorotes. Peñaflor tranquiliza á su mamá diciéndole que si ella no fuera *fusilánime* los acompañaría al monte á verle matar leones. Dionis, por su parte, si no temiera acongojarla, ya habría estado en varias guerras. El Príncipe corta esta interesante conversación, llevándoselos á todos á comer. ¿Qué final más dramático para el acto primero de la segunda parte?

El SEGUNDO lo inauguran en el *Jardín de Navarra* dos moros, que cualquiera diría que eran los embajadores del antojadizo califa granadino, que se habían encontrado en su caminata; pero no, señor, es uno de ellos el mismísimo Amiljacob, que impaciente por hablar con Blanca ha liado su petate, se ha venido á Navarra y la espera en el jardín. Sale ella contándonos que ha llegado también un mensajero de Portugal á pedir su mano para Nicanor; y como la ocasión la pintan calva, el califa la aprovecha para exponerle su atrevido pensamien-

to. Laméntase la Princesa de que haya llegado tarde, olvidándose de la diplomática y religiosa negativa que había dado al embajador, pues su padre la tiene ofrecida ya al príncipe de Portugal, de quien es, por consiguiente, su corazón. ¡Qué rabia y qué despecho el del Abencerraje! Sólo en flamenco puede explicarse lo que en crudo viene á decir á la desdenosa: que el príncipe lusitano tiene un belén en su tierra, y que la esperan allá las de Caín.

Entonces ella conoce que le conviene disimular, sin decir por qué, y síguese una escena tan desatinada que no ya entre niños, ni entre locos sin acompañamiento de patatas pasaría. Después de cambiar mil ternezas y zalamerías, hace Blanca la procesión del niño perdido, y mientras el moro la llama á voces por el jardín, vienen el Rey y Pepillo á notificarle que se acaba de embarcar con una escolta de nobles navarros..... á casarse. Enfurécese Amiljacob, que el lance sacaría á un santo de sus casillas, y enmedio de su arrebató pregunta al Rey si ha leído su carta, el cual Rey tiene otra ocurrencia no menos peregrina cuando le dice que "si quiere *„recobrar la cosa vaya á Portugal.*„ Como es lógico, el morazo no se lo deja decir dos veces, y jura exterminar á todo bicho viviente desde Pamplona á Lisboa (aunque no le ocurre descender á tales floreos geográficos, que hay que cargarlos en nuestra cuenta).

Monte. Peñaflor y Dionis andan á caza de "leones, „hienas y osos,„ usando la buena frase de que buscan "fieras ó moros que matar,„ cuando para henchirles el gusto se aparecen Aventaric y Alipe, diciendo éste, entre mil necedades con pretensión de chistes, que Blanca ha salido ya de Navarra para casarse con el príncipe de Portugal, noticia que les da con tal precisión como si acabara de leerla en los periódicos de Manila.

Naturalmente, después de la buena frase de los niños cazadores, y tras algunas palabras chinas que el gracioso enjareta para mayor claridad, una escena de bravatas y un ratito de *moro-moro* de Peñaflor con Alipe y

Dionis con Aventarip vienen como anillo al dedo. Pero Inés llega en busca de sus gemelos, y.....

El cielo se serena
y viste de armonía y luz no usada,
cuando Inés les ordena.....

que la acompañen á casa, porque Nicanor está ausente en la ciudad. Ellos, como niños obedientes, *meten ferro dentro ferro*, que en castellano decimos *envainar*, y toman, sin despedirse de sus contrincantes, el caminito que sigue su mamá.

Amiljacob, cuya presencia ó cuya ausencia no nos consta, se reúne con sus dos embajadores. Hé aquí los términos en que les cuenta lo que le ha pasado:

„*Alipe*.—¿Qué te ocurrió en Navarra? ¿Por qué te „marchaste? (viniste?)

„*Amiljacob*.—Alipe, el malvado del Rey, que es un „tontuelo, me ha dejado feo en el casamiento que le pe- „día de su hija.”

ACTO TERCERO.—Nos espera en una *sala cristiana* la sorpresa de encontrarnos á Pepillo, que se había quedado en Navarra, boca á boca y mano á mano con el rey de Portugal, con Blanca y con González. La Princesa pregunta lo primero dónde está su novio, y se le responde que en una quinta próxima, pero que ya han ido á buscarle.

En efecto, llega Nicanor, y por el traje adivina que aquella princesa es de Navarra, quedándose estupefacto cuando le dice su padre que es una esposa que le ha buscado. Asáltale al punto el recuerdo de Inés, pero disimula y galantea á aquella otra que le traen sin pedirla, siendo tan bien acogido, que á la primera salutación (y singular por cierto, pues le dice: “Con vuestro permiso, señora), ella le responde nada menos que lo siguiente:

„*Blanca*.—¿Dónde estoy? En un paraíso de amor que „la suerte me depara.”

La niña, como se ve, no es corta de genio, y lo con-

firma acto continuo dirigiéndose á D. Alfonso con esta preguntilla:

—“Mi rey y señor, ¿cuándo será la boda?”

Entonces sabe con satisfacción por boca de su futuro suegro que no se retrasará más tiempo que el necesario para “engalanar las calles, poner colgaduras en los „balcones y hacer trajes nuevos á los héroes y damas „de Portugal.” Con esto hace ella *mutis* al parecer.

Una vez solos el padre y el hijo, decídese éste á declarar que aquel casamiento no puede verificarse, porque ama y es amado de Inés, “la hija del marqués de „Castilla.” D. Alfonso le reconviene porque “le deja „avergonzado y Navarra le deshonrará.” Ni el Príncipe aprieta ni el Rey afloja, siendo su última soberana resolución que “no le desaire,” que esté “cariñoso con la „Princesa,” la cual acude, en efecto, á poner á prueba la obediencia filial, felicitándose de “una boda que la „hace envidiable á todas las mujeres.” Al fin cae en la cuenta de que anda su futuro cabizcaído y hablando sólo; cree que es por cortedad; hácele unos cuantos remilgos y monadas; pero no da fuego la mina, y entonces se come la partida, si se nos permite volver á lo flamenco. Lucha dramática de afectos generosos.

Conociendo que ha hecho una plancha mayúscula, y que se queda compuesta y sin novio, ella está pronta á volverse á Navarra, mientras él le da su puñal para que castigue con su muerte el desaire que le hace, porque embarga su sentimiento otra dama, la marquesa de Castilla con sus dos hijitos, que los tiene en el campo. Nicanor llega hasta pedirle de rodillas la muerte, escena por demás patética, que haría llorar á los indios si lo tuvieran por costumbre cuando viene al caso. Blanca va á herirle y se arrepiente exclamando: “¡Ah mujer im- „bécil! Matar á tu amante. Mejor es que sea mío. Im- „prime, Nicanor, tu mano en mi pecho.” Y como el portugués se resista á meterse á impresor, diciéndole:

—“Apíadate de Inés,”—ella replica:—“Y de Blanca „desairada, ¿no te compadeces? Vil, morirás.”

Pero vuelve á contener su arremangado brazo porque le ocurre la feliz idea de que es mejor suicidarse, y entonces es él quien á su vez detiene el puñal que la navarra asesta contra su propio pecho. Blanca se desmaya porque ya no tenía otra cosa que hacer, y sale Amiljacob, á quien ambos preguntan por qué se ha metido donde nadie le llama. Con la mayor *sans façon* responde el moro intruso que viene á confirmarse en la noticia de la boda de aquella coqueta, á quien recuerda sus juramentos del jardín de Navarra. ¡Tú que tal dijiste! Aquello fué un ardid, una añagaza femenina. Entonces él quiere matarla para que sobrevenga el desafío correspondiente con Nicanor, y por cierto que lo emplazan "para las afueras."

En el monte. Júntanse los dos rivales, y de buenas á primeras Nicanor abre su pecho al moro.

—“Si yo hubiera obedecido á mi padre, á la hora de „ésta ya estaría casado; pero quiero quedarme con mi „amada Inés y mis dos hijos.”—Filosofía de esta situación dramática discretamente insinuada por el lusitano príncipe: que Amiljacob corteje á la Princesa y le saque del compromiso, consejo con que se va tan contento y presuroso el califa, como nosotros nos vamos á *la quinta de Inés*, á quien Nicanor está refiriendo lo que pasa, delante de los niños cazadores.

No menos filósofa la del cuello de garza toma el negocio tan por lo diplomático, que no cree que pueda el Príncipe, “desobedecer á su padre y desairar á una princesa que ha venido de Navarra á casarse exclusivamente.” Los niños, por su parte, la consuelan echando bravatas, y cae el telón porque el jefe de la familia ordena que se vayan todos á descansar.

Tiene esta SEGUNDA PARTE unos 1.950 versos (490 + 740 + 680), con once mutaciones, tres moros-moros, y un conato.....

TERCERA PARTE.—ACTO PRIMERO.—*En la calle.* El Rey ha metido á su hijo en un castillo y á Inés en la cárcel, por intrigas de la princesa de Navarra. Esto lo cuen-

tan González y Guzmán, que pasan á sus quehaceres por allí.

En palacio. Amiljacob se permite criticar al Rey en sus barbas, porque obliga á su hijo á casarse con la Princesa. Alfonso le manda callar, ó como quien dice á paseo, y á su Consejo que delibere sobre el caso, todo sin perjuicio de llevarse al califa á descansar, pues lo tiene por lo visto de huésped, ni más ni menos que si hubieran hecho una larga jornada.

El objeto del autor es que González se quede solo haciendo castillos en el aire y discurriendo que podrá él muy bien, si anda listo, reemplazar al Príncipe en el amor de Blanca, y por consiguiente, calzarse con el tiempo el trono de Navarra. Cata que la mismísima Princesa llega en seguida á preguntar á González si está ya preso Nicanor y si no se ablanda, ocasión que, como es natural, aprovecha el intrigante convertido en pretendiente, para decirle de buenas á primeras:—“¿Á „qué insistir, señora, en llamar esposo al que no os ama? „Estoy yo aquí que muero por vos. En Nicanor hallasteis „ultraje, en mí hallareis cariño.” Blanca le da unas calabazas redondas, llamándole traidor é insolente, y pasamos á la *Sala de Audiencia*, donde el mismo González está presidiendo el Consejo, que lo forman Amiljacob, Aventarip, Guzmán y Pepillo (sordo sea el sentido común). El presidente da vueltas en su imaginación á sus ambiciosas ideas, y resuelve para su capote “que lo mejor es que „muera el Rey, el príncipe heredero y *todos los demás.*” Hé aquí cómo plantea la cuestión que al Consejo somete: “.....el Príncipe, habiendo desobedecido á su padre, „la guerra es factible entre los dos reinos (Navarra y „Portugal), y por consiguiente no es justo que viva para „evitar esa catástrofe.” El primero que vota es Pepillo, y lo hace de acuerdo con la presidencia; síguele Guzmán, y sólo Amiljacob y Aventarip votan en contra con muy buenos argumentos mezclados con la insolencia de llamar bribones á sus tres colegas cristianos, que no por ser verdades como puños dejan de poner en ellos las es-

padas, acabando el Consejo como el rosario de la Aurora, en cuyo momento sale el Rey á impedir una carnicería, y aun no bien enterado S. M. de lo que pasa, óyese dentro un gran tumulto y voces de "rompieron las rejas „y dieron soltura á la dama.„ Son los bastardos de la dinastía que han puesto en libertad á su madre, matando á toda la guardia. Amiljacob entonces aconseja al Rey que case á su hijo con la del cuello de garza, á lo que se niega Alfonso tenazmente por no "amontonar dolor sobre dolor.„

En la plaza. Inés, acompañada por sus dos hijos con las espadas desnudas: hacen una escena de grande efecto, pues si ella no los contuviese no respetarían á nadie, ni aun al mismo Rey. Gran sorpresa de los mellizos cuando Inés les dice que respeten á su abuelo. — "¡Es nuestro abuelo!„ — "Somos sus nietos„ — "Dichoso él, „pues no pensábamos dejar con vida á nadie.„ ¡Pobre Portugal! En esto sale el Rey con toda la consejería de moros y cristianos que en la escena anterior vimos. Inés ordena á sus hijos que le pidan perdón para ellos y sus padres; Alfonso se enternece, los perdona, manda poner en libertad á Nicanor y se lleva á palacio al califa y á su acompañamiento para que acabe el acto dando vivas los cazadores á su papá, á su mamá..... y á la "tranquilidad.„ El pobre abuelo, que más que nadie los merecía por esta vez, se queda sin un mal viva.

ACTO SEGUNDO.—En una *sala* el famoso González, que no se da por vencido con el desaire de la Princesa, consulta con Guzmán y Pepillo lo que debe hacerse. Éste, como diputado ó embajador, llamémosle representante de Navarra, y que más de una vez ha invocado ya en el Consejo los fueros de tal, es el primero que lanza la especie de matar á D.^a Inés.— "¿Y sus hijos?„ exclama Guzmán, que les tiene un miedo atroz.— "No nos faltarán ideas,„ responde González. D. Alfonso y Blanca llegan á complicar la cuestión, pues la Princesa pide justicia y el Rey consejo á sus áulicos, que le dan incontinenti el de matar á Inés. Alfonso se conforma aun-

que no sin hacer esta prudente observación:—“Por mis „dos nietos quedamos en conflicto.” Blanca á solas se felicita de que se acerque el desenlace y con él su desagravio, saliendo Alipe el gracioso á galantearla con símiles como el de “chicharrón que hace buen gusto con „camaroncitos en salmuera,” y “pastelillo de arroz aman- „tecado en hoja de plátano envuelta.” Ella le llama insolente, y comprendiendo sin duda que tales atrevimientos provocan las princesas que se andan á picos pardos por los palacios extranjeros sin un mal rodrigón ni una dueña Quintañona, filosóficamente dice, “lo mejor es de- „jarle,” por lo cual se felicita Alipe de su retórica que, en efecto, ha conseguido un triunfo como los de Vasco Figueira, que donde quiera que iba le molían á palos.

Y pasamos..... ¿á dónde bueno? Á una *Sala con adornos* donde está dormida Inés, “sin perjuicio de levantarse al subir el telón,” llamando á Nicanor como entre sueños. Sueña que la matan. Acude el Príncipe, y sus hijos, con las espadas desnudas, prometiendo no respetar “ni la serpiente, ni la víbora, ni el basilisco mismo,” según oportuno arranque del valeroso Dionis. Ella les explica su sueño, que se reduce á que ha visto á Blanca acompañada del verdugo, y á que “seguir amando á Ni- „canor es una..... torpeza que acortará su desgraciada „vida. No es posible ni justo (añade con peregrina lógica) que vuestro padre deje desairada á Blanca.” Nicanor la tranquiliza como Dios le da á entender, y sus hijos á par con bravatas de este calibre:

“*Peñaflor*.—Madre mía, ya no me es posible sufrir. „Juro por vuestras lágrimas enseñar (*sic*) la muerte á „todas esas canallas.

„*Dionis*.—Héme aquí. Sabré cobrar la deuda de esa „princesa vil. Mujer atrevida, espera á Dionis que te „conducirá para siempre á la tumba.”

Estamos en el *Monte*, y el Rey de caza, pues nada más natural que irse los reyes de cacería cuando la política se empeña en cazarlos á ellos. En efecto, González ha tramado para deshacerse de D. Alfonso, despearle “por

una cuesta,, y traer allí á los niños de Inés á pretexto de que los llama su abuelo, para hacerles análoga caricia. La primera parte del plan diabólico se realiza al pie de la letra, pues S. M. lusitana, á quien “se le flaquean las piernas y se le tiemblan las rodillas,, al subir, merced á un ligero empujón, cae despeñada; pero los chicos, según parece, recibieron ó entendieron mal el recado del Rey, y en vez de ir á reunírsele en el monte, se fueron al *reino* (que yo creo mal traducido por palacio real), según dice Inés, en un breve soliloquio que está murmurando en su *Sala* en el momento que se le aparecen Pepillo, soldados y el verdugo con sentencia que le notifican incontinenti..... La cual dice así:

“SENTENCIA.—Reunidos en consejo los jueces de esta Audiencia, acordaron que la dama Inés, obstáculo al casamiento que intentan celebrar con el Príncipe y la Princesa de Navarra, según contrato hecho entre las dos coronas, muera decapitada.

„En fe de esta sentencia va sellada con el sello real y firmada por el Rey en esta ciudad de Portugal, cuyo cumplimiento se ordena inmediatamente.”

Velis, nolis, y aunque no “rehusa Inés á la orden del Rey,, sin dejarla “llorar ante esta desgracia,, ni apenas consagrar un recuerdo al Príncipe, que supone “al lado de su Blanca,, ocurre un oportuno soponcio y lo siguiente:

“*Pepillo*.—Verdugo, suelta la cuchilla durante su desmayo.

„*Verdugo*.—Enhorabuena. (*Le cuerta la cabeza. (sic)*, „*En la calle*, y sin duda enfrente del palacio, Peñaflor y Dionis ven el cadáver de su abuelo, y conociendo que la visita es ya excusada, se vuelven á casa á contárselo á su madre.

ACTO TERCERO.—El principio no puede ser más pavoroso, que se deja por zaga aquello de Bretón:

Acto primero. El teatro
representa un cementerio.

En una *sala*, sobre una mesa, aparece la cabeza de Inés, y llegan sus dos hijos á quedarse espantados, como es natural, y á jurar venganza, lo que es naturalísimo. Empiezan, pues, cogiendo la cabeza, y llevándosela á su padre, á quien hallan en palacio con González, Presidente ya del reino. La singularidad de estas situaciones es peregrina. Después de despedir á D.^a Blanca, que regresa á Navarra, en vez de recoger el fruto de la muerte de su rival, el Presidente anuncia la de su padre á Nicanor, que se llena de remordimientos, juzgándose culpable de aquella desgracia por haberse resistido á la boda.

La aparición de los dos bastardos ocurre del siguiente modo, que al público tagalo causa entusiasmo indecible: "Salen Peñafior con una bandeja en la mano, donde „se halla la cabeza de su madre, y le sigue en pos Dionis con espada desembaynada," (*sic*).

„Peñaf.—Padre nuestro, venimos á vuestra presencia..... (*De rodillas.*)

„Nican.—Levantad, hijos míos. ¿Cuya es esa cabeza? „(*Se levantan.*)

„Dionis.—¿No veis, no la conocéis? Es nuestra madre. „Os la traemos querellando contra el Consejo todo; queremos que hoy mismo mueran los infames. (*Se arranca*)..... ¿Qué decis? ¿Podeis resucitarla? mas sino moris, „reis todos, todos esos traidores y esto en el momento..”

Nicanor increpa á los consejeros, Guzmán acusa á González, y en el acto una estocada del nuevo rey parte á éste el corazón. Pero “esta infamia no quedará en silencio,” añade, y envía á Dionis á Navarra á pedir las cabezas de Blanca y Pepillo, á Guzmán á alistar los soldados para la guerra, y á Peñafior..... á encargar el entierro de su madre. (¿Á la *Funeraria*?) ¿Creerá el lector que ya no es posible imaginar cosas más estupendas? Pronto desengaño le espera, al ver que acuden al mismo sitio, ya desocupado, los tres moros, que andan sin duda por palacio como gallinas por corral ajeno, y acu-

den no más que á espantarse de ver la cabeza, y para que Aventarip se enamore de ella, ó á lo menos así lleque á creerlo el gracioso, que dice estos oportunos chistes:

“*Alípe*.—Já, já, ¡qué bueno de Aventarip! Te quedaste „ciego de amor. ¿Conque quieres una cabeza sin manos „ni pie, ni tripa?”

Sala real con sillas. Cuando el rey de Navarra está enterándose por su hija de que la ha “puesto feo,” el príncipe de Portugal, y cuando la tal princesita pretende todavía “enviarle una guerra para que quede le-
„vantada su honra,” en que ella será general y el Rey capitán, aparece Dionis, apellidando á los Consejeros de Navarra para “que atiendan su querella,” y llamándose á sí mismo “embajada de aquella furia.” Pide, pues, á la Princesa para darle muerte, “porque quien quita „vida con vida debe pagar.” En vano intenta el Rey llevar la cuestión al terreno del derecho, haciéndole entender que la ofendida es Navarra; porque el chico sólo entiende de venganza y guerra, máxime cuando se le va con amenazas y se le dice que el único medio de evitarlas es el traído y llevado casamiento de su ya viudo papá.

Campo de guerra. Los moros han visto la suya y sacan sus tropas al mismo campo donde van á lidiar navarros y portugueses. Los segundos que llegan son los navarros, capitaneados por Blanca, á quien acompañan como ayudantes el Rey y Pepillo, cosa que no habíamos querido creer cuando en la escena anterior ella lo anunció. Amiljacob concibe en el acto una excelente idea para vencer el desdén de la linda navarra, que es amenazarla con unir su ejército al de los portugueses; pero Blanca acepta el envite, y aunque el príncipe moro siente á deshora cierta repugnancia de ganarse una novia por modo tan ruin, en esto quedan al parecer cuando llegan los portugueses, y se arma un tiroteo..... de palabras, entre unos y otros, que ni el diablo le encuentra el sentido. Lo poco que se entiende es bien extravagante.

te, por no decir otra cosa. Á las tiernas reconvenciones de Blanca responde Nicanor echando á los hijos de Inés la culpa de la guerra, y cuando al fin empiezan porque sí los cintarazos, levantando cada jefe su bandera, el príncipe portugués se queda rezagado y sólo, para hacerse estas curiosas reflexiones (que corregimos un poco para que el lector no se quede á su vez hecho un babieca):

“*Nicanor*.—Verdad es que es un derecho exigir vida „por vida; pero ¿qué debo hacer? Inés ya está muerta. „¿No debo mirar también por estas vidas? (las de sus „soldados?) Además, mi padre y ella murieron por una „cuestión de honra. ¿He de morir yo también por la „misma cuestión? En este caso y una vez trabada la batalla, justo es que yo busque á mi Blanca querida y la „salve, si es posible.”

Y se va en efecto, y viene su hijo Dionis peleando con Pepillo y unos soldados, á todos los cuales mata en un abrir y cerrar de ojos, y luego sale Peñaflor peleando con el rey de Navarra, á quien mata á su vez, y más tarde Aventarip y Guzmán, que se matan mutuamente, y por último, Dionis con Blanca, á quien quisiera el bastardo respetar como á hembra, pero por ser la causa de su dolor, la acomete, la hiere y allí la remataría si su hermano gemelo no saliera á decirle: “Es una mujer y ya está „mal herida, ¿qué se saca de ella?,” Generosidad que al fin consiente Dionis, no sin lanzarle al marcharse, como flecha de partho, el insulto de “mujer canalla.” Aventarip se la encuentra “yacida,” (tumbada), y creyéndola muerta, se suicida en el acto, como consecuencia de esta reflexión que se hace: “En la guerra vencido, en amor „desgraciado, ¿qué haré? Morir, sí, al lado de mi dulce „Blanca.” ¡Pobre moro andante!

Porque no sospecha el muy gacznápiro que aquélla es la última tostada que le juega su dulce Blanca, la cual no está muerta, y se incorpora llamando á Nicanor, que acude amoroso diciéndole que la ha buscado por todo el campo, y..... La situación viene pintiparada para que

los amantes digan á dúo, como en aquel sainete de don Ramón de la Cruz:

Nosotros, ¿nos morimos ó qué hacemos?

Y efectivamente, el Príncipe coge á la *yacida* y..... "Recuesta en mis brazos.....", exclama, y caen juntos, y con ellos el telón tras un chiste necio del moro Alipe, en que se habla de mosquitos, que yo creo mala traducción por gusanos, pues tiene la parrafada cierto sabor de filosofía lúgubre á la india sobre la guerra y la muerte, muy al propósito de aquel cuadro, que á las veinticuatro horas será una gusanera.

Los tres actos de esta tercera parte suman 13 mutaciones y 1.230 versos, en esta forma: 1.º, 205; 2.º, 260, y 3.º, 765. Los moros-moros no se pueden contar: que el lector lo haga si se atreve.



VIII

¿Es susceptible la raza tagala de alta cultura intelectual?—La imitación, génesis eterno del arte.—Cómo la realizaron las tribus americanas.—Circunstancias más favorables para el teatro en Filipinas.—Elementos propios que al drama de *Doña Inés* ha llevado el genio tagalo.—Los moros.—Peñaflor y Dionís.—Omisión de todo lo bueno que hay en las fuentes españolas.—El público filipino pintado en la novela *Noli me tangere*.—Conclusión.



ERMITE la sencilla exposición que hemos hecho del drama tagalo y sus fuentes españolas formar juicio sobre dos puntos interesantes: primero, condiciones literarias de la obra y del público á que se destina; segundo, aptitud de la raza á que el autor pertenece para asimilarse y hacer suyos los ideales artísticos de otras razas, y por medio de la imitación y el cultivo de las facultades propias, llegar á crearse un ideal, un estilo, un arte, en fin, propio también y con caracteres definidos, y por decirlo así, personales.

Parece seguro que notablemente descuella en el teatro filipino *Doña Inés Cuello de Garza*; luego al público tagalo, en materia de arte dramático, le basta con lo que Honorato de Vera le da; luego éste, acertando á ganarse su estimación y su aplauso, realiza su ideal

artístico y presta voz y forma al espíritu de aquel pueblo, reproduciendo como espejo fidelísimo su manera de ser y de sentir. ¿Habríamos de poner á estas hipótesis la advertencia y el epílogo de *por ahora*? ¿Puede y debe esperarse racionalmente mayor desarrollo, vuelo más alto, progreso y perfeccionamiento, en una palabra, cuando otras aspiraciones y necesidades intelectuales modifiquen á esa raza y la hagan entrar en el concierto de los pueblos cultos? ¿Es admisible la posibilidad de semejante evolución, posibilidad que en buena filosofía sólo puede negarse, dando valor positivo á leyes de la Naturaleza, que probablemente serán siempre un misterio para el hombre?

Hé aquí el problema que en Filipinas se pone delante del observador como un abismo sin fondo en todos los órdenes de la vida moral, problema que es en puridad el mismo que planteaba ya Legaspi entre renglones, en su carta á Gonzalo Pereira, de que hablamos al principio.

El análisis de los elementos que el ingenio tagalo haya traído al acervo común de la literatura, al apropiarse y amoldar á su gusto la poética leyenda de doña Inés de Castro, ha de ofrecernos alguna base más ó menos sólida para este verdadero cálculo de probabilidades, así como de los juegos é inclinaciones del niño es hasta cierto punto posible inferir aproximadamente la vocación y la aptitud que tendrá el hombre.

Todas las artes han comenzado por la imitación en los pueblos primitivos y por utilizar los secretos ya robados á la naturaleza por los más cultos que marchaban delante. La dramática, arte complejo, multiforme y social y popular por excelencia, no podía ser excepción de la regla, antes la confirma y aquilata. Sin contar Grecia y Roma, por cuyos modelos fueron los demás teatros elevándose hasta la perfección, tenemos en nuestra casa propia un ejemplo muy reciente que nos permite contar los pasos por donde se camina al ideal artístico desde el estado natural. En él encontramos por los

siglos XV y XVI á los pueblos que habitaban las orillas del Atlántico y del Pacífico, y no sólo testigos de mayor excepción, poderosos auxiliares hemos sido de las evoluciones y esfuerzos que les ha costado el nivel intelectual que hoy alcanzan, alto relativamente donde las razas indígenas han desaparecido ó se han mezclado con otras lo bastante para formar una nueva; inferior, donde este hecho etnográfico no se ha verificado bien y predomina y subsiste como lastre en el fondo social el espíritu de los primeros pobladores. El modelo, desde el primer día, lo tuvieron unas y otras delante de los ojos. Los frailes, que acompañaban á conquistadores y descubridores, únicos representantes del elemento civilizador en aquellas empresas, hacían frecuentes tentativas para ir aclimatando el teatro; tentativas, por lo común, de carácter religioso ó palaciano, exactamente como las que hicieron en Filipinas. En América no cayeron las semillas en terreno más abonado, y sin embargo, las hemos visto arraigarse y florecer á compás de las evoluciones de la sangre indígena. Todavía en la segunda mitad del pasado siglo era aplicable á todos los teatros de las colonias españolas lo que dice del de Chile D. Diego Barros Arana:

“Allí no había decoraciones ni aparato escénico. Al-
„gunos mulatos notables por su desplante estaban ves-
„tidos de casacas como los oficiales de la guardia de Go-
„bierno, para representar á los Reyes Magos, á Herodes
„ó Poncio Pilatos. Dos ó tres mujeres, más recomendables
„por su locuacidad que por la cultura de sus maneras, se
„habían cubierto de vistosas sayas para desempeñar el
„papel de Santa Ana, la Virgen María ó Santa Isabel.
„Cada uno de los actores recibía seis ú ocho pesos men-
„suales por toda remuneración, lo que basta para conje-
„turar cuál sería su mérito artístico,” (1).

(1) Citado por D. Miguel Luis Amunátegui en su obra *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*. Sin duda porque los frailes conocían esos inamarrachos, no los consintieron en Filipinas.

Es decir, que la raza mezclada todavía predominante en Chile se hallaba en los albores del arte dramático, parodiando, más bien que imitando, las primeras representaciones litúrgicas de los españoles, hasta que ha venido la raza nueva á elevarlas á la altura bastante considerable en que hoy las vemos, ya con carácter local y propio, aunque no sea enteramente distinto del que le sirvió de modelo. Análogo progreso ha seguido el teatro en las demás naciones americanas (1).

Marchar pudo la imitación en Filipinas por sendas más desembarazadas aún, porque allí el clero no ha sido tan intolerante como en América, ni se han visto luchas por el teatro entre el poder religioso y el civil, ni obispos como el de Santiago, D. Manuel de Alday y Aspee, que en los últimos años del siglo XVIII se opuso á su establecimiento con carácter permanente. Todo lo contrario

(1) Por no alargar excesivamente el relato ni embarazarlo con citas, recordaremos únicamente aquí á México y el Paraguay, llamando la atención del lector hacia las obras de fray Alonso Ponce y D. Félix de Azara, que tocan, aunque ligerísimamente, este punto. El primero, en la *Relación de las cosas que le sucedieron en las provincias de la Nueva España*, publicada modernamente en la *Colección de documentos inéditos para la historia*, tomos XLVII y XLVIII (Madrid, 1872, dos tomos en 4.^o), trae una interesantísima relación *De una fiesta que los indios de Tlaxomulco hicieron el día de los Reyes*, representando una especie de *Auto de la Epifanía*, donde el rústico ingenio de aquel pueblo inculto pone ya de su cosecha elementos propios, aunque pueriles.

Más lacónico el Sr. Azara, en su *Descripción é historia del Paraguay y del Río de la Plata*, obra póstuma que publicó su sobrino D. Agustín en 1847 (dos tomos en 4.^o), dice únicamente: «Les daban (los jesuitas á los indios) muchos días de fiesta, bailes y torneos, vistiendo á los actores y á los del Ayuntamiento de tisú y con otros trajes los más preciosos de Europa, sin permitir que las mujeres fuesen actrices, sino espectadoras.»

En la expresión de *torneo* casi siempre estos antiguos historiadores de Indias incluyen la *comedia*.

En el Perú consta evidentemente quién hizo el primer ensayo, pues dudamos que antes del mes de Enero de 1602 registre ningún otro la historia teatral de aquel país.

En esa fecha suena representada en la ciudad de la Plata (Chuquisaca), según el manuscrito que nosotros poseemos, la *Comedia de la Virgen de Guadalupe y sus milagros*, por fray Diego de Prades, de la orden de San Jerónimo.

ocurre en Filipinas, donde los párrocos han introducido la costumbre de celebrar con funciones teatrales, que costean á veces ellos mismos, toda fiesta religiosa, y por lo visto de ellos deben de proceder también las escasas fuentes literarias que andan en manos de los indios, pues no se negará que la *Nise laureada* y *Nise lastimosa*, aunque sea en la edición moderna del Sr. Ochoa, así como los romances y los libros caballerescos que explota la literatura indígena, son platos harto delicados para haberse cocido en *carajais*. Más aún: puede sospecharse que si no veían los frailes de Filipinas con buenos ojos el drama litúrgico, representado por indios, lo contrario sucedió con el caballeresco ó de capa y espada, toda vez que este género predomina mucho en la literatura que facilitaron á los indígenas. El grande influjo que hasta mediados del siglo anterior gozó allí la Compañía de Jesús es otro argumento de hecho á favor de nuestra tesis: bien se recordará que los dos ensayos más notables que como albores del teatro hemos registrado, por los jesuitas se hicieron en Manila y Pangasinán.

Ningún autor, por rudo que sea, al imitar una obra ajena, máxime si es literaria ó artística, cuyos elementos salen de lo más libre, espontáneo y vigoroso que hay en la naturaleza del hombre, deja de aportar á ella algún rasgo, algún vislumbre ó trasunto de esos elementos que le son propios y personales, ya por el instinto de rebeldía que en todo artista despierta la idea de ser segundo, ya por la comezón y tendencia inconsciente á aventajar á la naturaleza embelleciéndola, que la inspiración hace brotar en la fantasía. Estamos seguros que Honorato de Vera, aunque no se dé cuenta de ello, al oír los aplausos del público tagalo, creará firmemente haber perfeccionado las obras españolas que fueron su modelo.

La novedad mayor que *Doña Inés Cuello de Garza* nos presenta, la que no tiene precedente ni raíz alguna en nuestro antiguo repertorio ni en nuestros romances, y por ende se ha de considerar como esa parte del alma

que pone el artista en toda reproducción de obra ajena, es sin duda la intervención de los moros granadinos en las cuestiones puramente locales y aun familiares que en Portugal y Castilla agitaron á los dos Pedros crueles. Justificada la de Navarra por el romance del siglo pasado, de su conveniencia ó inconveniencia al autor español háy que cargar la culpa toda; pero la intervención de los moros es tagala exclusivamente; es la originalidad de Honorato de Vera. En buen hora no nos metamos en filosofías, ni en si hay ó no propiedad y anacronismos, verosimilitud histórica, ni otras zarandajas. Contémonos con la justificación que la guerra de los moros trae á la carta que el rey de Portugal lee en el primer acto, y al viaje de su hijo á Castilla en alas de su amor y en busca de una novia á quien ni de nombre conocen bien uno ni otro. Lleguemos, pues, hasta la longanimidad, echando á la mejor parte posible esa invención que, si no árabe, es de algarabía. Quizás responda al espíritu de raza; quizás el poeta no pueda concebir al elemento cristiano sin la contraposición y el claroscuro del elemento hereje. Ni hay que olvidar tampoco que la ruda Minerva tagala ha salido de nuestros romances y libros de caballerías en su último período, cuando á los Tirantes y Belianises habían reemplazado los Zegríes y Abencerrajes.

Ello es que esta novedad tan original y estupenda se realiza por medio del califa de Granada Amiljacob (no hubo en España más califato que el de Córdoba), de su consejero, *alter ego*, ayudante ó secretario Aventarip, y del paje, lacayo ó bufón Alipe, que en buen amor y compañía entran y salen por palacios, reinos y tierras enemigas como Pedro por su casa. ¿Es que aportan á la trama caracteres, pasiones ó accidentes indispensables? ¿Es que sin ellos la acción sería manca ó floja, y mirando compasivo á los poetas castellanos, Honorato ha querido enmendarles la plana? Ahí la tiene el lector. Responda por nosotros. Lo mismo que moros andantes podrían ser persas ú hotentotes. Mejor todavía chinos, pues en al-

guna ocasión, hasta su lenguaje recuerda á los *coletudos* de Binondo. La misma escena en que Amiljacob se escandaliza de que sobre el campo de batalla se abracen el portugués y la española, única situación que tiene algún carácter, es un carácter antimoruno. ¡Pudores y remilgos en la guerra los antepasados de Boabdil! Pues ¿qué diremos de aquel enamoramiento súbito del califa, de aquellas embajadas y viajes á Navarra, y finalmente de aquel suicidio amoroso, que ni en los romances antiguos tiene más precedente que el de la Peña de los enamorados? Esto en cuanto á las acciones mayores ó fundamentales, que en cuanto á las episódicas, no hay una que tenga sentido, pues aun aquellas á que puede atribuirse algún fin moral, como las escenas del Consejo, sobre falsas por su inverosimilitud, resultan contraproducentes por su esencia. ¡Consejero un rey moro de un rey cristiano, y defensor hasta con el alfange de la buena causa! ¡Y no sólo consejero el califa, sino también su lurgarteniente Aventarip! Como sátira podría pasar; pero en todo ha pensado el poeta tagalo menos en satirizar las instituciones portuguesas. Esto sí que puede creerse á puño cerrado.

Entre las reminiscencias castellanas, según indicamos al principio, excepto el título de la obra, las menos ingeniosas, las menos dramáticas, las menos interesantes son las que con rarísimo acierto recoge el autor y conserva. Empecemos por los romances. ¿Cuál es el que más le agrada? No por cierto los de D.^a Isabel de Liar, los más bellos y sabrosos, ni los de Gabriel Lobo, los más poéticos y ceñidos á la verdad histórica, sino el anónimo del siglo pasado, el más desabrido, el más disparatado de todos, hasta el punto de amenguar con su comparación los insulsos disparates del drama filipino. ¿De dónde sacaría el mentecato romancero los pegotes y postizos con que afeó la tragedia lastimosa de D.^a Inés? Para subir sus quilates dramáticos y su poético interés, ¿qué falta hacía aquella guerra de Navarra por el desaire de su princesa, aquel cerco de Lisboa, aquel em-

plazamiento del rey Alfonso y toda aquella cáfila de invenciones tan mal imaginadas como torpemente zurcidas? La misma falta que al autor filipino le hacía cambiar los nombres de los príncipes. Sonarán más huecos en tagalo Armina y Nicanor que Constanza y Pedro.

Hay que convenir en que el tino en la elección de modelos tampoco es dote que á Honorato distinga, máxime si tan mala mano como en los romances le viéramos en los dramas. El defecto mayor del de Mexía de la Cerda es la estupenda invención de Juanico, el hijo bastardo de D. Pedro y D.^a Inés, y el amor del heredero legítimo del trono á su madrastra: Honorato de Vera há corregido y aumentado estas invenciones, convirtiéndolos en dos cazadores de hienas y tigres (¡tigres y hienas en Portugal!), aunque bastardos ambos, y unas veces gemelos y otras de once y diez años, contra toda ley de naturaleza. Á la verdad menos disparatado que el poeta español que llamó Juanico al infante de su invención anduvo el tagalo bautizando á los suyos de Peñaflor y Dionis, pues este último nombre llevaba efectivamente uno de los niños de corta edad que D.^a Inés dejara en el mundo. Aquí no puede menos de venirse á la memoria el reparto singular de los personajes por naciones, juntamente con el extraño caso que nos presenta de considerar castellanos á los bastardos de D.^a Inés, que no tienen más sangre nuestra que el vientre de su madre. Quizás el autor lo ha hecho con una mira de patriotismo tan pueril como todas sus cosas, por adjudicarnos aquellos héroes imberbes y dar verosimilitud á sus hazañas. Cuenta Juan Rufo Gutiérrez en sus *Seiscientas apotegmas*, impresas en Toledo en 1596, en 8.^o, que cierto día entraba en una iglesia de aquella ciudad una mujer preñada, que á codazos y empellones se abría paso entre la multitud.—“Háganla calle y plaza, dijo un chusco, „que lleva un león en la barriga.—Sí, á fe, respondió „ella, que es obra de un soldado.” ¿Quién sabe? Quizás el cándido patriotismo de nuestro autor no concebía que

siendo leones los hijos de D.^a Inés fueran otra cosa que castellanos.

Tenemos, pues, que el mayor defecto de la obra española es justamente el que imita y exagera la tagala, que prescinde á la vez completamente de los elementos más dramáticos é interesantes de la acción, de los que forman por sí mismos el tejido y la máquina de un buen drama, por ser, además de históricos y humanos, bellos y poéticos: el entierro, la iluminación del camino, el besarnos del cadáver, la ejecución de los reos, etc., etc., elementos bien propios para interesar á un público, si éste piensa y siente como el resto de la humanidad.

Pues en los matices, en los pequeños detalles, en los rasgos de carácter, en la pintura de costumbres, en la expresión poética, que tan abundosa y galana es en el drama de Mejía, como solemne y grave en los del padre Bermúdez, nada recoge, nada se asimila, que tenga color de verdad ó de época, ó siquiera factura artística. Si el Príncipe viene al campo de batalla á buscar á sus amores, lo hace por *los informes* que tiene, como si se tratara de un negocio oficinesco; cuando de fiestas es hora, hay que *engalanar* las calles y *vestir de gala* á la corte, como para una procesión ó una solemnidad palaciega, y otras frases hechas, recogidas al azar en la literatura moderna con no menor desacierto que las que recoge del lenguaje ó las costumbres antiguas, de que también hay acá ó allá algún eco perdido, como en aquella noticia que dan al rey viejo de los que *tomaron el pulso*, quizás reminiscencia vaga de nuestros antiguos ministrantes ó de algún frontispicio de obra de medicina (1). ¿Qué más? Las terribles escenas en que la cabe-

(1) *Médicos del pulso* llamaban antiguamente á los de familia, ó cabecera, que decimos hoy. El famoso Eugenio de Salazar, en su *Silva de poesía*, manuscrito precioso que ha dado á conocer Gallardo en el tomo IV. de su *Ensayo de una biblioteca de libros raros*, llama al Dr. Vega *médico del pulso del serenísimo príncipe D. Carlos*. No escasean estos ejemplos en nuestra bibliografía médica, aunque la frase hizo poca fortuna.

za de D.^a Inés, paseada por las manos de sus hijos, arranca al público tagalo repetidos *abáas*, que es su frase favorita de admiración, no deja de tener en el fondo sus precedentes, y por modo algo estético, pudo sin desatino figurar en comedia en que tercian moros, pues sabido es que entre los reyes de taifas se usó plantar flores en los cráneos de sus enemigos á guisa de mace-tas, y como dádivas y obsequios se enviaban unos á otros cabezas cortadas, costumbre digna de los pueblos más salvajes, habiendo en alguna ocasión ostentado el Guadalquivir

cenefa de cabezas canforadas,

según dijo un poeta. Para mengua de la humanidad, no fué esta costumbre exclusiva de los pueblos bárbaros, que también nuestro D. Pedro el Cruel, á pesar de sus altas prèndas, con el rey Bermejo y sus 37 adalides hizo este alarde de ferocidad, enviando sus cabezas al de Granada, y presentes análogos recibía él con gran contentamiento, como la cabeza de Gutier Fernández de Toledo, cuando se la enviaron los de Alfaro con un balletero de maza..... y así le aconteció á la postre con la suya propia, que fué enviada á Sevilla por D. Enrique para que se convenciera el pueblo que era verdad la hazaña de Montiel, digno castigo dado por la Providencia á aquella costumbre impropia de un rey cristiano.

Otra coincidencia más singular todavía. La violenta é inverosimil escena en que Armina, moribunda en su *adornado catre*, deja por herencia á su marido el encargo de casarse con su manceba, no es tal que no haya cabido en la brillante y paradógica novela francesa; pero ni la hábil y práctica pluma de Jorge Ohnet ha sabido hacerla aplaudir por las mujeres, jueces inapelables en esta materia, cuando les pinta una situación análoga en *Le dernier amour*. Por cierto que se llama *Mina*, diminutivo de Guillermina, la esposa que en la novela se suicida

para que el marido pueda casarse con otra, sin que demos á esta coincidencia otro valor que el de una curiosidad literaria.

Dice D. J. Rizal, mestizo filipino educado en Alemania, autor de *Noli me tangere*, una novela que pretende ser retrato de cuerpo entero de los tagalos y que no carece de buenos cuadros y atinadas observaciones, que las mujeres de aquel país no han aprendido á desmayarse todavía, y lo mismo decimos nosotros del suicidio, que por fortuna abunda poco, quizás por otras causas: hé aquí sin duda la de que los poetas manejen tan mal los resortes dramáticos de cierta delicadeza, que rechinan en sus manos y se descomponen como joyas de filigrana en el yunque de un herrero. Insistiremos en una idea que ya se ha indicado antes, aunque ligeramente.

El abuso de los desmayos y los conatos de suicidio que hace el autor de *Doña Inés Cuello de Garsa* se prestaría á curiosas investigaciones fisiológicas, máxime reparando que así los aplica á hombres como á mujeres; prueba indudable de que no cala bien las diferencias de temperamento que nacen de las de sexo, ni tampoco le adorna esa cualidad que, no ya en literatura, en rudimentaria enseñanza llamamos oportunidad, *modus in rebus*, armonía de los actos con las palabras, de las palabras con las ideas y de las ideas con los afectos, las sensaciones y los diversos estados del espíritu. ¿Estarán equivocados los pensadores que creen comunes á toda la humanidad ciertas pasiones? ¿Será el medio ambiente ó será el estado de cultura el que determine la homogeneidad psíquica?

El estudio del público tagalo podría darnos la solución de este problema, y si bien ya hemos hecho algunas indicaciones por nuestra cuenta propia, al llegar á este punto culminante de un trabajo en que se analizan las facultades intelectuales de aquella raza y su aptitud para abrirse las puertas de la civilización, desconfiamos de nuestras propias observaciones y nos parecen guías preferibles sus escritores mismos. Desgraciadamente

abundan muy poco, pues los escasos hijos de Filipinas que dentro ó fuera de ellas han publicado libros, no tocan puntos de arte, ni mucho menos de crítica antropológica, excepto el autor de la novela que acabamos de citar, cuya educación alemana ha llenado su espíritu de recóndita hostilidad á España y los españoles, que sólo aparece un tanto modificada por el conocimiento del país á que pertenece, donde presiente que sus ideales no caben ni aun metidos á mazo. Así, á pesar suyo y como *ex-abundantia cordis*, sus rasgos de observación local convierten en pueril utopía su tendencia política, presentándonos el curioso espectáculo de un hombre que se empeña en sacar agua de un pozo donde sabe que no la hay. Como autor primerizo se retrata á sí propio en el héroe de su novela, pintándonos á los demás personajes indignos hasta de escuchar sus palabras. Los pintorés, las bordadoras, los escultores del barrio de Santa Cruz, los de Paete, en la provincia de la Laguna, que califica de carpinteros, y en fin, los modestos artistas filipinos, entre los cuales hay algunos de verdadero mérito, salen de sus manos tan bien librados, que la página 27 del *Noli me tangere* (sin contar otras muchas) es un verdadero *Tisón* de las artes filipinas. Pues este autor describe así el espectáculo teatral, sacando á la vergüenza hasta nombres propios:

“Allá en la plaza se ha levantado el tablado, escenario „de caña, nipa y madera: allí dirá maravillas la comedia „de Tondo y competirá con los dioses en milagros inverosímiles; allí cantarán y bailarán Marianito, Chananay, Balbino, Ratia, Carvajal, Yeyeng, Licéria, etc. „El filipino gusta del teatro y asiste con pasión á las representaciones dramáticas; oye silencioso el canto, „admira el baile y la mímica, no silba pero tampoco „aplaude. ¿No le gusta la representación? Pues masca su „buyo ó se marcha sin turbar á los otros que acaso encuentren gusto en ello. *Sólo algunas veces aúlla el bajo „pueblo cuando los actores besan ó abrazan á las actrices; „pero no pasa de ahí.* En otro tiempo se representaban

„únicamente dramas. *El poeta del pueblo componía una pieza en que necesariamente había de haber combates á cada dos minutos, un jocosos y metamorfosis terroríficas.* Pero desde que los artistas de Tondo se pusieron á pelear cada quince segundos, tuvieron dos jocosos y die-ron en cosas más inverosímiles aún, mataron á sus colegas provincianos. El gobernadorcillo era aficionado á ello, y escogió, de acuerdo con el cura, la comedia *El príncipe Villardo, ó los clavos arrancados á la infame cueva*, pieza con magia y fuegos artificiales,» (1).

No se olvide que los cómicos de Tondo representan el progreso teatral posible, pues algo ha de influir en ellos la crítica de los periódicos, el roce con la sociedad culta de Manila y un público que es naturalmente la flor del tagalismo. Y todavía en el siguiente capítulo remacha Rizal el clavo escribiendo: *“Á los indios, sobre todo al gobernadorcillo, gustó mucho la comedia tagala: este último se frotaba las manos y nos decía que era una lástima que no hubiesen hecho pelear á la Princesa con el gigante, lo cual, en su opinión, hubiera sido más maravilloso, y más si el gigante llegaba á ser invulnerable, menos en el ombligo, como un tal Terragus (sic), de que habla la historia de los Doce Pares.”*

Vemos, pues, que un escritor que poetiza á los indios cuanto cabe en lo humano, que lleva en las venas su propia sangre y que se propone un fin político que, como principio ineludible, le aconsejaba disfrazar la verdad, no acierta á hacerlo poco ni mucho, antes bien, *ex-abundantia cordis*, repitámoslo, casi fulmina á su raza el *nulla est redemptio* en materia intelectual, adonde no llegaría el europeo más pesimista. El héroe de esta novela, en que el autor, según ya hemos dicho, se retrata de cuerpo entero, justificando la exacta observación de Boileau,

(1) *Noli me tangere*, novela tagala.—Berlín, Berliner Buchdruckerei-Aktion-Gesellschaft, 1887.

«..... un jeune homme qui s'aime
souvent dans ses héros se peint soi même,»

llega hasta hacerse decir por el Capitán general:—“Usted es el primer hombre con quien hablo en este país,, verdadero insulto á toda una raza, que no lo merece por cierto, y menos de boca de uno de sus hijos.

Semejante pintura del público y de la comedia tagala, hecha por un testigo de mayor excepción, autoriza las gacetillas de los periódicos de Manila cuando se dignan ocuparse en tan estupendos espectáculos, que no es muy á menudo, y algunas sangrientas cuchufletas, como la de aquel escritor que en 1871 disfrazó su nombre con el pseudónimo de *E. Rikr*, en la portada de un donoso librito titulado *Diccionario humorístico filipino*, en el cual escribe:

COMEDIA

Gutiérrez, Bretón y Ayala,
ved en resumen cabales
los resortes principales
de una comedia tagala.

—
Título de la función,
cualquiera, que poco cuesta;
cuando se cansa la orquesta
se alza ó se rompe el telón.
Se presenta un jastialón
dando coces en la escena,
sale al punto una morena
vestida de tonelete,
la dice *acó* el mozalbete,
vienen cuatro ó cinco luego,
y al son del himno de Riego
se dan de palos los siete.

Pero también disculpa al mismo tiempo á los modestos autores tagalos, que á tan pedestre público han de complacer. Si en Europa, donde los poetas de verdadero ingenio están obligados á no dejarse avasallar por esa

que con razón llamaba Cervantes "la bestia del público," porque les impone su propia cultura el deber de encadenarla y dirigirla por el camino del buen gusto, se ha dejado correr casi impunemente aquella falsa moneda de Lope:

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto,

con más razón los pobres poetas tagalos tienen que aceptar el caudal por no decir el barullo de especiotas que en aquellas cabezas infantiles ha metido cierto barniz de cultura. ¿No vemos en ese mismo Rizal resabios tagalos, tan burdos como cuando dice Tía Isabel á María Clara:—"¿Vas á poner feo á tu padre?," dando á un modismo figurado una significación puramente recta y material, ni más ni menos que lo hace el autor de *Doña Inés*? Si andando los tiempos se los viera seguir careciendo de potencia para elevarse á verdaderos ideales artísticos, á concepciones estéticas originales y propias, sería llegada la ocasión, que parece prevista en *Noli me tangere*, de considerarlos como una raza sin alientos ni misión histórica.

Los que nos resistimos á creer que esté destinada á perpetua infancia, porque damos á las modernas doctrinas de la selección una virtualidad acaso mayor de la que tienen, sin reparar tampoco en la contradicción que entrañan con la teoría del medio ambiente y con la esterilidad de tres siglos de cultura, volvemos los ojos, como esperanza última, á dos elementos: la instrucción y el cruce. Del primero no debemos hacernos cargo sino sumárisimamente y sólo para decir que las disciplinas superiores, las altas lucubraciones de la inteligencia, difícilmente se escribirán nunca en tagalo, y sabido es, desde que lo dijo Quintiliano, que la ciencia no se aprende bien sino en la lengua propia, exigiéndose para lo contrario aptitudes especialísimas y verdaderos milagros de la naturaleza. No se entienda por esto que vacile un punto

nuestra opinión acerca de la enseñanza del castellano en Filipinas, á la cual hemos contribuido; en nuestra modesta esfera, acaso más que muchos ministros, que con firmar decretos estériles se dan por satisfechos; pero nos ha salido al paso la necesidad de asentar un principio pedagógico indiscutible, y nosotros jamás rehuimos el cumplimiento de un deber, aunque sea del orden meramente intelectual. Generalizar el castellano es allí, en nuestro concepto, la mayor obra de posible cultura que puede hacerse, no obstante la sospecha que algunos abrigán de que castellano y tagalo de tal modo han de barajarlos las nuevas generaciones, que sean, en vez de instrumentos de progreso, herramientas de obra prima.

Por una razón que dejamos ya indicada, y cuyo desarrollo nos llevaría muy lejos, las razas mestizas de Filipinas presentan el fenómeno de volver muy pronto al tipo común, perdiendo en el camino las escasas cualidades superiores que deben al cruzamiento. Es tan poderosa la influencia de lo que llaman los metafísicos el medio, que así como los mestizos que se establecen en Europa, una á una van modificando sus condiciones físicas é intelectuales y llegan á hacerse europeos, así los que permanecen apegados al terruño pierden á la segunda ó tercera evolución, no ya la sangre castiza, que ésa suele perderse muy pronto aun en las razas puras, sino los caracteres morales é intelectuales que las distinguen, volviendo, como hemos dicho, al tipo indígena del cuño más rudimentario y primitivo. Apremiados por la necesidad de concluir, dejaremos para los *Apéndices* dos pruebas de hecho de esta curiosa tesis, ambas relacionadas íntimamente con la historia del teatro. Se trata de una obra dramática de autor hispano-philipino, hijo de un distinguido jefe del ejército español. Este joven, al completar su educación en Europa, de tal modo ha superado su primer ensayo teatral, que aun hallándose impreso, únicamente podría ser citado, según lo haremos nosotros, como prueba de la degeneración de la inteligencia europea en los climas intertropicales. El *Corrido*

de la dama Inés, que también extractaremos, obra de un mestizo discípulo de la Universidad de Santo Tomás, posterior á la de Honorato en nuestro concepto, y que por ende ha podido evitar sus lunares y asimilarse sus bellezas, completará con aquel drama nuestra tesis estético-antropológica.

APÉNDICES



APÉNDICES

I

APUNTE BIBLIOGRÁFICO DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO

ADVERTENCIA



OR no dar á este trabajo innecesaria extensión é inmerecida importancia, se omiten aquellos escritos latinos del Renacimiento y anteriores, que carecían de la tendencia lírica y melodramática que después tomó *la Pasión*, manejada por los primeros poetas castellanos. Aquel período, que puede llamarse de transición, lo cierra, en mi concepto, el famoso humanista Nebrija con el cuadernillo que le imprimió Guillén de Brocar en Alcalá en 1516 con este frontis:

Opuscula que in hoc volumine continentur:

PASSIO domini exametris versibus condita.

Ejusdem PASSIONIS threnos, per PHILIPPUM BEROALDUM.

En el colofón de este libro se le llama *Sanctorium*, y por cierto que el privilegio real, de fecha algo más antigua (1511), es la fuente histórica de la curiosa inven-

ción de las *marcas* ó escudetes de los impresores. Dice así: "Y mando al dicho arnao guillen que porque se sepa „que los dichos libros son ynpresos por él ponga en ellos „su marca.,"

Igualmente se omiten los serventesios, églogas, perqués, romances ó piezas fugitivas que no se imprimieron sueltos ó no dan título al libro ó papel en que se publicaron, porque sería farragosa é impertinente la cita de casi todos nuestros romanceros, cancioneros y colecciones poéticas en que suelen hallarse, pues hasta una *Pasión para cantar los niños de las escuelas* se compuso por el licenciado Pedro de Ortega, publicada en Sevilla en 1621 en sus *Tres poesías devotas*, que es un cuaderno en 4.º, impreso por Alonso Rodríguez Gamarra.

Y ésnos tanto más sensible suprimir algunas de esas piezas fugitivas, como las *Coplas de la Passion*, que insertó Juan del Encina en su *Memento* (papel gótico de cuatro fojas, impreso entre 1520 y 1530), cuanto que suelen hacer prueba plena de que aquellas composiciones se cantaban, no sólo por los ciegos vendedores de romances, sino por las familias mismas, por las tertulias caseras, en las solemnidades religiosas mayormente, ni más ni menos que los villancicos que todavía subsisten, aunque con menor importancia literaria y musical que en lo antiguo.

Así, por ejemplo, *Las coplas nuevas fechas por ENRIQUE DE OLIVA de la natividad de nuestro señor Jesu xpo*, traen en el encabezamiento esta advertencia:

«Cántanse al tono de

»Abrasme tu el hermitaño.»

Y la *Lamentacion* (de un paso de la *Passion*) por fray AMBROSIO MONTESINO, que empieza:

«Oh columna de Pilato.....»

se cantaba por el tono de

«Oh castillo de Montanches.....»

y así otras muchas.

Tampoco damos de la *Pasión* en los dialectos filipinos una noticia tan completa como algunos desearían, por las enormes dificultades de este trabajo y su escasa importancia literaria, toda vez que es ya imposible distinguir bien la labor exclusivamente india, que ha embarrascado, por decirlo así, las fuentes españolas. Sobre los infinitos ejemplares impresos que entre las clases acomodadas circulan, cada barangay ó grupo del bajo pueblo, y aun quiza cada familia, posee en mugriento cuaderno ó sabe de memoria una *Pasión*, que suele ser distinta y no hay que decir abigarrada, extravagante, fenomenal. Para encauzar ó purificar al menos estas corrientes, suelen reimprimirse las traducciones ó imitaciones de los antiguos textos.

Limitámonos, pues, á señalar en sus lugares respectivos los puntos donde se verifica, á nuestro juicio, el enlace de la poesía española con la filipina por mediación de los frailes, que hicieron las primeras traducciones de la *Pasión*, y aquí ahora se completará aquella noticia con las más populares en los dialectos filipinos, para terminar esta advertencia.

(PANGASINAN.)—*Na catauan tin Jesuchristo ya dinemuet ed saray masantos a Evangelios tan pinalinan na saray á incalingo ya calad saray arum a PASION a impluma.* (La Pasion de N. S. Jesucristo, sacada de los Evangelios y compendiada por los PP. antiguos.)

Manila, imprenta de Santo Tomás, á cargo de D. M. Ramírez, 1855.—
212 páginas en 4.º

(BICOL.)—*Hernandez* (Tr.) Casaysayan caumahal na *Pasion* ni Jesucristo cagurangnanta, na sucat ipoglaad nin posó nin siisay man namagbasa.

Manila, imprenta de Babil Saló, 1867,
en 4.º con láminas.

Mr. Leclerc anuncia por 60 fs. esta *Pasión* bicol en el

excelente catálogo que con el título de *Bibliotheca americana* redactó en 1878 para la librería Maisonneuve, de París.

Si no es por erratas muy considerables de Mr. Leclerc, no acertamos á explicarnos las diferencias que existen entre esta *Pasión* y la siguiente (que debe de ser la misma) cuyo artículo nos ha facilitado el inteligente-catedrático de la Universidad de Santo Tomás, fray Evaristo Fernández Arias, por cuya razón nos parece más auténtico que el del librero francés:

Casaysayan can mahal na PASION NI JESUCRISTO cagn-rangnanta na sucat ipaclaad ni prusonin siisay man na maghsasa ipinabicol nin sanong mamomoton na Exmo. Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Fr. Francisco Gainza, obispong cagalagan cairing Diocesis sa Nueva Cáceres asin ipanamodo sa say iang devocion patin minatao nin apat na polong aldao na Indulgencia sa quiisay man na cristiano na magbasa caini sa totoong baot napagguirromdom can magna sa ini calaquip an cadiquit na hulit, asin pamibi, natabang sa quiisay man na cristianos cum harauma pagcandan.—2.^a edición. (Al final, consejos y oraciones para bien morir.)

Manila, imprenta de Santo Tomás, á cargo de D. Babil Saló, 1868.—216 páginas en 4.^o

(Explicación de la sagrada *Pasión de Jesucristo*, capaz de enardecer el corazón de cualquiera que la lea, mandada poner en bicol por nuestro Excmo. y Rvmo. señor Fr. Francisco Gainza, amoroso y respetable Obispo de esta Diócesis de Nueva Cáceres, y mandada imprimir á su devoción, concediendo cuarenta días de indulgencia al que leyere con intención ó voluntad verdadera de recordar la pasión de Jesucristo.)

(ILOCANO.)—*Pasion de Nuestro Señor Jesucristo en verso ilocano*, por fr. Manuel Garriá, de la orden de San Agustín.

Ignoro si está impresa. El P. Garriz murió en Laoag en 1760.

De traducciones tagalas y visayas, principales dialectos de Filipinas, se habla en su lugar correspondiente.

1

Síguese un *perqué* sobre la *passion de Christo*, que dice:

«Salid, hijas de Sion.....»

Dos fojas en 4.º, de letra gótica, sin lugar ni año.

2

Romance de la *sacratissima passion* de nuestro Redemptor J. C. el qual comienza de como Pilato dixo *Ecce homo** y acaba hasta quando el hijo de dios espiró en el arbol de la cruz. Es romance muy contemplativo. Compuesto por IVAN TIMONEDA.

Gótico sin lugar ni año, en 4.º

3

Coplas de la *passión* de nuestro señor y de la *passion* que vuo nuestra señora estando al pie de la cruz, ques la glosa de *Stabat mater dolorosa*. Con otras coplas de nuestra señora.

Dos fojas en 4.º gót., sin lugar ni año.

4

La *passion* de nuestro redemptor y salvador Jesu Kpto. Trobada por DIEGO DE SANT PEDRO.

Sin lugar ni año; 20 hojas en 4.º, letra gótica (hacia 1520, según Salvá.—Reimpreso en Madrid, Sevilla y otras partes).

5

La memoria de la *pasion* de Christo nuestro Señor.

Alcalá, por Miguel de Egúía, 1529.
en 4.º gótico.

6

Gamaliel, nuevamente traducido en lengua castellana, historiado y con mucha diligencia reconocido y enmendado. Contiene en sí lo siguiente:

La passion de nuestro redemptor historiada.

La destruicion de Hierusalem, historiada.

La vida de sant Lázaro y de la gloriosa M.^a Magdalena, historiada.

El razonamiento que passó entre nuestro salvador y su gloriosa madre el jueves santo.

La muerte de los Ynocentes, historiada.

Los agnus Dei de sant Joen Baptista.

Sevilla, por J. Cromberger, 1534,
gótico en 4.º

Hemos dado el título con tanta extensión, porque este libro es el incunable lemosín que dejamos descrito en la página 27, traducido en castellano por el bachiller JUAN DE MOLINA, según se deduce de una carta que se inserta al principio.

Parece que hay otra versión anterior, impresa en Valencia en 1522, por lo cual sin duda ésta se dice nuevamente traducida; pero ningún bibliógrafo la conoce *de vista*, como acontecía hasta ahora con el original lemosín. El Sr. D. Cristóbal Pérez Pastor, en su obra, premiada por la Biblioteca Nacional, *La Imprenta en Toledo*, trae, con el número 105, una edición del *Gamaliel* en latín, al parecer impresa en aquella ciudad en 1525, y otra castellana de 1527 (núm. 140), por el maestro Ramón de Petras, en todo semejante á la de Cromberger, que registramos aquí nosotros. Por cierto que el Sr. Pastor ha tenido el buen acuerdo de copiar de la epístola dedicatoria del bachiller Molina un curioso párrafo, en que se cuenta que el año de 1527 se reunieron para examinar este libro con los inquisidores de Valencia tres maestros en teología, declarando ante escribano "ser tal que á

„los catholicos se debia comunicar.„ Entonces el bachiller lo hizo imprimir en catalán, que es probablemente la rarísima edición que posee D. Alfonso González.

A pesar de esta solemne censura, el *Gamaliel* viene prohibido en casi todos los *Indices expurgatorios*, porque la vida de San Lázaro y la Magdalena están tomadas de los Evangelios apócrifos y pertenecen á un códice existente en el Vaticano, atribuido á San Pedro Pascual.

7

Contemplaciones muy devotas sobre los mysterios sacratissimos de la *Pasion* de nuestro redemptor Jesuchristo, con un tratado de mystica theologia compuesto por PEDRO CIRUELO.

Alcalá, por Joan de Brocar, 1543, gótico en 4.º (Hay otra edición de 1547, del mismo impresor, y también gótica, en folio.)

8

Loores del dignissimo lugar del Calvario, en que se relata todo lo que nuestro redemptor Jesus hizo y dixo en él conforme al testo del sacro Evangelio perteneciente a su *passion*, muerte, sepultura y resurrection.

Alcalá, por J. de Brocar, 1551, en 4.º gótico.

(El autor había visitado los Santos Lugares. ¿Sería fr. ANTONIO DE ARANDA?)

9

Christopathia o *Passion* de Christo Nuestro Señor, por JUAN DE QUIROS. (Poema en siete cantos.)

Toledo, por Juan Ferrer, 1555, en 8.º

10

Tratado de deuotissimas y muy lastimosas contemplaciones de la *passion* del hijo de Dios y de la com-

passion de la virgen santa Maria su madre, por esta razon llamado *Passio Dvorvm*. Con las horas de la misma *Passion* deuotísimas y muy breues.

Alcalá, por Juan Gracián, 1568.—

En 8.º, parte gótico.

(Se imprimió varias veces.)

En el Indice expurgatorio de 1612 se prohíbe este libro *no se corrigiendo*.

Á un misterioso fraile franciscano, *fr. Diego de la Asunción*, al parecer nacido en Filipinas, donde se dice que vivía por el año 1690, se atribuye una traducción en tagalo del *Passio duorum*. Hé aquí lo que de él escribe el bibliógrafo franciscano *fr. Pablo Rojo*, en unos *Apuntes* interesantísimos sobre los escritores de su Orden, que autógrafos poseemos: „Todas estas obras son tan „desconocidas como la vida del autor, del cual absoluta- „mente nada se sabe. Creemos que alguna equivocación „en el apellido, que aún podrá rectificarse, sea el motivo „de tan increíble é inmerecida ignorancia.”

11

Contemplacion del crucifixo y soliloquios de la *Pasion*, dos tratados de *fr. ALONSO DE OROZCO*, impresos en el tomo primero de la *Recopilacion* de sus obras (y que probablemente corrieron sueltos en las primeras ediciones).

Alcalá, por Andrés de Angulo, 1570,
en folio.

12

Decada de la *Passion* de nvestro Redemptor Jesv-Christo. Con otra obra intitvlada cántico de su gloriossa resvrreccion. Compuesta por el illvstrissimo señor D. JUAN COLOMA.

Caller, 1576, por Vincencio Sembe-
nino, impresor del Reverendo Do-
ctor Nicolás Cañyellas.—Un tomo
en 16.º

(La primera es un poema en tercetos dividido en diez libros; la segunda un canto en octavas.)

13

Primera parte de los misterios de la sacrosanta *passion* de Christo nuestro Redentor y Señor, por el muy Reverendo Padre fr. FRANCISCO ORTIZ ARIAS (1.^a, 2.^a y 3.^a parte).

Alcalá, por Hernán Ramírez, 1578,
tres tomos en 8.º

14

Universal Redemption, *Passion*, Mverte y Resvrreccion de nuestro Redemptor Jesu Christo, y angustias de su santissima Madre, segun los quatro Evangelistas con muy devotas contemplaciones. Compuesto por FRANCISCO HERNANDEZ BLASCO.

Toledo, por la viuda de Juan de Plaza, 1580. (Hasta la última edición, que es de Alcalá, 1629, se hicieron doce de esta obra.)

Sospecho que es traducción del *Mystère de la Passion* de que hemos hablado en la página 28, quitada la forma dramática y puesto en octavas reales, porque tiene una segunda parte impresa en Alcalá por Juan Gracián en 1613, que además contiene "los hechos de los sagrados Apóstoles, sus persecuciones y varios sucesos de la Iglesia Militante." Fué obra de LUIS HERNÁNDEZ BLASCO, quien dice en el prólogo haberla escrito porque su hermano Francisco se proponía también hacerle una 2.^a parte á la *Universal redencion*, cuando le sorprendió la muerte. Nueva analogía con los hermanos Greben y Michel, que lo mismo hicieron con la obra francesa.

Pocas de este género se han impreso tanto y en plazo tan breve como la de *Francisco Hernández*.

15

La *passion* de nuestro señor Jesu Christo segun s. Joan,

compuesta antes por D. ALONSO DE GIRON Y DE REBOLLEDO, y aora corregida y añadida por el mesmo Auctor.

Valencia, por los herederos de Juan Navarro, 1588.—Un tomo en 4.º

(Son 408 quintillas.)

16

Vergel de plantas divinas en varios metros compuestos por ARCANGEL DE ALARCON. Incluyese una epistola á D. Alvaro de Mendoza en que se escribe la *Pasion* y muerte de Nuestro Señor.

Barcelona, por Jaime Cendrat, 1594.

17

Proceso y contemplaciones de la *Pasion* de nuestro Señor Jesuchristo, compuesto por JAYME GIRAL.

Zaragoza, por Lorenzo y Diego de Robles, hermanos, en 12.º

(Contiene nueve cantos.)

18

Libro de la *Pasion*, de LUIS GALVEZ DE MONTALVO.

Así lo citan los bibliógrafos, sin describirlo ninguno.

19

La sagrada *passion* de nuestro Redemptor en redondillas, por fr. PEDRO MICON.

Siglo XVI.

Debió publicarse en papel suelto, como lo fueron todas las obras que en su *Primera parte del Thesoro de divina poesia*, impreso en Toledo en 1587, incluyó Esteban de Villalobos, donde se halla también ésta del P. MICON.

20

Muerte de Dios por vida del hombre deducida de las

postrimerias de Christo señor nuestro por el Padre
fr. HERNANDO DE CAMARGO.

Madrid, por Juan de la Cuesta, 1619,
en 4.º

(Es un poema en 13 cantos.)

21

La Christiada del PADRE FRAY DIEGO DE HOJEDA. (Poema
en octavas.)

Sevilla, por Diego Pérez, 1611, en 4.º

22

Aqui se contienen dos obras muy deuotas y contempla-
tias..... la primera declara el doloroso retraymiento
y soledad que tuuo la Virgen la segunda es aquel
doloroso *passo de la Passion* de como nuestro Señor
yua con la Cruz acuestas. Y agora añadidos dos
Romances, el uno á su sanctissima *Passion* y el
otro el entierro. Compuestos por fr. PEDRO DE VI-
TORIA, natural de Llerena.

Valencia, junto al molino de la Ro-
vella, 1626, 4 fojas en 4.º, letra
de Tortis.

Esta obra debe ser mucho más antigua, porque he vis-
to otra edición de Granada con el escudo de Carlos V,
y otra mucho más moderna en que no figura como autor
el fraile extremeño.

23

Romancero espiritual de la sagrada *Pasion* de Nuestro
Señor Jesu Cristo, por GABRIEL LOPEZ DE MENDOZA.

Granada, 1629, en 8.º

(Son 98 romances, que el autor llamó cantos. Obra
prohibida, como todas las que compuso en verso.)

24

Tesoro de Cristo y rescate del mundo. Sonetos morales. A todos los passos y misterios particulares de la Sagrada *Passion* de nuestro Señor Iesuchristo, y a los dolores, y penas de Maria Santissima su digna Madre, por DON JUAN OSORIO DE CEPEDA.

Madrid, por Catalina de Barrio y Angulo, 1645, en 4.^o

(Son 52 hojas con 70 sonetos.)

25

La perpetua crvz ó *passion* de Jesv Christo nvestro Señor desde el principio de sv Encarnacion hasta sv mverte. Representada en qvarenta estampas, que se reparten de balde y esplicada con diferentes razones y oraciones de deuocion.

Amberes, por Cornelio Vooms, 1650, en 12.^o

(De esta obra se hizo una imitación en España con la siguiente,—sin confesarlo, por supuesto.)

26

Lira misteriosa para el camino de la *passion*. Dispuesta en verso á contemplacion de 30 láminas, por D. ANTONIO TELLEZ DE ACEVEDO.

Madrid, 1727, en 4.^o, 72 hojas.

27

Christo Señor nvestro padeciendo como refieren los Qvatro Evangelistas. En versos de romances castellanos, por GERARDO DE LA CRUZ.

Madrid, imprenta de Nieto y Salcedo, 1660, en 8.^o

28

Passion del Hombre-Dios referida y ponderada en décimas españolas. Por el Maestro JUAN DAVILA.

León de Francia, 1671, en 4.º mayor.

(Es un poema en 123 cantos.)

29

Trivnfo de Jevs en quatro cantos de octava rima, por PEDRO TORRADO DE GUZMAN.

Sevilla, por Juan de Osuna, 1672,
en 4.º, 40 fojas.

(El tercer canto contiene la muerte y *passion*.)

30

Romance nuevo. Historia divina en que se declara el mysterio de la Santisima Trinidad y otros articulos y mysterios de nuestra santa Fe y en especial el mysterio de la Encarnacion y nacimiento de Nuestro Redentor. Compuesto por LUCAS DEL OLMO ALFONSO. 1.ª parte.

Córdoba, sin año; dos hojas (siglo XVII).

Nuevo romance en que se prosigue esta sagrada Historia declarando el Baptismo de N. R. Jc. su ayuno y vocacion de los Apóstoles, su predicacion y milagros. Compuesto por LUCAS DEL OLMO ALFONSO. 2.ª parte.

Dos hojas, ídem íd.

..... *la passion*. 3.ª parte.

Ídem íd.

..... *la passion*. 4.ª parte.

Ídem íd.

Y así hasta la 6.ª parte, impresiones todas cordobesas, sin año. Sospecho que ésta es una de las primeras *Pasiones* que se tradujeron ó imitaron en los dialectos

tos de Filipinas, porque las más de ellas toman el asunto desde la Encarnación del Verbo.

Ocorre también que este Lucas del Olmo es el autor de los *Romances de la vida y muerte de San Alejo*, que tan famosos é imitados fueron en España, y como de la imitación al plagio no hay más que un paso, y ése en todo tiempo lo han dado con facilidad los ciudadanos de la república de las letras, en muchas *Pasiones* españolas, principalmente desde el siglo XVII en adelante, se toma también el asunto *ab ovo*, y también se meten con ancha manga en ellas partes y trozos de las anteriores, á lo cual se presta el asunto grandemente.

31

Poema sacro de la *Passion* de N. S. Jesuchristo, que en vn romance castellano, dividido en siete Estaciones, escribía D. LVIS ANTONIO DE OVIEDO HERRERA Y RUEDA.

Lima, por Francisco Sobrino, 1717,
en 4.º

Ponemos esta impresión americana para que no se olvide que, como ella, pudieron pasar muchas *Pasiones* de América á Filipinas.

32

Cantos dolorosos en que se explica la *pasion* de nuestro divino Redentor y angustias de Maria Santísima nuestra madre y señora. (Tercera impresión.)

Málaga, imprenta de D. Félix de Casas y Martinez, 1785, en 4.º

Encuentro á este libro muchas analogías con el tagalo siguiente, que poseo:

Casaysayan nang PASIONG mahal ni Jesuchristong painginoon nating na sucat ipag-alab mang puso nang sinomang babasa. Reimpreso con superior permiso.

(Lleva al fin algunas oraciones en prosa, desde la página 212 á 228.)

Manila, imprenta de los *Amigos del País*, 1882, en 4.º

Si no traducción ni imitación preconcebida, por lo menos reminiscencias tiene el uno del otro, así como el castellano me parece á su vez el *Passio duorum*, puesto en malos versos. Ambos llevan muchas láminas, más y mejores el tagalo que el castellano, porque se aprovecharon al parecer todos los grabadillos de libros devotos que existían en la imprenta de *Amigos del País*; pero entre esos hay no pocos que están copiados ó imitados de la *Pasión* malagueña, tan inferiores á los demás, que revelan otro buril, otra intención y otra época.

También tiene el libro tagalo una circunstancia que lo hace digno de estudio; es la primitiva *censura* de un clérigo del país, que escribió no poco en su idioma y aun en castellano, y fué personaje de campanillas á principios de este siglo; el cual da de sí las muestras que el lector va á ver, con que se justifican las apreciaciones que en el *Teatro tagalo* dejamos hechas. Aunque parezca innecesario, advertiremos que la copia es literal.

“Señor juez provisor.

„En vista del Superior Decreto que antecede V. S. en „que ordena pase el cuaderno que se titula *Pasiong mahal nang ating* P. J. etc. á mi censura pase inmediatamente á leerlo: y habiendo examinado con la atencion „y madurez que exige tan util como importante materia, maxime á los naturales del pais que absolutamente „carecen de libros de esta naturaleza y que para ser „buenos cristianos, y verdaderos ciudadanos según la „nueva Constitucion de la Monarquia, era indispensable estuviesen impregnados de las admirables máximas de nuestra Sagrada Religion, corregídolo asimismo, casi enteramente mudando palabras proposiciones y aun versos á beneficio de los que le lean en adelante, de modo que no tenga ni aun siquiera medio

„resquicio de error en punto de fe que insensiblemente
 „se divaga en todas estas Islas, por pasar de mano en
 „mano de pueblo en pueblo de provincia en provincia,
 „y de generación en generación, unos cuadernos en los
 „que, parece, y es así, han tenido parte sus indiscretos
 „lectores: halló, salvo el mas acertado dictamen de V. S.
 „que es muy necesario se conceda al interesado licencia
 „para su impresion en los términos que se halla el ori-
 „ginal que se presentó al Juzgado de V. S., sin atender
 „ya á otras razones muy poderosas que omito, que á la
 „de extirpar enteramente los manuscritos que corren,
 „lentos sin la menor duda de borrones, pero sin ninguna
 „verdad. En cuyo supuesto sin que se entienda en lo
 „más mínimo que prevenga á V. S. lo que debe hacer
 „sobre el particular, me parece que á consecuencia de
 „todo lo que queda expuesto, convendrá muy al caso
 „que en el momento se ordene que se recojan luego los
 „sobredichos manuscritos por sus respectivos Párrocos,
 „y que estos mismos los entreguen al fuego.

„Colegio Nacional del Sr. San José de este Reino de
 „Filipinas y abril 20 de 1814.

„Dr. D. Mariano Pilapil.”

Por más que la ley impusiera la copia de esa censura á los que reimprimieron esta *Pasión* hacia 1843, es difícil comprender cómo se ha insertado al pie de la letra en la edición presente, conservando en la portada los respetables nombres del Arzobispo Seguí y del exprovincial de Agustinos fray Manuel Grijalvo, que autorizaron y protegieron aquella impresión, perpetuando sobre sus respetables nombres el sambenito literario de haber consentido tan infeliz documento, que por pecar en todo, hasta de liberalismo cursi peca.

Prosodia y ortografía, ya se ve que andan á sopapos con el sentido común; á sopapos igualmente suele meter el buen Pilapil oraciones y frases hechas donde no hacen falta, como “la atencion que exige tan útil como importante materia;” y si así metió la prosa, ¿qué gazapos,

santo Dios, no metería en los versos? Ese estilo podría pasar en un informe oficinesco, pero no en la *censura* de un libro; y en cuanto á la historia literaria del país, se desconoce hasta el punto de dar á entender que la *Pasión* andaba manuscrita, abundando únicamente copias muy viciadas que debían recogerse y quemarse, siendo así que en aquella fecha se había impreso ya muchas veces, y en Manila mismo, de suerte que las copias, que no negamos, serían de *Pasiones* impresas, cosa frecuente entre los escribientillos indios, y por lo tanto imposibles de recoger.

Ya hacia 1622 el agustino fray Antonio Santos Mexía la había traducido al ilocano, y al visaya en el siglo pasado fray Juan Sánchez, que la publicó en Manila en 1717, donde poco después el conocido impresor manilense Aquino de Belén introdujo una *Pasión* tagala, que debe ser de su cosecha, en los *Exercicios espirituales* del padre Villacastín, que tradujo y publicó con este título:

Manga panalanging pagtatagobilin sa Calolova nang tavong (nag hihingalo) Ang may catha sa vican castila ang M. R. P. THOMAS DE VILLACASTIN sa mahal na compañía ni Jesus. At ysinalin sa vican Tagalog ni D. GASPAR AQUINO DE BELEN.—5.^a impresión.

Manila, 1760, en 8.^o

33

Las XVII Elegias de la *Pasion* de Nuestro Sor. Jesucristo, que escribió en verso latino el P. SIDONIO HOSECH, y traduxo en verso castellano un religioso observante.

Málaga, por los herederos de Martínez de Aguilar, 1795.—Un tomo en 4.^o

34

Historia dolorosa dividida en siete cantos en que se ve la acervísima *passion* y muerte de nuestro Redentor

Jesu Christo y la compuncion de su dolorosa madre.
 Por el P. fr. TEODORO JOSÉ DE CABRA.

Córdoba, imprenta de D. Rafael G.^a
 Rodríguez, sin año, en 4.^o (siglo
 pasado).

(Está escrita en romances.)

35

Passion de N. S. Jesucristo en octavas reales, dedicada
 á las reverendas religiosas de esta ciudad.

Granada, imprenta de M. Sáez, 1846,
 en 8.^o

36

Devoto quinario de la *pasion* y cinco llagas de nuestro
 Sor. Jesucristo.

Málaga, imprenta de Martínez Agui-
 lar; 1849.—Un cuatnito de 80
 páginas.

37

Concordia evangélica sobre la vida, milagros, dolorísi-
 ma *pasion*, resurreccion y ascension de Jesucto. se-
 gun el testo de los cuatro Evangelistas, por D. SI-
 MON GADEO VIDAURRETA.

Baeza, 1857, en 4.^o

38

Ofrecimiento devotísimo de la sagrada *pasion* de Nues-
 tro sr. Jesucristo por las benditas ánimas del Pur-
 gatorio, distribuido por los siete días de la semana.

Málaga, sin pie de imprenta, librería
 de Martínez Aguilar, 72 páginas
 en 12.^o

39

El nuevo navegador ó la *Passion* de Nuestro Señor Je-
 svcristo.

Madrid; despacho, calle de Juanek,
 19, sin año.

Esta es la *Pasión* que hoy venden los ciegos por las
 calles.

II

CORRIDO DE D.^a INÉS DE CASTRO

Hé aquí cómo se titula en el original:

*Ang cahabag-habag na buhay
nang dama Ines
sa cahariang Portugal
alila nang isang princesa
sa bayang España mulang pagca bata,*

que en nuestro castellano quiere decir: *Triste vida de D.^a Inés en el reino de Portugal, educada desde su infancia por una princesa española*, y forma un cuadernito en verso de 48 páginas en 8.^o sin portada ni pie de imprenta, pero de modernísima estampa, como todas las ediciones que he visto (lo menos tres), copiadas á plana de renglón, lo que prueba su mucha popularidad entre los indios, producida por la que goza el drama de Honorato. Aunque la traducción castellana es obra del mismo que hizo la del *Cuello de garza*, no la tengo autógrafa como aquélla, y por ende, hay que contar sobre los indianismos del traductor los del copista.

Después de un exordio rimbombante, como suelen ser los de los *corridos*, y en este caso ininteligible, en que se barrunta algo de lección moral, entra en materia contando que Armina, princesa española casada con Nicanor, hijo del rey Alfonso de Portugal y huérfano de ma-

dre, tenía una dama llamada Inés, "adorada por la nobleza de los reinos," y principalmente por el Príncipe. "Una tarde en que Inés había bajado al jardín (V. el *Romance* del siglo pasado, pág. 76); tuvo ocasión de manifestarle su amor; ésta, si bien que no le había dado pruebas de corresponderlo, le dijo que dejara para otra ocasión más oportuna aquella declaración, pero desde entonces revivieron en ellos aquellas semillas alimentadas con ardorosas miradas que se cruzaban....."

Otro día, en el jardín, repite Nicanor su declaración, y Armina, que los sorprende, para disimular sin duda, les pone al cuello una sarta de flores que llevaba. No pudiendo Inés "sufrir tanta impresión," se despide de ella para la quinta, con objeto de pasar "alguna temporada;" niégale su consentimiento la Princesa, pero Inés insiste y acaba por decir que es "la vergüenza únicamente," la que la obliga á separarse de ella. *Intelligenti pauca*, parece decir Armina con esta réplica: "Es justo, pues, evitar de quien proviene el daño." Acto seguido cae enferma "por la salida de Inés y la reserva de su esposo," y muere como en el acto 3.º de la primera parte del drama tágalo (pág. 108 nuestra), excepto el encargo á su viudo de casarse con Inés. Danse órdenes para enlutar el palacio, también como en el drama.

Al entierro "siguen personas innumerables, hasta las que no son de la provincia." El Príncipe, como aquel viudo del cuento á quien sorprende el cortejo fúnebre retozando con la criada porque le tenía el dolor fuera de tino, se retira á la quinta á guardar el luto, donde Inés, "con aquella compunción," cumple su palabra, se eclipsa aquella luna..... "y da á luz su primer hijo, que lo llamaron Peñaflor." (Si no llega á estar compungida.....)

Juzga el Rey oportuno casar otra vez á su hijo, y por medio de su embajador Engras pide la mano de Blanca de Navarra, amenazando con la guerra en caso de negativa (que es un modo de pedir novias, como los ladrones bolsas). Contestación afirmativa y embarque de la Princesa. Mientras las embajadas van y vienen, Inés

pare otro hijo "llamado Dionis, tan igual al mayor que se parecían gemelos los dos." (Escena copiada del drama tagalo, aunque suprimiendo la ridícula pregunta del papá.) Embarazosos coloquios entre el Príncipe y Blanca, escena de las calabazas, enojo de la Princesa, que va á quejarse á D. Alfonso (aquí no sigue los pasos de Honorato); juntos buscan á D. Pedro (alias Nicanor), le encuentran en la quinta, y entonces el rey viejo manda prender á los dos amantes. Enterados los niños al volver de "su diversión," (no se habla de cacerías), pues tienen ya Dionis diez años y Peñaflor once, (aquí las cosas van más de prisa aún que en el drama), atacan á los guardias mientras su madre, "que lo observaba, se pone en oración," y ganan el castillo, con lo cual se escapa el Príncipe, "ignorante del caso," (¿de ser sus hijos sus libertadores?). Galimatías original é ininteligible en que interviene el Rey, "manda que los sacasen, no hallando más que á Inés y el Príncipe fugitivo, habiendo encontrado rotas las puertas del castillo."

Inés llama aparte á los niños para decirles que deben obediencia al Rey, porque es su abuelo (copia del drama y más insulsa aún). Ellos le piden que case á sus padres, después de insultar á Blanca comparándola con una paloma que va en busca de su palomo en vez de dejarse buscar por él, símil propio de tan precoces criaturitas. Alfonso consiente en ello, aplazando la boda para cuando Blanca regrese á Navarra. Otro párrafo ininteligible para justificar Dios sabe qué, acaso la vuelta de los dos amantes á la quinta con su cría, donde Inés da celos, con pasmosa oportunidad, al Príncipe, que se muestra dispuesto á matar á Blanca y quiere salir en el acto, estorbándoselo su amada con un breve sermón sobre la justicia de tal intento. Más curiosa es todavía la réplica de Nicanor, que para disimular, dícele que sólo salía por divertimento (¿de caza?) y se lleva á sus dos hijos para que Inés, ya á solas, pueda dormirse y tener un sueño idéntico al ya referido (pág. 117).

Entretanto Blanca (¿viene al Consejo?) pide al Rey su

venia para retirarse á Navarra; pero el Consejo (esto es original) declara injusto el proceder de Nicanor é imposible su casamiento con Inés por no ser de sangre real, con cuyo motivo decide que hay que asesinarla, para que el Príncipe no tenga reparo en aceptar la boda. Confórmasse el Rey con el benévolo dictamen de su cuerpo consultivo, si bien cree "la cosa imposible," por los dos niños. (Recuérdese que en el drama dice: «Por mis nietos quedamos en conflicto.»)

Pónense en marcha para la quinta, y en el camino el Rey se extravía persiguiendo á un ciervo, y en una "cuesta," se desnucan (salva la ayudantía mal intencionada de González, lo mismo que en el drama). Sus compañeros no lo advierten, al pronto, cosa tan verosímil que el lector no lo dudará un momento, pero al fin con el cadáver tornan á palacio, quedando González (de quien nada se había hablado hasta ahora) "Presidente constitucional del reino." Concluídos los funerales, se presentan los chicos á visitar á su abuelito por primera vez, ocasión que aprovechan el Presidente y Blanca para entretenerlos, interin los otros consejeros Engras y Buet van á la quinta á ejecutar la sentencia. De Nicanor entretanto nadie se ocupa, ni se sabe dónde está. Ello es que el cruento programa se cumple al pie de la letra, y cuando los niños se retiran á su casita, danse de manos á boca con el cadáver de su mamá. Cárganlo en un carro (aquí hay novedad) y llegan á la corte cuando acaba de salir Nicanor (¿de su retraimiento?), y enterado de la muerte de su padre hace una lamentación sobre sus sentimientos y el triste "porvenir de su historia," en que nos parece ver alguna reminiscencia de los sermones de ambas *Nises*. Fatigado del viaje (nos quedamos sin saber de dónde), "se recuesta á descansar," y oye una voz que le decía que "su presentimiento era el dolor de haber „perdido á su Inés, cuyo cadáver le llevarían muy pronto sus hijos." — ¡Paf! Entran éstos y "lo ponen (á la difunta) en el mismo estrado," del palacio. Con más sentido que en el drama, Peñaflor y Dionis increpan á su padre

por su abandono, motejándole casi casi de cómplice moral del crimen, tanto que le obligan á decir esta perogrullada: "que nada sabía, porque... se encontraba ausente." Demándole el mayor también la muerte de todo el reino; pero tiene que contentarse con la "formacion de sumaria contra el Presidente, Engras y Bruet, que son los tres motines," que es lo que gravemente acuerda el nuevo Rey, no sin que Dionis, recordando algún tratadillo de Administración leído en las porterías oficinescas de Manila, declame "que ninguna culpa tienen los vasallos, cuando sólo cumplen órdenes del Jefe." (¡Jefes y vasallos! ¡Qué indigestión de especiotas!)

Proclamado Nicanor y desposado con el cadáver, llama á los asesinos y los sentencia á muerte, que ejecuta por su propia mano ayudado por sus hijos, enviando luego á Dionis por "embajada," á pedir la cabeza, ó dicho á lo tagalo, la vida de Blanca. Aunque ignoremos cómo y cuándo se las afufó de Portugal la princesita, no había andado perezosa en enviar á su vez embajada á Lisboa con fulminante declaración de guerra. Vienen á las manos los dos ejércitos, "forman un real en el campo," (véase lo dicho en la pág. 102) y pasan las cosas como en el drama de Honorato, sin más diferencia que la falta de los moros, que el autor del *corrido* suprime con buen acuerdo, por cuya causa consiste el desenlace en la muerte sobre el campo de batalla de Blanca y del Rey navarro, á cuyo país envía Nicanor su Presidente, "quedándose él y sus dos hijos gobernando en Portugal."

Acaba el *corrido* con una poética tirada llena de prudentes consejos á las jóvenes para que no sean coquetas. ¿Querría el autor decir frágiles ó cosa peor?

Las llamadas que hemos hecho hacia las fuentes españolas y tagala no bastarán acaso al lector para comprender la importancia de este *corrido* para nuestra última tesis. Hay que fijarse bien en la abundancia de elementos que el autor tuvo á mano, y en el escasísimo partido que de ellos supo sacar; cómo sigue á su pai-

sano Vera en todas sus pueriles invenciones—el cambio de los nombres históricos—el proyecto de boda con la princesa de Navarra—el Consejo acordando la muerte de Inés, etc.—y cómo vuelve cuando le place á las fuentes más puras para no producir la menor belleza, el accidente más mínimo que dé interés ó animación siquiera á su insulso relato. El rasgo del sueño de D. Pedro, cuando sale del retraimiento, rasgo no inspirado por el drama tagalo, sino por el de Mexía de la Cerda, es también decisivo y mortal para las esperanzas que pudieran abrigarse de progreso estético en aquella raza. Vuélvase á leer el principio de nuestra página 96, la breve síntesis que hacemos de aquella dramática situación en que á D. Pedro dormido se le aparece D.^a Inés para decirle que ya

no la dan vida llantos ni pasiones,
sino ofrendas, limosnas y oraciones,

compárese con el sueño de D. Pedro en el *corrido*, y se verá que no anduvimos exagerados en otra ocasión al recordar el zumbido del abejorro junto al canto del ruiseñor. Es posible que la versificación disimule y encubra lo tosco de la urdimbre; pero no parece verosímil, pues sobre tela tan basta no se hacen buenos bordados, máxime en literatura, donde el bordador teje también la tela.

III

LINGÜÍSTICA FILIPINA

NOTA PRELIMINAR

Confieso que no sin rubor doy al público un trabajo tan incompleto sobre la lingüística filipina, que forma indudablemente la página más honrosa de nuestra dominación en el Archipiélago. Al ver que los misioneros no sólo han dado á aquellos naturales la cultura que hoy alcanzan, quizás toda la que alcanzar les sea permitido, sino que también les han formado á la par y puesto en las manos, pulida y en plena aptitud para la labor intelectual, aquella Babel de sus lenguas, instrumento primario y máximo con que los pueblos se levantan de la barbarie á la cultura y de la cultura á la civilización, asáltame el recelo de que mi pintura no corresponda á la magnificencia del original, y pueda acusárseme, como á los filipinos, de inhabilidad para aprovechar los materiales que tres siglos de labor continua han preparado.

Los sencillos cuadros siguientes llevarán al ánimo del lector el mismo convencimiento.

LINGÜISTAS (I)

<i>Franciscanos.</i>		<i>Agustinos:</i>	
De tagalo.....	15	De tagalo.....	23
De bicol.....	5	De pampango.....	10
De egongot ó iraya.....	2	De ilocano.....	10
De aeta.....	1	De visaya.....	6
De música y dialectos (*).....	2	De panayano.....	5
De lenguas ex trañas.....	{ Japonés (**).....	De isinay.....	2
	{ Chino.....	De igolote.....	1
	{ Cochinchino ó	De zambal.....	1
	{ anamita.....	De ilongote.....	1
	{ Manados ó Ma- casar.....	De igorrote.....	1
		De iruli.....	1
		De más de un dialecto (***).....	5
		De lenguas ex { Japonés.....	2
		trañas..... { Chino.....	4

(*) El más notable de éstos fué el P. *Peris de la Concepción*, que floreció en el siglo XVII.

(**) Entre éstos hay uno que también escribió en tagalo, fr. *Miguel Pérez*. En honor á la verdad, debe decirse que entre los escritores franciscanos de chino y japonés figuran algunos frailes extranjeros, que en el siglo XVII se incorporaron á la provincia de S. Gregorio, como fr. *Basilio de Cremona*.

(***) El P. *Marín* cultivó el igolote y el zambal; el P. *Méntrida*, el hili-guayno, el visaya y el araya; el Padre *San Agustín* el tagalo y el visaya; el P. *Cacho*, el isinay, el ilongote, el iruli y el igorrote; y finalmente, el Padre *Bergaño* el pampango y el ilocano.

Y cuenta que ha de haber forzosamente muchas omisiones en esos cuadros, ya padecidas por los crónicas primitivas, ya por los autores de los catálogos modernos, ya en fin, y muy principalmente, por lo perecederos que son los libros en aquel país, á causa del *anay*, polilla asiática, en cuya comparación es la nuestra un animalito inofensivo; á causa de la humedad, los incendios y los baguíos, y ante todo y sobre todo, á causa de haberse impreso hasta muy entrado el presente siglo en

(I) No ha de entenderse que sean estas dos Órdenes las que más escritores lingüistas han producido en Filipinas, sino que tienen mejor hecha y estudiada su bibliografía. Las otras no poseen catálogos especiales que faciliten este estudio, cuyo extraordinario desarrollo en España, apenas se ha dejado sentir en aquellas latitudes todavía.

Ponemos delante á los franciscanos, porque no puede al P. Plasencia disputarse la prioridad.

el liviano y detestable papel de arroz, que entre los dedos se vuelve ceniza. Así abundan tan poco en las bibliotecas europeas medianas series de libros filipinos, y pueden venderlos tan caros los libreros dedicados á esta especialidad, como Dufossé y Maisonneuve.

Algunos figuran en nuestros apuntes, aun siendo tan limitados é incompletos, que no constan en los catálogos de allá, ni en las mismas crónicas monásticas (1).

Recuérdese bien, para concluir, que aquí tratamos únicamente nosotros de la lingüística local; más claro aún de los dialectos que se hablan en el Archipiélago filipi, no, y no por cierto de obras consagradas á su difusión, que son infinitas, sino exclusivamente á su estudio y perfeccionamiento científico; tratamos de *Artes*, *Gramáticas* y *Diccionarios*, en una palabra.

ABELLA (V. M.).

Vade-mecum filipino Manual de la conversación familiar español-tagalog. Seguido de un curioso vocabulario de modismos manileños.

Manila, imp. Amigos del País, 1869
en 8.º

(1) Del primer caso citaremos dos ejemplos notables. El P. Hermosa de S. Buenaventura no aparece como escritor en el *Catálogo biográfico de los religiosos franciscanos de la provincia de S. Gregorio*, formado por fr. Eusebio Gómez Platero, impreso en Manila en 1880, en 4.º, siendo así que en el archivo de S. Francisco de Manila se conservan de él interesantes *Relaciones* y cartas de China, Siam, Camboja y Cochinchina, cuya copia forma en nuestra biblioteca dos gruesos volúmenes en 4.º Además escribió un *Vocabulario español cochinchino* y quizás también otro chino, que es posible se encuentren en algún archivo esculpio, pues un Padre de esta orden recogió el equipaje del P. Hermosa, al ocurrir su muerte en el mar.

Tampoco fr. *Joaquín de Coria* figura como escritor en el libro del Padre Platero, habiendo sido un profundo tagalista, muy conocido y apreciado en Madrid, que ganó en 1871 en pública oposicion la cátedra de tagalo creada en la Universidad Central.

Entonces escribió la *Gramática*, que en su lugar registramos.

AGUSTÍN (fr. Andrés de S.).

Arte de la LENGUA BICOL, para la enseñanza de este idioma en la provincia de Camarines, por nuestro hermano..... Predicador, Guardian del convento de S. Phelipe y Santiago del pueblo de Minalabag y Comisario provincial que fué de dha. prov. (Escudo de la Orden franciscana.)

Segunda vez reimpresso con las licencias necesarias, en el conv. de Nuestra Sra. de Loreto del pueblo de Sampaloc, por el hermano Pedro Argüelles de la Concepción Año de 1795.—VI-169 páginas en 8.º

La primera edición se hizo en 1647, y aun ésta de que hablamos, al parecer tercera, es rarísima.

Después fué refundido este *Arte* y perfeccionado. Véase *Crespo*.

AGUSTÍN (fr. Gaspar de S.)

Arte Tagalo.

Impreso en 1703.

No dicen más los bibliógrafos de la Orden, cosa extraña tratándose del famoso autor de las *Conquistas de las islas filipinas*, de la *Carta á un amigo que le preguntaba el natural y genio de los indios* y de tantas obras notables. También dejó manuscritas:

Adiciones al arte visaya del P. Métrida.

AGUSTINOS (dos religiosos). V. *Carro*.

ALAFON (fr. Mariano).

Notas y adiciones al arte pampango del padre Vergaño.

ALBIOL (fr. Miguel). V. *Carbonell*.

ALBURQUERQUE (fr. Agustín de).

Arte de la LENGUA TAGALA.

Fué el primero que se compuso, entre 1570 y 1580, según los escritores de la Orden de S. Agustín, aunque los

franciscanos adjudican la primacía al P. Plasencia. El manuscrito desapareció cuando saquearon los ingleses á Manila en el siglo pasado.

ALTER (Franz Karl).

Ueber die tagalische Sprache.

Wien. J. Th. V. Trattner, 1803, en 8.º

No teníamos noticia de esta obra hasta que se publicó la *Biblioteca Americana* de Mr. Leclerc.

ÁLVARO (fr.).

Arte pampango.

Así lo cita fr. Diego Bergaño en la *Advertencia al lector* de la obra igual que compuso. Del nombre de fr. Álvaro administraron varios frailes curatos de la Pampanga.

ANTONIO (fr. Francisco de S., más conocido entre los franciscanos con el sobrenombre de *Orejita*).

Institucion de la LENGUA TAGALA y Diccionario TAGALO.

De ninguno de estos manuscritos existe el menor fragmento; pero del *Diccionario* hay datos para atribuirle mérito sobresaliente. Era manual y compendioso, estando los términos escogidos con grande acierto y la correspondencia muy meditada, por lo cual era considerado como una autoridad en tagalismo. Se conservó largo tiempo, y aunque no se imprimió, se multiplicaron las copias, aprovechándose de él los Padres Santos y S. Lucar para sus respectivos *Diccionarios*. De él dice el padre Totanes en su prólogo:

“Otro Vocabulario manuscrito, que llamamos de *Orejita*, anda premanibus y con grande estimacion de nuestros religiosos por lo abundantísimo y manual que es; dificultad que solo pudo vencer su autor, que es *fray Francisco de S. Antonio*, alias *Orejita*, religioso nuestro y peritísimo en este idioma, porque fué tal su celo y aplicacion que hizo voto de *estudiar* todos los dias cierto número de términos tagalos.”

APACIBLE (D. Sinforoso).

Casaysayan nang gramática castellana inihalal sa niscang tagalog ni D..... profesor de latinidad y segunda enseñanza. 1.ª edición.

Manila, establecimiento tipolitográfico de Chofré y compañía, 1884.—
iv (sin foliar) 206 págs. en 4.º

Arte del idioma GADDANG en la mision de Paniqui.

Este MS. anónimo se guarda en la biblioteca de Santo Tomás, fechado en 23 de Julio de 1838.

ASUNCIÓN (fr. Diego de la—indio al parecer y franciscano).

Arte del idioma TAGALOG.

Diccionario TAGALOG.

Véase lo que de este autor y de sus obras escribimos en el Apéndice de la Pasión, núm. 10.

BENAVENTE (fray Alvaro de).

Arte y diccionario PAMPANGO.

Créese que el autor se llevaría sus manuscritos á China, donde murió en 1709.

BENEUCHILLO (fray Francisco).

Arte TAGALO.

Diccionario POÉTICO TAGALO.

BERGAÑO (fray Diego).

Vocabulario de la lengua PAMPANGA, compuesto en romance por.....

Manila, imp. de Ramirez y Girandier.
Sin año.

Es reimpresión, porque el P. Bergaño floreció en el siglo pasado, como lo demuestra la obra siguiente que posee:

Arte de la lengua pampanga. Compuesto por el P. Lector fr..... de el orden de los Hermitaños de Nvostro Padre San Agustin..... Prior del conv. de Bacolor.

En la imp. de la comp.^a de Jesus por
D. Sebastian Lopez Sobrino, año
de 1729.—xx (sin foliar) 363-14
(s. f.) págs. en 4.^o

Es malísima impresión, parte en papel común y parte de arroz. En 1736 se hizo otra no más cuidada, que también poseo incompleta.

BERMEJO (V. ENCINAS).

Bocabulario (sic) de la lengua GADDANA.—A. A.

Ms. anón.^o de 201 fojas en 4.^o en la
Bib. de S.^{to} Tomas de Manila.

Bocabulario (sic) de la lengua CABOLOANA, enmendado y añadidos más de mil y quinientos vocablos que faltaban en el antiguo. Traslado año de 1833, por un *Padre dominico*.

Ms. de 900 págs. en f.^o en la bib. de
S.^{to} Domingo de Manila.

BLANCAS ó DE S. JOSÉ (Fr. Francisco) de la orden de Predicadores.

Arte y reglas de la lengua tagala.

Manila, imp. de D. T. M. Dayot, á
cargo de Oliva, 1832, en 8.^o, 918
págs.

Esta es la última edición, que empieza con una larga dedicatoria á la Virgen en verso tagalo. La primera pasa por ser también el primer libro de la imprenta filipina, cuya introducción se debe al P. Blancas, á quien por error llama Blanco Nicolás Antonio, y Blancos, Echard, bibliógrafo general de la Orden. En la Biblioteca de la Universidad de Manila se conserva un documento autógrafo de los primeros años del siglo XVII, que refiere sobre poco más ó menos lo mismo que dice el P. Aduarte, en su *Historia de la provincia del Santo Rosario* de Filipinas, impresa en dos tomos en Zaragoza en 1693, á saber: "Que antes de 1609 no habia imprenta en las islas, ni quien la entendiese, ni fuéese ofi-

„cial de imprimir (por lo cual el P. Blancas) dió traza
„como hacerla por medio de un chino cristiano que vino
„á preparar todo lo necesario para imprimir, é imprimió
„estos libros„ (los ocho que aquel P. tenía escritos).

En efecto, esa primera edición del *Arte tagalo* se hizo en Bataan por Diego Talaghay en 1610. Maisonneuve en la *Americana* anuncia por 300 francos una edición de 1752, hecha en la imprenta del capitán D. Jerónimo Correa de Castro, y por cierto que dice llevar al principio varios himnos, que no son sino la dedicatoria á la Virgen de que hemos hablado.

El P. Blancas murió en Manila en 1614, cuando se disponía á venir á Madrid de Comisario de su Orden. Era tanta su fama de orador que le llamaban el *Demóstenes tagalo*.

BLUMENTRITT (Ferdinand).

Vocabular einzelner-Ansdrücke mid Redensarten, welche dem Spanischender Philippinischen Inseln eigenthümlich sind.—Mit einem Anhang. Bibliotheca Philippina.—Partes 1.^a y 2.^a Dedicadas á J. C. Labhart-Lutz, y D. T. H. Pardo de Tavera.

Sin pie de imprenta (1886).

Forman dos cuadernos en 4.^o de 132 páginas el 1.^o y 62 el 2.^o Traen sendos apéndices bibliográficos.

BRAÑA (fr. Miguel).

Diccionario TAGALO.

Se ignora su paradero.

BUENAVENTURA (fr. Pedro de S.).

Autor del primer *Diccionario tagalo* que pudo gozar los honores de la imprenta. Según el P. Rojo, sus ejemplares son tan raros que en la misma librería de San Francisco sólo se conservan dos, incompletos ambos, con principios y fines manuscritos. Uno de ellos tiene una portada, que parece copia de la impresa. Héla aquí:

Vocabulario de la lengua TAGALA, el romance castellano puesto primero. Primera y segunda parte. Por

Fr. Pedro de S. Buenaventura inútil é indigno Religioso Franciscano Descalzo. Dirigido á D. Juan de Silva Caballero del orden de S. Tiago, Gobernador y Capitan General de estas Islas y Presidente de su Audiencia y chancilleria Real. Con lissencia.

Ympreso en la Noble vella (sic) de Pila por Thomas Pimpin y Domingo Loag Tagalos. Año de 1613.

Es en folio. La primera parte, que contiene el castellano-tagalo, llega á la pág. 618 y concluye con el siguiente colofón:

Fin de la primera parte del Vocabulario de la lengua tagala. En el cual se puso la primera mano y pluma A 20 dias del mes de Mayo del año de 1606. Y acabóse de imprimir oy 27 de Mayo del año de 1613. Sigue una oración latina y finalmente un adorno con el nombre de Jesús y debajo los tres clavos.

La segunda parte empieza: *Jesus M.^a Joseph. Santa Ana. Segunda parte del Vocabulario La. (sic) lengua tagala puesta primero va á modo de un copia verborum.* No es posible fijar las páginas que tenía, porque el ejemplar sólo llega á la S, ante Y, en la página 693 (pues continúa la numeración de la primera parte). Colofón manuscrito, pero copia, sin duda, acaso incompleta, del impreso. Hélo aquí: *Gratias tibi Deus, gratias tibi vera et una Trinitas, una et summa deitas, sancta et una unitas. Amen. Et beata viscera Mariæ Virginis que portaverunt optimi Patris Filium. Fin del vocabulario de la LENGUA TAGALA. Impreso en la noble vella de Pila por Thomas Pimpin y Domingo Loag Tagalos. Año de 1613.*

Es un trabajo tipográfico bastante bueno, con algunas páginas muy notables por su limpieza y corrección. El P. Buenaventura murió en 1627, navegando por el mar del Sur.

BUGARIN (fr. José).

Diccionario IBANAG-ESPAÑOL compuesto en lo antiguo por el R. P..... Reducido á mejor forma por el R.

P. fr. Antonio Lobato de S.^{to} Tomas; compendiado por el R. P. fr. Julian Velinchon, vicario provincial. Reducido á metodo mas claro con un Suplemento y dado á luz por el R. P. fr. Ramon Rodriguez antiguo Ministro en Cagayan.

Manila, imprenta de los Amigos del país, á cargo de D. Miguel Sanchez, 1854, 800 páginas en folio.

Ponderan mucho los inteligentes las perfecciones introducidas en esta obra por su último editor, llamado en la Orden dominica el P. Ramoncito.

CACHO (fr. Alejandro), agustino calzado.

Origen y costumbres de los issinays, ilongotes, irulis é igorrotos.

¿Y sus lenguas? Parece natural que también tratara de ella en obra tan interesante. Los cronistas de la Orden sólo dicen que era un tomo en castellano.

CAMARENA ó S. JOSÉ (fr. Francisco de).

Escribió una *Gramática TAGALA*, de la cual no existe el menor antecedente en los archivos ni en las historias de Filipinas, pero su existencia es indudable en vista de un manuscrito que posee la Academia de la Historia, así rotulado: *Arte de la lengua tagala, sacado de la que imprimió el P. fr. Francisco de S. Joseph de los Descalzos de la Observancia.*

En 4.º de 146 páginas.

CARBONELL (fr. José), agustino.

Tesauro ilocano.

En el prólogo de la edición moderna del *Arte ilocano* del P. López se habla de este *Tesauro*, que enmendó y añadió fr. Miguel Albiol. Parece que no ha llegado á imprimirse.

CARRO (fr. Andrés).

Vocabulario de la lengua ILOCANA por varios Religiosos de la orden de N. P. S. Agustin, cordinado por

el M. R. P. Predicador..... y puesto en mejor orden alfabético por dos religiosos de la misma orden.

Manila, imp. de Sto. Tomás, 1849.

V. *Lopez* (fr. Francisco).

CORIA (fr. Joaquín de).

Nueva gramática-tagalog teórico práctica.

Madrid, imp. de García, 1872.—552
páginas en 4.º

Aunque franciscano de la Provincia de S. Gregorio, el autor se hallaba en Madrid, y era catedrático de tagalo en la Universidad Central, como hemos dicho. La Orden había desaprobado su ingreso en el claustro universitario.

CORONEL (fr. Francisco), agustino.

Reglas para aprender el idioma pampango.

CRESPO (fr. Manuel), franciscano.

Arte del idioma BICOL para la enseñanza de este idioma dispuesto y ordenado por nuestro H. fr. Andrés de S. Agustín; dalo á luz corregido y adicionado en obsequio á sus hermanos, fr. Manuel M.^a Crespo.

Manila, tipografía de Ramirez y Giraudier, á cargo de Miralles, 1879.
XII-239 páginas en 4.º

CUEVAS (fr. José M. Fausto).

Arte nuevo de la lengua IBANAG, compuesto por el R. P..... Vicario del pueblo de S. Pablo apostol de Cabañan; 2.^a edición. Embellecida con un índice y unas tablas-mapas de los derivados de los nombres y verbos de Ibanag.

Manila, 1854; imp. de los Amigos del País, á cargo de M. Sanchez.—
366-26 páginas en 8.º

Lleva al final con paginación distinta, unas *Tablas de los derivados de los nombres y verbos y conjugación del verbo ibanag.*

La 1.^a edición es de 1826.

ENCARNACION (fr. Juan Félix de la), agustino recoleto.
Diccionario VISAYA-ESPAÑOL y español-visaya, corregido y aumentado. 2.^a edición.

Binondo, imp. de Sanchez y Compañía, 1866.

Poseo una 3.^a edición en dos hermosos volúmenes, hecha en la imp. de Amigos del País en 1885, *aumentada con más de 3.000 voces por el R. P. fr. José Sanchez, y la cooperación de varios Padres Recoletos.*

ENCINAS (fr. Francisco).

Arte de la lengua CEBUANA.

Lo compendió posteriormente el padre Bermejo. Yo tengo una copia manuscrita, que difiere algo del compendio impreso.

Dice el padre Zueco en el prólogo de su *Método Ollendorff para aprender el visaya*:

„La gloria de ser el primero en metodizar el estudio „del dialecto bisaya pertenece toda al P. Encina y esto „solo bastaria para recordarlo con respeto y merecer „bien de las letras bisayas. La gramatica, que á pesar de haber sido escrita hace mas de un siglo, es muy „buena, aprovecha todavia al que ya sabe hablar y „quiere perfeccionarse en el bisaya.”

El P. Zueco, gran autoridad en bisaismo, unas veces escribe este vocablo con b y otras con v, como se verá en su artículo.

ESQUERRA (Domingo, de la Compañía de Jesús).

Arte de la lengua bisaya de la provincia de Leyte, compuesto por el P..... Lleva injeridas algunas advertencias de la lengua de Zebu y Bohol.

Reimpreso en 1747.

FERNANDEZ (E.)

Vocabulario tagalo-castellano.

Manila, imp. de Esteban Balbas, 1883,
 en 8.º

Nuevo vocabulario ó Manual de conversaciones en español, tagalo y panpango. 2.^a edición.

Id. fd., 1882, en 4.^o

El autor es un mestizo, hijo del propietario de la librería tagala establecida en la plaza de S. Gabriel.

FERNANDEZ COSGAYA (fr. Lorenzo).

Diccionario PANGASINAN español, compuesto por el M. R. P..... del Sag. Ord. de Predic. Ministro que fue de esta provincia de Pangasinan. Aumentado, ordenado y reformado por el M. R. P. Vicario provincial y foraneo, fr. Pedro Vilanova de la misma Orden, Vicario y cura párroco de Binmaley.

Manila, 1865. Estab. tipog. del Colegio de S.^{to} Tomás, á cargo de don Babil Saló.—En folio, 700 páginas.

FIGUEROA (fr. Antonio), franciscano.

Arte del idioma BISAYA de Samar y Leyte.

Manila, imprenta de Bruno Gonzalez Moras, calle de Anloague, 1872.
138 páginas, en 4.^o

Se había hecho otra edición por la misma imprenta en 1870.

HERREJÓN (fr. Santos).

Lecciones de gramática BICOL-HISPANA por..... Religioso franciscano, párroco de Oas en Albay. (Está declarada de texto para las escuelas de aquella provincia.)

Binondo, establecimiento de Perez hijo, 1882.

HEVIA CAMPOMANES (fr. José).

Lecciones de gramática hispano-tagala, compuesta por el M. R. P..... del Orden de Predicadores, 3.^a edición.

Manila, establecimiento tipográfico del Colegio de Santo Tomás, á cargo de D. G. Memige, 1883.—En 4.^o, 256-4 páginas.

Esta es la que poseo. Las otras ediciones son de 1872 y 77. Su respetable autor se halla actualmente en Madrid para consagrarse obispo de Nueva Segovia, justo premio á las persecuciones de que fué objeto en Manila el año pasado como párroco de Binondo.

JESÚS (fr. Bernardino de).

Arte del idioma tagalog.

Ms?

Ni lo conozco ni lo he visto citado nunca Tomo esta noticia de un *Inventario* de las casas jesuitas hecho cuando la expulsión.

JIMÉNEZ (fr. Cristóbal), de la Compañía de Jesús.

Poética cristiana y preguntas en lengua visaya, y juntamente una Introducción á esta lengua y confesonario breve; 3.^a edición.

Manila, 1732.

JOSÉ (fr. Francisco de S.).

V. Blancas y Camarena.

LOBATO (fr. Antonio).

Gramática ibanag.

La cita el P. Cuevas en el prólogo de la suya, sin decir si es impresa ó manuscrita, acusando al autor de haber copiado al P. Iñiguez. V. *Bugarín*.

LÓPEZ (fr. Francisco).

Arte de la lengua ILOCANA compuesto por el P. Predicador fr..... del Orden de N. P. S. Agustin y Ministro por muchos años de la prov.^a de Ilocos. Año de 1628. Corregido y añadido segun lo que ahora se usa por el M. R. P. Predicador fr. Andres Carro del mismo Orden..... Segunda imp. con las lic.^{as} neces.^{as}

En el conv. de N.^a S.^a de Loreto del pueblo de Sampaloc. Por el herm. Balthasar Mariano, donado franciscano. Año de 1793.

LISBOA (fr. Marcos de).

Vocabulario de la lengua BICOL.

Según el P. Rojo, hay dos ediciones de esta importantísima obra, única en su clase. De la primera, que debió hacerse el año de 1754 en la imprenta que la Orden tenía en su convento de Sampaloc, extramuros de Manila, existe en la biblioteca de San Francisco un ejemplar, por desgracia incompleto. Está en folio, y la primera parte, que comprende el *Bicol-castellano*, cuenta 764 páginas. La segunda sólo llega en este ejemplar á la letra T, página 160. De la censura del P. Morales, única que se conserva, consta que corrían muchas copias manuscritas, que ya en varias ocasiones había pensado la Orden franciscana imprimirlo, y que se publicó al fin muy mejorado, merced á un religioso que no se nombra, que añadió muchos términos al manuscrito del P. Lisboa, principalmente en la parte castellana bicol, que era muy defectuosa.

La edición que hoy corre es la siguiente:

Vocabulario de la lengua Bicol compuesto por el M. R. P..... Reimpreso á expensas del Excmo. é Ilmo. señor Dr. fr. Francisco Gainza, Obispo de Nueva Cáceres, etc.

Manila, en la imp. de Santo Tomás,
á cargo de D. Babil Saló, 1865.
(Un tomo en folio.)

La Americana lo anuncia por 150 francos.

También escribió el P. Lisboa el primer *Arte del idioma bicol*. Se ignora su paradero.

LOZANO (fr. Raymundo).

Cursos de lengua panayana por..... cura parroco de San Miguel.

Manila, impr. del Colegio de Santo Tomás, á cargo de P. Memije,
1876. 232 páginas en 4.º

LUCAS (fr. Francisco de S.), franciscano que florecia al mediar el siglo XVII.

Diccionario de los principales idiomas de las islas Filipinas.

Dice el P. Rojo que, así como suena, es difícil admitir esta noticia, que da la *Bibliotheca universa franciscana*.

MADRE DE DIOS (fr. Sebastian de la), franciscano.

Arte de la lengua ilogota.

MAGDALENA (fr. Agustín de la).

Arte del idioma tagalog.

Impr. en México en 1679.

MALLAT (J.).

Les iles Philippines considerées au point de vue de l'hydrographie et de la linguistique. Suivi d'un coup d'œil sur les idiomes de ces iles, d'un recueil de phrases, de dialogues et d'un Vocabulaire français, Tagalog et Bisaya.

París, impr. Pollet y Compañía, 1843,
en 4.º menor.

Se ha hecho muy raro este cuaderno en Francia mismo, y aunque á mí no me costó mi ejemplar los 30 francos en que lo tasa Mr. Leclerc, tuve que pagarlo á sobreprecio. Es curioso, aunque no tanto, para los que lo comparen con el capítulo Lenguas del tomo II del *Informe sobre el estado de Filipinas*, por D. Sinibaldo de Mas.

MARÍN (fr. Esteban, Agustino calzado).

Arte y Diccionario de la lengua igolota.

Quedaron inéditos por haber asesinado al autor los igolotes en la sublevación de 1601.

MARTÍN (fr. Julián). Véase *Méntrida*.

MARTÍNEZ VIGIL (fr. Ramon, de la orden de Predicadores, en la actualidad obispo de Oviedo).

Diccionario de los nombres vulgares que se dan en Filipinas á muchas plantas usuales y notables del mismo Archipiélago, con la correspondencia científica, la clasificación natural y la indicación de su uso.

Madrid, impr. de la viuda é hijos de
Aguado, 1879, en 4.º

MEYER (Dr. A. B.).

Ueber die negritos oden Aetas der Philippinen.

Sin pie de impr., en 4.º, con láminas.

Además de una larga nota bibliográfica en la pág. 50, contiene un ligero *Vocabulario comparado del lenguaje de los aetas de Mariveles y Zambales* (grupos distintos), con el tagalo, pampango y alemán.

MÉNTRIDA (fr. Alonso de).

Arte de la lengua Bisaya Hiliguayna de la isla de Panay. Compuesto por....., de la orden de San Agustín: con licencia de los superiores.

Impr. en Manila en la imprenta de
D. Manuel Memige, por D. Anas-
tasio Gonzaga. Año de 1818.

Desconócese la primera edición de este libro, que debió hacerse antes de 1636, año en que murió el autor.

Diccionario de la lengua Bisaya Hiliguayna de la isla de Panay. Compuesto por N. R. P. fr..... Provincial, que fué de esta provincia del Santmo. Nombre de Jesús de Filipinas: con superior permiso.

En la impr. de D. Manuel y de don
Félix Dayot, por D. Tomás Oliva.
Año de 1841, en folio menor.

Al anunciar Leclerc esta edición por 125 francos, advierte que son dos obras, pues á la reimpresión del padre Méntrida, que ocupa hasta la pág. 460, sigue hasta la 827 el *Diccionario hispano-bisaya*. Compuesto por el P. fr. Julián Martín, cura del pueblo de Tigbanan, en la provincia de Ilo-Ilo. (En la misma imprenta.)

MIGUEL (fr. Rodrigo de S.).

Arte y diccionario de la lengua tagala.

Los escasos escritores de la provincia de San Nicolás de Tolentino, de Agustinos Descalzos (Recoletos), no ex-

presan el paradero de los manuscritos de este varón incomparable, verdadero prototipo del misionero apostólico, marino, poeta, médico, lingüista, viajero infatigable, observador profundo. Poseyó las lenguas hebrea, caldea, griega, latina, persa y árabe; tenía el don de connaturalizarse con los países por donde viajaba, levantando sus planos y describiendo sus costumbres. Por cierto que en el libro impreso por la Provincia recoleta en 1879, especie de *Nómina ó Estado actual*, hallamos, con ocasión de los viajes de fr. Rodrigo de San Miguel, una noticia curiosísima, que hace exclamar con más razón que nunca: *Nihil novum sub sole*. Se trata de palomas mensajeras en el primer cuarto del siglo XVII, y confirma una noticia de las *Andanzas e viajes de Pero Tafur*, que había parecido un poco fantástica.

„Partió (dice) fr. Rodrigo con una caravana de mil „camellos y gran numero de palomas, de que le proveye- „ron los ciudadanos caldeos, para que les notificase el „punto donde se encontraba, ingeniosa traza de cartearse „aquellas naciones. Prenden un billetito á la paloma en „la patita, y soltándola, vuela á la querencia.,,

MINGUELLA DE LAS MERCEDES (fr. Toribio).

Ensayo de gramática hispano-tagala, compuesta por.....
de la Congreg. de Agustinos Recoletos de Filipinas, Comis. actual y procurador en la Corte de Madrid.

Manila, imp. de Plana y Comp.^a 1878.
302 págs. en 4.º

Método práctico para que los niños y niñas de las prov. tagalas aprendan á hablar castellano, por el R. P. fr. Toribio Minguella, agustino Recoleta. Premiado en certamen pub.^{co} por la Dir.^{on} de Admon. civil.

Manila, tipo-litog.^a de Chofré y compañía, 1886.—162-2 págs. en 4.º

Este certamen es un timbre de gloria para la moderna Administración, y puedo calificarlo así con tanto mayor desembarazo, cuanto que toda ella corresponde al

ilustre general Jovellar y á mi digno antecesor en la Dirección, D. Rafael Ruiz Martinez. Un decreto de 25 de Septiembre de 1883 abrió un certamen público para premiar gramáticas en los principales dialectos del país, para aprender el castellano. Por falta de práctica en asuntos académicos, ni la Dirección exceptuó ni rechazó el Jurado, que presidía fr. José Hevia Campomanes, las obras impresas ya, y se presentaron algunas que estaban declaradas de texto y habían recibido por consiguiente un premio análogo. Se impuso, pues, la necesidad de expedir en Octubre de 1885 un segundo decreto en que se llenaban las omisiones del anterior, calificando la importancia de los dialectos filipinos, la que habían de tener las obras que se presentasen, con excepción rigurosa de las ya impresas, y por último, para llenar los fines patrióticos y científicos del concurso se prorrogó indefinidamente hasta que los siete dialectos principales, excepto el tagalo, quedasen dotados de su correspondiente gramática-modelo para los indios.

Se exceptuó el idioma del grupo luzónico, porque el *Método práctico* del P. Minguella reunía todas las condiciones exigidas por ambos decretos (inédito, manuscrito y superior, según el Jurado), y obtuvo el premio de 500 pesos, haciéndose por la Dirección una tirada de 10.000 ejemplares.

Lleva en la anteporta el lema con que fué presentado al certamen, que es el siguiente: *A la íntima y perpetua union de Filipinas á España*, y al final, en hoja perdida, una certificación mía de haber obtenido el premio. La edición se entregó íntegra á la Orden recoleta.

Estudios comparativos entre el tagalo y el sanscrito.

Mad., imp. del Globo, 1887.

Con motivo de la Exposición de Filipinas y con este mismo título, el periódico *El Globo* coleccionó en un volumen de 224 páginas en folio, con 34 grabados, entre ellos el retrato de D. Víctor Balaguer, varios trabajos importantes que había publicado acerca del Archipiélago.

go. El del P. Minguella, de que se hizo especial tirada, lo es tanto más, cuanto que forma parte de una obra magna que prepara sobre las relaciones entre el sanscrito y el tagalo.

MONTES (fr. Jerónimo), de la Orden de S. Francisco.

Arte del idioma tagalog. Diccionario del idioma tagalog.

Manuscritos cuyo paradero se ignora, aunque parece que fué este autor de los primeros que se vieron impresos en Filipinas, pues se hace remontar á 1610 la edición príncipe de su *Devocional tagalog*.

MORENO (fr. Sebastián).

Sobre el modo de comprender el idioma pampango y su poesía.

Ms. en dos tomos.

Hechas las mayores diligencias para encontrar esta obra, creemos firmemente que hoy no existe.

NAVES (fr. José).

Gramática hispano-ilocana, compuesta por el R. P. fr...

Agustino calzado, cura párroco del pueblo de Santo Tomás (en la Unión).

Manila, imp. de Amigos del País,
1876, en 4.º

Sacó esta impresión tantas erratas, que ocupan 14 páginas nada menos.

NOCEDA (el P. Juan de) y SANLUCAR (el P. Pedro de), de la Compañía de Jesús.

Vocabulario de la lengua tagala, compuesto por varios religiosos doctos y graves y coordinado por..., últimamente aumentado y corregido por varios religiosos de la Orden de Agustinos calzados.

Reimp. en Manila, por Ramirez y Giraudier, 1860. Un tomo en folio.

La primera edición se hizo en 1754, según las licencias y censuras, que son por cierto interesantísimas á la historia lingüística, principalmente la de fray Blas de Plasencia.

OCHOA (fr. Diego).

Arte y Diccionario del idioma pampango.

Debieron de ser los primeros, pues el autor llegó á las islas en 1577. En el convento de Lubao se conservaban sus manuscritos.

OLIVER (fr. Juan).

Completó el *Arte* y el *Diccionario tagalo* del P. Plasencia, añadiéndole los adverbios y partículas. La *Crónica de la provincia de San Gregorio*, por el P. Puga, que se conserva inédita en el archivo de San Francisco de Manila, nos ha dejado la única noticia que existe de estos trabajos inéditos del P. Oliver. "Escribía (dice) é „investigaba muy de propósito las voces y vocablos de „la lengua y su propia pronunciacion, notando aun los „afectos más imperceptibles que son necesarios para „pronunciar con propiedad cada palabra, las tonadas y „otras particularidades que dejó deslindadas con grandísima individuacion y claridad."

Los manuscritos del P. Oliver se conservaban aun á mediados del siglo XVIII, pues el P. Oyanguren en el *Tagalismo elucidado*, recomienda mucho su estudio á los que deseen construir las oraciones con elegancia en aquel idioma.

ORTIZ (fr. Tomás).

Arte y reglas de la lengua tagala.

Imp. en el convento de Nuestra Señora de Loreto del pueblo de Samaloc en 1740, en 4.º

Leclerc le supone un precio de 300 fr. También compuso el P. Ortiz un *Diccionario hispano-tagalo*, que ignoramos si se imprimió.

OYANGUREN (fr. Melchor), franciscano.

Tagalismo elucidado y reducido en lo posible á la Latinitad de Nebrija. Con su Syntaxis, Tropos, Prosodia, Passiones, etc. y con la alusion que en su uso y composición tiene con el dialecto chinico-mandarin, con las lenguas hebrea y griega.

Con licencia en México en la imprenta de D. Francisco Xavier Sánchez.

En la calle de S. Francisco, año de 1742.—Un tomo de VIII-228 páginas en 4.º

Es obra importantísima y casi tan rara como el *Arte de la lengua japonesa*, del mismo autor, que celebra el barón de Humboldt con tanto encarecimiento y que en copia manuscrita lo conservaba Klapproth como un tesoro. En mérito no corren parejas ambos libros.

Diccionario trilingüe, tagalog-castellano-cántabro. No llegó á imprimirse.

PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (Un).

Título árabe con la traducción siguiente:

Compendio de Historia universal desde la creación del mundo hasta la venida de Jesucristo, y un breve vocabulario en castellano y en moro maguindanao. Por un misionero.

Singapore; impr. de Koh Yew Hean, 1888.

El autor debe ser el mismo P. jesuita, que publicó en Manila en 1885 un *Catecismo de la doctrina cristiana en castellano y en moro maguindanao*.—Impr. de Valdeco, en 8.º

PARDO DE TAVERA (T. H.).

Contribución para el estudio de los antiguos alfabetos filipinos.

Losana, 1884, imp. de Faussin hermanos. En 4.º

Lleva al final en pliego un cuadro comparativo muy curioso de los alfabetos tagalo, ilócano, bisaya, panga-

sinan y pampango, tal y como los publicaron los padres Chirino, San Agustín, Ezquerria, Métrida y D. Sinibaldo de Mas, Mr. Jacquet, Mr. Riedel y Mr. Thevenot.

Consideraciones sobre el origen del nombre de los números en tagalog.

Manila, imp. de Chofre y comp.^a,
1889, en 4.º

La España oriental, revista que se publica en Manila, ha dado á luz este trabajo del Sr. Pardo, antes de convertirse en folleto.

PASTOR (fr. Manuel).

Arte tagalo.

PELLICER (fr. Mariano).

Arte de la lengua Pangasinana ó Cabaloan, corregido, aumentado y llevando en sí mismo el compendio, por el M. R. P..... Vicario provincial y cura párroco de Lingayen.

En Santo Tomás de Manila, por don
Cándido Lopez, año de 1840.

Poseo una segunda edición de este libro hecha en 1862, en la imprenta de Santo Tomás, á cargo de don Juan Cortada, que forma un tomo de 176-4 páginas en 4.º

PLASENCIA (fr. Juan de).

Arte de la lengua tagala. Diccionario tagalo. Coleccion de frases tagalas.

El autor, patriarca de los primeros franciscanos que fundaron la provincia de S. Gregorio, llegó á las islas en 1577 y murió en 1590, por lo cual sus estudios tagalos se consideran la base de todos los que después se han hecho. Excusado es añadir que no se imprimieron.

QUIÑONES (fr. Juan de).

Arte y Diccionario tagalos.

Parece que los presentó como el P. Plasencia al primer Sínodo de Manila, celebrado en 1581.

RAJAL (Joaquín).

Vocabulario comparado de dialectos del Archipiélago filipino.

Ms.

Fué presentado á la Sociedad geográfica de Madrid en su sesión de 12 de Junio de 1889, á nombre del autor, que también le ofrecía una *Descripción de parte de Mindanao* y una *Monografía de la provincia de Nueva Écija*.

RELIGIOSO DE STO. DOMINGO (Un).

Arte tagalo en verso latino.

RELIGIOSO DE S. FRANCISCO (Un).

Arte tagalo en verso castellano.

Son noticias que da en su prólogo el P. Totanes, que omite si esas obras están impresas ó manuscritas, aunque él las había leído "con admiración y complacencia."

RELIGIOSOS DOMINICOS (Dos).

Diccionario español-ibanag ó Tesouro hispano-cagayan, sacado de los manuscritos antiguos y nuevam.^{te} corregido y añadido en gran parte por.....

Manila, imprenta de Ramirez y Giraudier, 1867.—512 págs. en 4.º

RODRÍGUEZ (Ramón—el P. Ramoncito).—V. *Bugarin*.

ROSA (fr. Bernardo de Santa).

Arte y Diccionario del idioma de los aetas.

SAAVEDRA (fr. Marcos de), religioso dominico.

Arte para aprender la lengua de los naturales de Nueva Segovia.

No consta que esté impreso.

SALVÁ (Eusebio), comandante de infantería.

Vocabulario militar y guía de la conversacion español-tagalog-visaya.

Manila, imp. de M. Perez, hijo, 1884, en 4.º mayor.

Forma el volumen segundo de la *Biblioteca de la Revista del ejército y armada de Filipinas*.

SÁNCHEZ (fr. Antonio), franciscano.

Gramática Visayo-Hispana precedida de algunas lecciones prácticas que familiaricen á los niños indígenas con el idioma castellano. Compuesta para uso de las escuelas de la prov. de Samar, por el R. P. fr..... de la Religion de S F.^{co} de Asís y cura párroco del pueblo de Borongan.

Manila, establecimiento tipográfico
de C. Miralles, 1878.—XXVI-112,
4 págs. á dos columnas.

Diccionario Bisaya-Español, compuesto por..... para las provincias de Samar y Leite.

Manila, imprenta de Amigos del Pais,
244 páginas en folio,

Preparaba este mismo autor en 1887 un *Diccionario español-bisaya*. También presentó una *Gramática hispano-bisaya* (ó sea para aprender el español los bisayos) al certamen abierto por la Dirección civil en 1883.

SÁNCHEZ (fr. Miguel), franciscano.

Arte de la lengua tagala.

Escribió dos veces esta obra, mejorándola tanto en la segunda que pudo considerarse como nueva. Dedicó atención preferente á las ligazones, parte tan esencial como difícil de la gramática tagala, tanto que puede decirse que agotó la materia. El tratadito sobre ligazones, que trae el P. Totanes en su precioso *Arte tagalo*, es un extracto del P. Sánchez, que murió en 1716.

SÁNCHEZ (Mateo, de la Comp.^a de Jesús).

Vocabulario de la lengua tagala..... aumentado por los padres de la misma Comp.^a para uso y comodidad de los ministros Bisayas.

Manila, 1611.

SÁNCHEZ (fr. José).—V. *Encarnación*.

SANLUCAR (P. Pedro, de).—V. *Noceda*.

SANTOS (fr. Domingo de los).

Vocabulario de la lengua tagala, primera y segunda

parte. En la primera se ponen (sic) primero el castellano y despues el tagalo, y en la segunda al contrario, que son las raíces simples con sus acentos. Compuesto por nuestro Herm. fr..... ex difinidor de la Santa provincia de S. Gregorio de Religiosos menores descalzos de la regular observancia de nuestro Seráfico P. S. F.^{co} en estas islas Filipinas y dedicado á la misma Prov.^a

Impreso en la muy noble v.^a de Tayabas Anno Domini MDCCIII (un grabado en madera bastante malo con el busto de Jesús en perfil encarnado y dos inscripciones concéntricas terminan la portada).

Declara el autor haber sacado muchos verbos y raíces de los Vocabularios de los PP. S. Buenaventura y Orejita.

Se cree esta primera edición desconocida completamente, pero existen por lo menos dos ejemplares, el de la colección de Mardsen, y el de la Biblioteca de S. Fran.^{co} de Manila, que está en muy buen uso. Otras particularidades curiosas tiene esta primera edición, que omitimos en gracia á la brevedad.

Hizose la segunda en 1794 en el convento de Sampaloc, y poseemos una tercera edición, que también es ya bastante rara, hecha por Tomás Oliva en la imprenta de Dayot en 1835, en folio.

En la *Americana* aparece tasado en 130 francos un ejemplar de la segunda edición, y la tercera, por tener algunos desperfectos, en 120.

Escribió además el P. Santos un *Arte de la lengua tagala*, de cuyo manuscrito sólo se conservan algunos pliegos, que yo tengo copiados.

SERRANO (Rosario).

Diccionario de términos comunes tagalo-castellanos.

Manila, imp. del colegio de Santo Tomás, 1854, en 4.^o

Hasta tal punto exagera Leclerc sus tasaciones de libros de lingüística, que á éste le fija el precio de 20 francos, siendo un cuadernillo de 150 págs., muy abundante y vulgar en Filipinas.

SERRANO (Pedro).

Diccionario de la lengua tagala.

En publicación.

La prensa de Manila discute en estos momentos con gran calor algunas innovaciones que contiene, y que nosotros no podemos apreciar todavía.

SCHUCHARDT (Hugo).

Kreolische studien.—IV.—Ueber das malaiospanische der Philippinen.

Vien, 1883. Druck von Adolf Holzhausen, en 4.º

Forma, por lo visto, la cuarta serie de un estudio sobre el lenguaje de los criollos, que en este caso lleva el nombre de *castellano de cocina*, del cual trae curiosísimos ejemplares, aunque sin agotar la materia ni mucho menos.

Tesouro de la lengua de Pangasinan.

Ms. de 200 folios en 4.º, de un autor dominico, hoy existente en poder de fr. José María Ruiz. Lleva esta nota de letra antigua: "Es de Vizente Lopez de Vera, „del pueblo de S. Carlos de la provincia de Pangasinan, „criado del M. R. P. vicario de este pueblo de Salasa, „fr. Juan Sanchez. Enero 20 de 1788 años., Según el padre Ruiz es buen trabajo.

TOTANES (fr. Sebastián), franciscano.

Arte de la lengua Tagala y Manval Tagalog para la admon. de los santos sacramentos.

Sampaloc, imp. del convento de Nuestra Sra. de Loreto, Extramuros de la ciudad de Manila, 1745.

La segunda obra lleva portada especial con el título *Manval tagalog para auxilio á los religiosos de esta sun-*

ta provincia de S. Gregorio Magno de franciscos descalzos.....

El *Arte* tiene 13 foj, 135-5 pág. y el *Manual* 218-2 en 4.º á dos columnas.

Al anunciar Mr. Leclere el volumen por 250 francos, lo califica como la mejor obra para el estudio del tagalo.

Hay tres reimpresiones hechas en Manila en 1796, 1850 y 1865.

VELLOQUÍN (fr. Juan), agustino calzado.

Estudio sobre las lenguas isinay y de Ituy.

Manuscrito en dos tomos, que existía en el convento de Candaba.

VERDUGO (fr. Andrés), agust. calzado.

Arte tagalo.

Impreso en 1649.

También se atribuye á este autor una *Historia de la nacion tagala*, en lo cual, como no haya error, hay una gran pérdida, por lo menos para la curiosidad literaria.

VILANOVA (fr. Pedro). V. *Fernández Cosgaya*.

Vocabulario tagalo.

Manuscrito anónimo de un P. Dominico, que existe en la Biblioteca de la Universidad de Santo Tomás. Es un volumen de 320 fojas.

YBÁÑEZ DEL CARMEN (fr. Aniceto), agustino descalzo, cura párroco de Agaña.

Diccionario español-chamorro, dedicado á las escuelas de las islas Marianas.

Manila, imp. de Ramirez y Giraudier,
1865, en 4.º

Gramática chamorra, para que los niños de Marianas aprendan el castellano.

Manila, imp. de Ramirez y Giraudier,
1865, en 4.º

Este fraile, famoso por sus trabajos apostólicos en

Marianas y por haber asistido en calidad de jefe de los misioneros á nuestra desastrosa y frustrada primera expedición á Carolinas en 1885, ha compuesto últimamente y debe haber dado ya á la imprenta otro libro en chamorro para los confesantes, pues yo he visto sus manuscritos preparados para ello.

YÑIGUEZ (fr. Juan), de la orden de Santo Domingo.

Gramática ibanag.

Impresa en el siglo pasado.

Así se infiere de lo que dice el P. Cuevas en el prólogo de su *Arte nuevo*, aunque los escritores y bibliógrafos de la orden prescindan por completo del P. Iñiguez. *Cicerón de Ibanag* le llama el autor citado, añadiendo que "aunque este grande hombre oscureció la gloria de „ todos sus predecesores, no acertó todavía con el arte „ de la lengua ibanag. Sus estudios, ceñidos á la idea de „ las gramáticas europeas, no pudieron conseguir el objeto de la que él escribía, sumamente diversa de aquéllas. De quí es que, aunque su arte, admirable á todas „ luces, dió un nuevo ser á esta gramática, no es capaz „ de informar á los principiantes del verdadero espíritu „ de la lengua ibanag.

„ Sin embargo, este grande hombre fué el primero que „ supo metodizar y sujetar á reglas todas las partes de „ la oracion ibanag; pero generalizó demasiado estas „ reglas, y esta circunstancia, si hace que su arte sea maravillosamente claro, fácil y asequible á sus lectores, „ hace también que caigan en error, fiados en aquella „ misma facilidad.

De estas palabras se deduce evidentemente que se imprimió la gramática del P. Iñiguez, que fué la primera ibanag, y de otras se deduce asimismo que la citada impresión debió verificarse de 1720 á 1730.

ZARZA (fr. Francisco de la), franciscano que murió en 1810.

Arte del idioma egongot.

Se ignora su paradero. Yo poseo manuscrito un *Catecismo egongot*, en que colaboró el P. Zarza.

ZUECO DE S. JOAQUÍN (fr. Ramón).

Método del Dr. Ollendorff p.^a aprender á leer, hablar y escribir un idioma cualquiera, adaptado al Visaya por el M. R. P. Lector..... Agustino Recoleta, Vicario Provincial y Foraneo del 2.^o distrito de Mindanao (Misamis) y cura párroco de Cagayan de Oro.
—2.^a edición.

Manila, imp. Amigos del país, 1884,
— VI (sin foliar) 272-120 págs.
en 4.^o

La segunda parte, con paginación distinta, es *Clave de los temas*.

IV

EL PODER DE UNA PASIÓN

DRAMA TRÁGICO

ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN PROSA, IMPRESO EN MANILA
POR VALDEZCO, GUEVARA Y COMPAÑIA, EN 1883

Recordaremos al lector que únicamente se trae aquí esta obra como prueba de los estragos que produce el clima en la función intelectual, aun de las llamadas primeras sangres europeas.

El autor de *El poder de una pasión*, ya lo hemos dicho, es hijo de un bizarro Jefe de nuestro Ejército, que en cuantas ocasiones se le presentaron en el Archipiélago supo honrar el apellido que llevaba, ilustre en la historia de la guerra carlista.

Su joven heredero se dió á conocer en Filipinas con el drama *El poder de una pasión*, y hoy en España perora y diserta por esos círculos más ó menos literarios, aunque con mejor intención que acierto, según me dicen, pues no tengo el gusto de conocer su persona. Recientemente ha repartido una especie de prospecto para formar una especie de tribunal para las obras dramáticas que permanecen inéditas contra la voluntad de sus autores, comprometiéndose él á costear la representación de las que obtengan un fallo favorable.

Algunos periódicos, entre ellos la REVISTA CONTEMPORÁNEA, han reproducido ese prospecto sin comentarios; pero el *Madrid Cómic* del 2 de Noviembre, considerán-

dolo como una apelación ante el público contra las empresas teatrales, dijo con muy buen sentido que lo que ellas desean, de lo que carecen y lo que con más afán buscan son obras nuevas, pero..... que sean buenas ante todo y sobre todo. Eso es lo que no hay.

Volviendo á la que publicó en Manila en 1883, creerla producto de un ingenio español cuesta más trabajo que adivinar el propósito con que la hizo. De conocimientos gramaticales, y sobre todo ortográficos, más ayuno parece el autor que los mismos tagalos. Frecuentísimamente comienza las oraciones con minúscula, y las cierra donde le place, sin punto final, pasando tan fresco á otro asunto. En cambio abusa del punto y coma hasta después de las conjunciones copulativas, ni más ni menos que los escribientes indígenas, á quien hace sin duda mucha gracia el rabillo con el borroncito encima, según lo menudean y despilfarran.

Ya en la primera escena se lee una acotación que pone espanto:

El príncipe indio aparecerá por el fondo sentado en una carroza tirada por dos leones.

Recordaremos este sencillo procedimiento á los dramaturgos modernos, que arrancan aplausos á poder de soponcios y ataques de nervios. Para presenciar la triunfal entrada del príncipe indio sin emociones estéticas ni neuróticas, se necesitaría tener la mollera tan deslavazada como aquella triste figura que, delante de la abierta jaula de un león, tenía aún resuello para murmurar: "¿Leoncitos á mí?,"

Otra vez quiere evitar contingencias y una de tantas peleas ó desafíos que huelen á *moro-moro*, ¿y qué hace? La cosa es bien sencilla; copio la acotación:

Como si fuese algún conjuro diabólico se abre la tierra y entre una nube de humo y de torbellinos de llamas aparece..... el alma de un personaje que acaba de morir, cuya alma debe sin duda de tragarse á otro personaje peleón de los que andan por la escena, pues no se le vuelve á ver el pelo.

Verdad es que en punto á acotaciones las hay estu-
pendas en *El poder de una pasión*.

Hé aquí la fundamental del acto tercero:

El teatro reprecenta (sic, que no es errata la c, sino indianismo puro y de todas las castas) *las playas indias*. (¡Éche usted playas!) *Una elevada colina á la izquierda*. (¿De todas las playas?) *Al pie de esta colina una tienda india* (no, que sería de chorizos extremeños) *hecha de riquísimos tapices y cuya entrada está cerrada con un cortinón granate con flecos de oro*. (¡Qué monada para gentes tan salvajes, que casi se comen unos á otros en la misma escena!)

Suma y sigue:

Esta decoración debe ser grandiosa en su conjunto. Pues ¿y en los detalles? ¿Tan flojo es el de todas las playas de la India?

Al levantarse el telón declina la tarde, debiendo verse al sol en el momento de hundirse en su ocaso, pues esto es de gran efecto. (Y nuevo sobre todo.)

Bien quisiéramos decir algo del drama, pero se necesitaría ser zahorí para encontrar ese *algo* debajo del algodón de aquellas veinte hojas de papel, que guardan su secreto como una sepultura sin epitafio. Ni pasiones, ni caracteres, ni acción, ni accidentes, ni peripecias, ni nudo, ni cosa, en fin, que permita análisis, mención, copia siquiera. Todo *parejo* con las acotaciones, como allí se dice, que únicamente se diferencia la obra hispano-filipina de las puramente tagalas en cierta mayor entonación del lenguaje, sin dejarde ser vacío é incoloro, y en algún mayor conocimiento de las conveniencias y de las costumbres civilizadas, lo cual tampoco impide que á dos amantes héroes del poema los prendan y encierren juntitos y solitos en un mismo calabozo, con otras muchas cosas por el estilo, que á su vez ponen en berlina á aquellos pobres indiazos, cuando hablan de honra y de virtud con el taparrabo remangado..... ó poco menos.

